



*Instinto
de seducción*

Adrian Blake



**Instinto
De
Seducción
Adrian Blake**

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre de 2017

Título original: Instinto de seducción

Adrian Blake© 2017

Diseño de Portada: Gema Millanes

Maquetación: Gema Millanes

Imágenes de portada: Adobestock

Imágenes de portada: Shutterstock

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Epílogo

Prólogo

Son las ocho y media de la mañana, y ya estoy de un humor de perros. Como siempre, Alexia llega tarde. Doy un sorbo a mi *expreso* mientras busco en Internet alguna evidencia más del desastre que esa dichosa mujer ha causado. Diez minutos después, entra en mi despacho embutida en uno de los vestidos de Versace que yo mismo he pagado, y unos zapatos de aguja que no le sientan nada bien.

—¿Querías verme? —dice sentándose frente a mi mesa.

Estampo el periódico sobre el escritorio, abierto por la página en cuestión que me ha dado el desayuno. En ella puede verse a mi dulce, preciosa y abnegada prometida medio desnuda, metiéndole la lengua hasta la garganta a un tío de no más de veinte años.

—¿Me puedes explicar qué significa esto? —pregunto mucho más calmado de lo que realmente estoy.

Ella lo mira de reojo, y continúa examinando sus uñas de manicura francesa.

—Esa no soy yo —termina diciendo.

Una carcajada escapa de mi garganta. Esta maldita mujer es descarada, embustera, adúltera... y por desgracia tengo que casarme con ella por cojones.

—Si vuelvo a ver constancia de tus devaneos sexuales en la prensa, se acabarán todas las comodidades a las que estás acostumbrada. Nada de tarjetas de crédito, nada de pasarte la vida deambulando por fiestas y spas... Nada, así que tú decides.

—¡No puedes hacerme eso! —protesta.

—¿Ah, no? ¿Tengo que recordarte que el dinero es mío? ¿O quizás se te ha olvidado que aún no me he casado contigo?

—No puedes romper el compromiso, tu padre te desheredaría.

—Prefiero eso a aguantarte.

—Mi padre romperá cualquier contrato que tenga con el tuyo si lo haces.

—No creas que me importa. Mañana me voy de viaje. Estaré en Arabia

Saudita seis meses, espero no encontrar ninguna sorpresita de las tuyas a mi vuelta.

Dicho esto, me acerco a la puerta y la abro de par en par.

—Y ahora, si me disculpas, tengo trabajo que hacer.

Alexia se acerca a mí con paso decidido, y se detiene para pasear su mano adornada con un diamante de tres quilates por la solapa de mi traje de Armani.

—Si se te pasa el berrinche antes de que te vayas, llámame —ronronea—. Sabes que el sexo entre nosotros siempre es increíble.

Retiro su mano de mi cuerpo con cara de asco, y cierro la puerta en sus narices. Es cierto, el sexo era increíble cuando creía que me quería a mí y no a mi fortuna, pero todo eso quedó muy atrás. Por fortuna, mi puesto en la empresa me permite viajar tanto como quiera, y aunque esté condenado a encadenarme a ella de por vida, podré huir tantas veces como quiera.

Me llamo Dylan Fisher, director general y heredero de la petrolera de mi familia, *Chevron Corp*, la novena más importante del mundo. Mi vida estaba organizada antes de cumplir los veinte. Dirigiría el imperio familiar, y me casaría con la hija del socio de mi padre para unificar la empresa en unas solas manos. Yo estaba hecho a la idea... pero entonces viajé a Arabia y mi mundo se derrumbó.

Capítulo 1

El aire seco y caluroso del desierto árabe me da una bofetada en el rostro al bajarme de mi avión privado. Tengo una reunión dentro de una hora, así que he decidido ponerme uno de mis trajes de chaqueta, pero el sudor corre por mi espalda y siento que el cuello de la camisa va a terminar ahorcándome. Levanto la vista hacia el gigante de mármol blanco que me da la bienvenida, y me encamino con paso rápido hasta la terminal, antes de terminar derretido en el asfalto.

En cuanto cruzo la puerta, el chorro del aire acondicionado me hace suspirar de alivio. ¿Cómo demonios voy a vivir seis meses aguantando este maldito clima? Una despampanante mujer morena ataviada con un pantalón de lino negro y una camisa de seda, llama mi atención al levantarse de uno de los sillones que llenan la inmensa estancia y acercarse para estrecharme la mano.

—Bienvenido a Dhahran, señor Fisher. Soy Nadira Rashid, la secretaria del señor Al-Naibi.

—Un placer —respondo.

—Espero que haya tenido un buen viaje.

—Ha sido estupendo, lo peor ha sido bajarme del avión.

—El clima de Dhahran puede ser asfixiante al principio, pero poco a poco se acostumbrará a él.

—Eso espero. Tengo que pasar aquí mucho tiempo antes de volver a mi casa.

—Si me acompaña, tenemos un coche esperando para llevarle a la central de *Saudí Aramco*.

Asiento y la sigo a través de los arcos de mármol blanco que componen la estructura del aeropuerto. En la entrada, nos espera una limusina negra. La señorita Rashid me precede, y se sienta frente a mí antes de ofrecermé una botella de agua del minibar.

—Gracias, este calor me está matando —digo dando un buen trago.

—Si va a pasar en Dhahran una temporada, le aconsejo que vaya de

compras. Su atuendo no es muy apropiado para el clima del desierto.

—Créame, lo haré en cuanto tenga un momento libre.

Me entretengo observándola durante todo el viaje. Su piel aceitunada resalta ante el blanco immaculado de su camisa, y sus ojos verdes, enmarcados por una finísima línea negra de maquillaje, atraen la atención de cualquiera que la mire. Tiene unos labios carnosos, maquillados en un leve tono de rosa brillante, y su nariz respingona me hace pensar que es una mujer con carácter, perfecta para perder el sentido con ella en la cama.

Bajo la mirada por su cuello hasta encontrarme con el escote de su camisa, en el que se insinúan unos pechos turgentes y suaves, pero la mano de mi acompañante se interpone en mi campo de visión, chasqueando los dedos frente a mi cara.

—Señor Fisher... Mi cara está más arriba —protesta.

—Lo siento, ¿qué decía?

—Mire, conozco muy bien la fama que tiene de playboy, y he de advertirle que estoy felizmente casada, y no tengo ninguna intención de tener un *affaire* con usted.

Me apoyo en el respaldo del sillón sonriendo. Es una lástima, estoy seguro que esta mujer será una fiera en la cama, y su acento me vuelve loco, pero por desgracia no voy a tener la oportunidad de comprobarlo.

—Lástima, sería interesante ver qué tal se nos daría ese *affaire* —ronroneo.

—Eso ha sido muy descortés, señor Fisher.

—Mis más sinceras disculpas, señorita Rashid. En mi defensa diré que no puedo evitar sentirme interesado cuando tengo delante a una mujer impresionante.

—¿Y qué piensa su prometida sobre su comportamiento?

—Créame, el suyo deja mucho que desear.

—¿Y por qué va a casarse con ella, entonces?

—Obligaciones familiares.

—Entiendo. —Mira por la ventanilla—. Bien, ya hemos llegado.

Nadira me lleva a través de los interminables pasillos de suelo de mármol de la central de *Saudí Aramco*, hasta llegar a una sala de reuniones. El señor Al-Naibi, dueño de la compañía, me espera mirando por la ventana.

—Señor Al-Naibi, ha llegado el señor Fischer —dice Nadira en voz baja.

Él se da la vuelta lentamente, y puedo ver la determinación implacable brillar en su mirada. Esperaba encontrarme con un hombre mayor, tal vez de

la edad de mi padre, pero tengo delante de mí a un hombre de mi edad, con el que por desgracia no voy a poder tener ventaja.

—Bienvenido, señor Fisher —saluda con voz aterciopelada—. Espero que el viaje haya sido agradable.

—No ha estado mal del todo, teniendo en cuenta que viajo en mi propio avión.

—Cierto, pero Alá es dueño de los cielos, amigo mío. De él depende que no haya soportado demasiadas turbulencias.

—No, el cielo ha estado en calma, por suerte.

—Muy bien, si toma asiento, podremos empezar esta reunión.

Me quito la chaqueta antes de tomar asiento y enciendo mi iPad. Observo a Al-Naibi atentamente. Cabello negro, tez morena, y ojos color caramelo. Supongo que para las mujeres resultará atractivo, teniendo en cuenta que ronda el metro noventa de estatura, y su espalda es bastante ancha.

—Supongo que usted no es Alí Al-Naibi —digo para romper el hielo—. Por lo que he escuchado, es de la edad de mi padre.

—Está usted en lo cierto, soy Amín Al-Naibi. Alí es mi padre. Se jubiló el año pasado, y ahora yo me hago cargo de la compañía. ¿Tiene algún problema con eso, señor Fisher?

Levanto las manos en modo de rendición.

—Ninguno, algún día estaré en su pellejo y espero que nadie tenga reparos en ello.

—Me alegro, porque estoy muy interesado en hacer negocios con usted.

—Muy bien, hablemos de negocios —añado cruzándome de brazos—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Su familia posee el diez por ciento de los yacimientos de petróleo existentes en Campo Ghawar, ¿estoy en lo cierto?

—Así es. Tenemos cuatro yacimientos en nuestro poder.

—Quiero esos yacimientos.

—¿Para qué los quiere? Tengo entendido que posee la mayoría de los yacimientos.

—He conseguido tener en mi poder el noventa por ciento de los yacimientos. Si usted me los vende, Campo Ghawar pertenecerá por completo a *Saudí Aramco*.

—¿Y qué le lleva a pensar que mi padre estará dispuesto a vendérselos?

—Estoy dispuesto a pagar cinco billones de dólares por ellos.

¡Cojones! Cinco billones de dólares son una fortuna. Si mi padre no

acepta el trato es que está mal de la cabeza. Ese dinero nos salvará de perder la empresa, y yo seré libre de romper mi compromiso con Alexia.

—Es una cantidad de dinero a tener muy en cuenta —contesto—, pero por desgracia no depende de mí aceptarla.

—¿Perdón?

—Aún es mi padre quien toma las decisiones importantes, señor Al-Naibi.

—Entiendo, usted aún es solo el emisario.

—Exacto. Hablaré esta noche con él, pero apuesto a que aceptará.

—No tenemos ninguna prisa, los yacimientos no van a ir a ninguna parte. Además, esta noche se celebra el bautizo de mi sobrino, espero que nos acompañe en la celebración.

—Gracias, pero no puedo aceptar. Estoy muy cansado, acabo de aterrizar y necesito dormir un poco para que no me afecte demasiado el *jet lag*.

—No aceptaré un no por respuesta. Acompáñenos en la cena, y después podrá marcharse si así lo desea. Nadira le proporcionará la vestimenta apropiada y le recogerá en el hotel.

—Está bien, allí nos veremos.

Dicho esto, Al-Naibi se vuelve de nuevo hacia los ventanales, dando por terminada la reunión, y Nadira me acompaña hasta la limusina.

—Su jefe parece preocupado —comento nada más salir por la puerta.

—El señor Al-Naibi está preocupado por un problema familiar. No suele ser tan taciturno.

—Cualquiera lo diría.

—Van a pasar juntos mucho tiempo durante las próximas semanas, se dará cuenta usted mismo de ello.

En cuanto llego al hotel me doy una ducha fría para calmar el calor que estoy pasando, y pido en recepción que me proporcionen ropa adecuada para pasar los seis malditos meses en esta asfixiante ciudad. A las doce, un botones me trae la comida, *tajine* de pollo, una especie de pollo en salsa cocinado en una cazuelita de barro con forma de cono.

Aún no he podido meterme el primer bocado en la boca cuando mi padre me llama por teléfono. Suspiro antes de descolgar.

—¿Qué ha dicho Al-Naibi? —trueno nada más descolgar.

—El viaje muy bien, gracias, ha sido un vuelo tranquilo —ironizo.

—Déjate de tonterías, Dylan, no estoy para aguantar tu impertinencia.

—Al-Naibi quiere nuestros yacimientos de Campo Ghawar.

—¡Ni en sueños! ¿Cree que soy estúpido?

—Quiere darte cinco billones de dólares por ellos, papá. No creo que te esté tomando por imbécil.

—¿Cinco billones?

Sonrío al notar la sorpresa y la codicia en su tono de voz.

—Así es. Cinco billones por los cuatro.

—Tiene que estar perdiendo la cabeza. Alí Al-Naibi jamás pagaría tanto por esos yacimientos.

—No estamos tratando con Alí, sino con su hijo Amín.

—¿Y dónde demonios está el viejo Alí?

—Supongo que disfrutando de la buena vida con su mujer. Se jubiló el año pasado, cosa que por cierto deberías haber hecho tú.

—Aún soy joven para dirigir esta empresa, no seas impertinente.

—Tienes ya sesenta y siete años, papá. No eres un chaval.

—Estás deseando que me muera, ¿no es cierto?

Elevo los ojos al cielo ante el principio de la charla de siempre.

—No tengo tiempo para discutir, estoy comiendo y esta tarde me han invitado a un bautizo. Piénsate lo de la venta, papá, es una cantidad muy importante de dinero y seríamos muy estúpidos si no la aceptáramos.

Cuelgo sin darle tiempo a contestar, porque de ser así estaríamos toda la noche peleando, y me dirijo al dormitorio para tumbarme en la cama a dormir un poco. El maldito *yet lag* me está pasando factura, y por suerte el aire acondicionado del hotel me permite dormir a pierna suelta un par de horas. A las seis, comienzo a vestirme para la dichosa celebración. En la caja que me acaban de traer de recepción, encuentro una *chilaba* negra con adornos plateados y unos bombachos del mismo color. ¿En serio tengo que ponerme esto? Estaría más cómodo con mi propia ropa, pero no debo insultar a mi anfitrión, así que me visto y meto los pies en las babuchas de piel.

Me miro en el espejo de cuerpo entero y sonrío al verme. Un musulmán de pelo rubio y ojos verdes va a destacar un poco, de eso no cabe la menor duda. Por suerte solo pienso quedarme para la cena, no tengo el cuerpo para más. El teléfono suena una vez más, y lo cojo para oír la voz del recepcionista.

—Señor Fisher, su limusina le espera.

Media hora después, llego a una mansión de estilo árabe. Me abre la puerta una mujer de unos cincuenta años ataviada con un *kaftan* de color verde.

—Buenas noches, señor Fisher. La familia le está esperando. Si es tan amable de acompañarme...

La mujer me precede por el pasillo hasta una enorme habitación dotada de sillones árabes rodeando la estancia, y algunos *pufs* salpicados alrededor de las numerosas mesas repletas de comida y bebida. En cuanto Amín Al-Naibi me ve llegar con la mujer del servicio, se acerca con una taza de té moruno y una sonrisa.

—Me alegra que se haya decidido a venir, señor Fisher —comenta entregándome el té.

—Gracias por la invitación, Al-Naibi, aunque no sé qué debo hacer.

—Llámame Amín, amigo mío, ya no estamos hablando de negocios. Y lo único que debes hacer es comer y divertirse.

Un anciano de un metro noventa, pelo canoso y barba muy bien cuidada se acerca lentamente hacia nosotros.

—Dylan, déjame presentarte a mi padre, Alí Al-Naibi.

El hombre inclina la cabeza, y le respondo de igual manera.

—Así que eres el heredero de los Fisher... espero que tengas más cerebro que tu padre, muchacho. La oferta que os ha hecho mi hijo no es digna de rechazarla.

—Papá, nada de negocios por esta noche, por favor —protesta Amín.

El anciano contesta algo en árabe y se aleja murmurando.

—Perdona a mi padre, es un poco cascarrabias —se disculpa.

—Créeme, sé de lo que hablas, así que no tienes que disculparte.

—Ve y diviértete, amigo. Tengo que hacer de anfitrión.

Amín se aleja y me paseo por la estancia observando a todo el mundo. Al fondo, un grupo de niños ríen alrededor de una montaña de tela color rojo fuego. Les observo atentamente salir a correr, y del suelo se levanta la mujer más impactante que he visto en toda mi vida. Su *caftán* vuela alrededor de sus pies desnudos mientras persigue a los pequeños diablillos, que corretean riendo a carcajadas por toda la habitación. El tintineo de las campanillas que lleva atadas al tobillo izquierdo resuena en el aire como una hipnotizante melodía de seducción. Su cuerpo esbelto se adivina a través de la seda, pero lo que me deja completamente hipnotizado son sus ojos grises, enmarcados por una delgada línea negra de maquillaje que termina en punta cerca de la sien. No puedo moverme, se me ha secado la boca, y por más tragos que le doy al té no consigo humedecerla. La mujer empieza entonces a dar vueltas al compás de la música con los brazos sobre la cabeza, y su sonrisa consigue

hacerme sentir una sacudida en el estómago. Esa mujer tiene que ser mía, sea quien sea va a terminar en mi cama.

—Es mi hermana pequeña, Nadia —comenta Amín a mi espalda siguiendo mi mirada.

—Es muy guapa —comento sin dejar de mirarla.

—Cierto, ha heredado los ojos de mi bisabuela, de sangre inglesa. Y por desgracia para mí, también su temperamento.

—¿Obstinada?

—Más de lo que puedo soportar. Estudió en Estados Unidos, y aborrece todas nuestras costumbres con todas sus fuerzas. Desde que volvió a casa no hace más que meterse en problemas. Mi padre se dio por vencido hace semanas, y aunque lo he intentado todo, como puedes ver no respeta nada. He tenido que tomar medidas drásticas para encauzar su vida.

—¿A qué te refieres?

—Esta tarde firmé un contrato matrimonial con Habib Nasim, un millonario que está muy interesado en ella.

—¿En serio? ¿Y ella está de acuerdo?

—En mi país las cosas son distintas, Dylan. Soy su tutor y acatará mi decisión. Protestará, por supuesto, pero es lo mejor para ella.

Tengo que reconocer que disfruto de la velada más de lo que esperaba. La comida es deliciosa, y observar a la joven hermana de Amín me ha dejado pegado en la silla durante horas. Miro el reloj para darme cuenta de que es cerca de medianoche, así que me acerco a mi anfitrión para despedirme.

—Debería irme, Amín. Se hace tarde.

—El bautizo continuará un día más, me gustaría que te quedaras.

—No sé si sería buena idea.

—Claro que lo es. Jadima te acompañará a tu habitación.

Con un movimiento de mano por parte de Amín, la sirvienta que me abrió la puerta se presenta a nuestro lado con la cabeza gacha. Tras unas palabras en árabe, la mujer asiente y me precede por el pasillo hasta una habitación de estilo musulmán, con grandes cortinajes de seda en las ventanas y muebles de madera maciza con grabados. La cama, de cerca de dos metros de ancho, está cubierta por una mosquitera que te envuelve en un capullo para estar protegido de los insectos del desierto.

Horas más tarde, permanezco tumbado en la cama sin poder dormir. La fiesta hace rato que ha terminado, pero a pesar del aire acondicionado, el calor hace que el sudor corra por mi cuerpo sin control. He terminado

completamente desnudo sobre las sábanas, y ni aún así consigo refrescarme. Con un suspiro, me levanto de la cama con la intención de darme un baño en la enorme piscina que he vislumbrado a través de las ventanas del salón.

Recorro los pasillos descalzo, intentando no hacer demasiado ruido, y tras perderme en un par de ocasiones doy con la entrada al jardín. Las cristalinas aguas están iluminadas por innumerables focos, y el sonido relajante del agua de la fuente me hace suspirar cuando termino sentado en las escaleras de la piscina. Cierro los ojos y permanezco sumergido en el agua un buen rato, pero un sonido vibratorio me hace levantarme de mi sitio llevado por la curiosidad.

Me acerco a la hilera de ventanales que rodean la piscina persiguiendo el origen de aquel ruido, pero no estoy preparado para el espectáculo que estoy a punto de encontrarme. En una de las habitaciones, tumbada en su cama rodeada de almohadones, Nadia permanece completamente desnuda, dándose placer con un pequeño vibrador de color rosa chicle. Dejo de respirar por miedo de interrumpirla, pero ella no se percata de mi presencia... todavía.

Una de las manos de la joven recorre sus pechos una y otra vez, atrapando sus pezones entre el dedo índice y el corazón, estirándolos un poco antes de volver a empezar. Su otra mano sostiene el vibrador firmemente sobre su clítoris hinchado, haciéndolo oscilar sobre él, para después introducirlo en su vagina.

Estoy en shock, no puedo creer lo que mis ojos están viendo, y por una milésima de segundo creo que estoy en un sueño del que no quiero despertar. Pero Nadia arquea la espalda y abre las piernas al máximo, y un gemido de placer escapa de sus labios antes de mirarme con sus ojos de plata. No puedo moverme, he sido descubierto y ni siquiera puedo articular palabra. Pero ella me mira fijamente, y vuelve a colocar el vibrador sobre su clítoris para seguir con la tarea que tenía entre manos antes de que yo llegara. Mi polla crece por momentos, es lo más morboso que me ha ocurrido en la vida, y me la sujeto con fuerza por encima de los bóxers para no terminar corriéndome de gusto.

Nadia arquea de nuevo el cuerpo, cierra los ojos y aprieta uno de sus pechos con fuerza. De su boca escapan gemidos ininteligibles, y sus piernas se tensan poco a poco. No puedo apartar la vista de ella, no quiero pestañear por miedo a perderme un solo momento de este maravilloso sueño, y cuando está a punto de llegar al orgasmo, pasa su lengua por uno de sus pechos mirándome con los ojos brillantes por la pasión.

En cuanto su cuerpo se relaja, Nadia se sube las braguitas y se pone de

pie. Estoy en tensión, tengo una erección de mil demonios y no sé cómo va a reaccionar, pero me sorprende una vez más uniendo sus labios a los míos. Su boca sabe a miel y a canela, y la aprieto contra mi cuerpo para que note el bulto de mi erección. Ella me pasa los brazos por el cuello y responde al acercamiento meneando sus caderas, atrapando mi polla entre sus muslos y frotándola con descaro.

Un gemido escapa de mis labios por la impresión, e intento cogerla en brazos para llevármela a la cama, pero ella se escapa de mi abrazo y me cierra la puerta corredera en las narices.

—¿Dónde vas? —susurro.

—A dormir, forastero. Ya he tenido suficiente diversión por esta noche.

Me tiro a la piscina de cabeza. Necesito que el agua enfríe mi sangre, porque Nadia Al-Naibi me ha conseguido llevar al punto de ebullición.

Capítulo 2

No he podido pegar ojo en toda la noche. No he podido quitarme de la cabeza la escenita de anoche en la piscina. Nadia consiguió volverme la cabeza del revés con su comportamiento, y ahora no sé cómo voy a mirarla a la cara.

Hace media hora Jadima ha entrado a mi habitación con unos pantalones y una túnica para mí, así que me doy una ducha y me dispongo a vestirme. La familia está reunida en la terraza de la piscina, y Nadia se encuentra tomando el sol en una tumbona con un minúsculo bikini naranja.

—¿Puedes ir a vestirme? —protesta Amín— Los invitados se levantarán de un momento a otro.

—Como si no hubieran visto a una mujer en bikini en su vida —contesta ella.

—Por favor, Nadia, no hagas enfadar a tu hermano —media Sora, la mujer de Amín.

—Yo no le hago enfadar. Él se enfada porque es un retrógrado machista.

—Te estás pasando... —advierde su hermano.

—Tengo veinticinco años, soy mayor de edad.

—Tus veinticinco años me los paso por...

—Buenos días —intervengo evitando que Amín termine la frase.

—Buenos días, forastero —contesta Nadia bajándose las gafas de sol—. ¿Has dormido bien?

La miro fijamente, y ella me sonrío con una ceja arqueada, retándome a hablar sobre nuestro encuentro de anoche.

—Muy bien, gracias, aunque aún me afecta el *jet lag*.

—Siéntate a desayunar con nosotros, amigo —añade Amín—. ¿Café?

—Con leche y dos azucarillos, gracias.

Jadima me sirve el desayuno, pero no puedo apartar la mirada de Nadia. Es desafiante, se contonea sobre la hamaca resaltando la carne que rodea la ínfima tira del tanga, y empiezo a ponerme cachondo.

—¿Estás preparado para la fiesta de hoy? —pregunta Sora— Mi suegro

va a sacrificar un cordero en honor al recién nacido.

—No creo que esté preparado para ver morir a ese pobre animal.

—No lo verás —ríe Amín—, solo te lo comerás.

—Prefiero comer verdura, entonces. Solo de pensarlo se me revuelve el estómago.

Amín se levanta de la mesa con una carcajada y, tras besar a su esposa en la frente, se acerca a la puerta.

—Tengo negocios que aprender, amigo mío. Relájate y disfruta de la piscina. Los festejos comenzarán a mediodía.

Su mujer también se levanta, y me quedo a solas con Nadia. Realmente no sé qué decirle, después del numerito de ayer solo quiero follármela, así que continúo desayunando en silencio.

—¿Nada que decir? —pregunta al cabo de un rato.

—¿A qué te refieres?

—Vale, ahora vas a jugar a hacer como que no te acuerdas de lo de anoche.

—No creo que debamos hablar de lo de anoche. Tu hermano podría enterarse.

—Me da igual mi hermano. Quiero saber qué piensas tú.

—Pienso que fue muy arriesgado lo que hiciste.

—Y excitante. Reconócelo.

—Peligroso. Cualquiera otro habría terminado lo que empezaste. Te habría forzado.

—¿Crees que soy una pobre mujer desvalida?

—Creo que eres impulsiva e insensata.

Nadia se levanta de la hamaca y se sienta junto a mí. Su rodilla roza la mía, y su aliento acaricia mi oído, pero no puedo apartar la vista de sus pechos, que amenazan con escaparse de los triángulos del bikini cuando se apoya sobre la mesa.

—Me gusta el morbo, el peligro —susurra.

—Ya me di cuenta, pero eso no significa que esté bien hacer lo que hiciste.

—Te excitó verme masturbarme, forastero. Tuve la prueba entre mis piernas.

—No te equivoques, preciosa. Si hubiera querido, habrías terminado abierta de piernas sobre la alfombra con esa evidencia dentro.

Dicho esto, me levanto de la mesa y me vuelvo a mi habitación. Estar

cerca de ella no es sano para mi salud mental, esta mujer es capaz de llevarme a la locura.

Horas más tarde, me encuentro dando vueltas sin hacer nada. No dejo de pensar en Nadia y en todas las cosas que me gustaría hacer con ella en una cama... y fuera de ella. Por desgracia, está prometida con otro hombre... así que queda descartada de mi punto de mira. Me levanto de un salto y enciendo mi portátil. Busco en Internet al prometido de Nadia, ese tal Nasim. Me sorprende al ver que el tío en cuestión tiene alrededor de cincuenta años, y Nadia tiene veinticinco. ¿En serio su hermano piensa casarla con un hombre veinte años mayor que ella? ¿Cree que alguna vez ella se lo va a perdonar?

Nasim parece un hombre tradicional, tranquilo, y Nadia es un huracán en plena acción. Su matrimonio está abocado al fracaso, de eso no hay duda. En cuanto lleve un mes casada con ese hombre empezará a actuar como Alexia: yendo de fiesta en fiesta y saltando de cama en cama. Con un suspiro, apago el ordenador y salgo de la habitación. Ya está bien de pensar en tonterías, tengo que centrarme en el asunto que me ha traído a Arabia, no en ideas estúpidas sobre mujeres atractivas.

Los invitados a la celebración hacen rato que se han levantado, así que me entretengo charlando con varias personas hasta la hora de comer. Me doy un festín a base de cuscús de cordero, con cebolla y ciruelas pasas, y de postre una infinidad de pastelitos de almendra, miel y canela acompañados por un vaso de té. La música continúa hasta la noche, aunque evito cruzarme con Nadia en todo momento, refugiándome en charlas banales con los asistentes.

A las doce de la noche, busco a mi anfitrión para despedirme, pues mañana tengo que ir a la central de *Chevron Corp* para repasar detenidamente las cuentas.

—Amín, debo irme.

—¿Tan pronto?

—Me temo que sí. Mañana he de estar en mi empresa temprano. Hay algunos asuntos que tengo que resolver.

—Espero que te hayas divertido, Dylan.

—Mucho, ha sido una fiesta estupenda. En cuanto hable con mi padre sobre nuestra negociación concertaré una cita con tu secretaria.

—Esperaré impaciente esa llamada.

Me dirijo a mi cuarto para cambiarme de ropa, y cuando estoy completamente desnudo se abre la puerta, dando paso al demonio que me está volviendo loco desde que la conocí.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí? —protesto tapándome con la sábana de la cama— Lárgate.

—He venido a disculparme —contesta Nadia acercándose—. Siento si te molestó lo de anoche.

—¡Vaya! ¿Ahora te disculpas? Esta mañana no me has parecido en absoluto arrepentida.

—Has estado evitándome todo el día.

—Pues la verdad es que sí, no me gusta que me acosen.

—Me gustas, y no me ha sentado nada bien que me hagas el vacío.

—Si te hubieras portado como una mujer en vez de como una cría de seis años, no te habría evitado.

—¿Firmamos una tregua?

—No sé si merece la pena el esfuerzo.

Ella se me queda mirando con los ojos abiertos como platos. Se acerca a mí, enlaza los brazos de nuevo en mi cuello, y pega sus caderas a las mías.

—Sé que yo también te gusto, y me pregunto si cabe la posibilidad de que tú y yo...

—Lo siento, Nadia. Conmigo pierdes el tiempo.

Aparto sus manos de mi cuerpo, le doy la espalda y me visto sin mirarla, y cuando me vuelvo hacia la puerta, ella ya se ha marchado. Salgo de esa casa como alma que lleva el diablo, y suspiro cuando estoy a salvo tras las puertas de mi habitación en el hotel. Me doy una ducha fría para calmar el ardor que me ha causado esa bruja descarada y me meto en la cama dispuesto a dormir hasta el día siguiente.

A las seis de la mañana me despierta el sonido insoportable de mi móvil. Suelto un improperio al ver que es mi padre. ¿Qué demonios está haciendo despierto a las once de la noche? Descuelgo sin encender siquiera la luz.

—Papá, aquí son las seis de la mañana —protesto.

—No podía dormir. He tomado una decisión respecto a la oferta de Al-Naibi.

—Supongo que la aceptarás —digo con el aire atrapado en los pulmones.

—¿Estás loco? Ni lo sueñes. Ofrécele el cincuenta por ciento de las acciones a cambio de esa cantidad.

—Creo que eres tú quien está loco. Nadie pagará cinco billones de dólares por el cincuenta por ciento.

—Entonces buscaremos otro inversor.

—¿Que acceda a esa gilipollez?

—No seas impertinente, Dylan. El negocio es mío y sé lo que hago.

—Ya, claro, por eso tengo que casarme con Alexia, ¿verdad? Porque te ha ido muy bien sabiendo lo que haces.

—Cincuenta por ciento de las acciones, Dylan, o no hay trato. Es mi última oferta.

—Oferta que cualquiera con dos dedos de frente rechazará.

—Tengo que dejarte, hablaremos mañana.

Cuelgo de un humor de perros. ¿Pero en qué demonios está pensando mi padre? ¡Estoy perdiendo un tiempo precioso con sus estupideces! Cuando le comente a Amín su oferta va a reírse en mi cara.

Me levanto de la cama porque no puedo volver a conciliar el sueño y salgo a correr. Un poco de ejercicio me relajará... o al menos hará que la mala leche que tengo encima ahora mismo se calme un poco. Después de una hora de carrera vuelvo al hotel y me doy una ducha.

Un par de horas después, llego a la oficina de *Saudí Aramco* para la reunión con Amín que he concertado hace una hora. Amín me recibe en su despacho con una sonrisa. Está de buen humor, cosa que agradezco. No me gustaría contrariarlo después de la hospitalidad que me ha mostrado estos días. Al-Naibi hace una señal a su secretaria y ella nos sirve dos tazas de té con hierbabuena.

—Tu visita significa que has hablado con tu padre —comienza Amín—. ¿Ha tomado ya una decisión?

—Una estúpida, pero sí.

—Te escucho.

—Te ofrece el cincuenta por ciento de las acciones por el dinero que le ofreces.

Amín me mira con los ojos como platos y suelta una tremenda carcajada.

—Con todos mis respetos, Dylan. ¿Acaso tu padre se cree que soy idiota? Cinco billones de dólares es una cantidad más que generosa por sus cuatro yacimientos de petróleo.

—Estoy de acuerdo contigo, y si la decisión fuese mía los habría aceptado sin dudar, pero por desgracia, aún no tengo nada que decir sobre el asunto.

En ese momento la puerta del despacho se abre impetuosamente y rebota contra la pared. Amín eleva los ojos al cielo al ver entrar a su hermana Nadia hecha un basilisco. Lleva puesto un sencillo vestido blanco con una

americana negra y unos tacones de aguja. Con ese aspecto tan occidental está aún más guapa, y su traje de ejecutiva sexy me hace fantasear con un encuentro muy caliente en un despacho vacío...

—¿Cómo has podido hacerme esto, Amín? —grita ella en ese momento — ¡Creí que eras distinto de papá!

—Nadia, ¿acaso no ves que estoy ocupado? —contesta su hermano sin perder la calma.

—¡Me importan muy poco tus estúpidos negocios! ¿Cómo te atreves a comprometerme con Nasim?

—Es un buen hombre, serás feliz con él.

—¡Tiene veinte años más que yo!

—¡Pero será capaz de domarte! —contesta Amín impasible.

—¿¿Domarme?? ¡No soy una cabra, estúpido!

—Desde que volviste de Nueva York has cambiado. Eres impulsiva e ingobernable. Tenía que ponerle remedio.

—¡Soy libre, Amín! Vivir en la Gran Manzana me ha hecho ver el mundo de otra manera. ¡Nuestras costumbres son estúpidas! ¡Tratan a las mujeres como si fuéramos tontas!

—Nuestras costumbres son ancestrales y debemos obedecerlas.

—¿En serio? Quizás tu invitado tenga algo que decir al respecto.

Nadia se vuelve hacia mí con los brazos cruzados y una ceja arqueada, esperando que le dé la razón. Yo no puedo pensar en otra cosa que no sean sus pechos asomando por el escote del vestido, o el encaje de sus medias de liga tentándome bajo el dobladillo. Levanto los brazos a modo de rendición, incapaz de meterme en la discusión.

—No voy a meterme donde no me llaman, preciosa, lo siento.

Tras una mirada de odio que podría derretir el mismísimo infierno, Nadia apoya las manos en el escritorio de su hermano.

—No pienso casarme con él, ¿me oyes? Antes prefiero morir en el desierto.

—Harás lo que se te ordene —contesta Amín con los dientes apretados —. Soy tu tutor y debes obedecerme.

—Te has convertido en la sombra de papá. Me das asco.

—Me importa una mierda, Nadia, pero dentro de un mes irás a la mezquita vestida de novia con una sonrisa en los labios, o juro por Alá que te encerraré en tu habitación hasta que entres en razón.

—Me las vas a pagar, Amín. Esto no va a quedar así, ni por asomo.

Dicho esto, Nadia sale del despacho dando un portazo que casi saca la puerta de sus goznes. Silbo sin apartar la vista de la madera.

—Menudo genio tiene tu hermana —comento.

—No puedo con ella, Dylan. Es rebelde y obstinada. Va a terminar con mi paciencia.

—Pronto estará casada y el problema será de su marido —contesto.

—Temo que Nasim no sea capaz de frenar su carácter. No sé si estoy haciendo lo correcto.

—En cualquier caso, lo haces por el bien de tu hermana. —Miro el reloj—. Debo irme, se me hace tarde.

—Siento no poder aceptar la propuesta de tu padre, Dylan.

—Yo siento que él no acepte la tuya.

Salgo del despacho tal y como entré, sin un trato con Al-Naibi. Bajo por las escaleras hasta el hall, donde encuentro a Nadia hablando por teléfono muy acalorada.

—¿Te lo puedes creer? Mi hermano ha perdido el norte. Se cree con derecho a hacer lo que quiera con mi vida solo porque mi padre le ha nombrado mi tutor.

En ese momento fija su mirada plateada en mí, y sus labios se paran en seco.

—Tengo que colgar. Luego te llamo.

Nadia se dirige con paso decidido a mí. Sus ojos echan fuego, y se detiene a unos centímetros para clavarme su dedo índice en el pecho.

—Gracias por tu ayuda —ironiza—. Creí que después de lo que hemos compartido estos días me ayudarías.

—¿Y qué se supone que hemos compartido? ¿Un par de palabras y un beso? No seas tan dramática, ¿quieres?

—Tenía entendido que los americanos erais más educados.

—Y yo tenía entendido que las mujeres árabes erais obedientes y de carácter dulce.

—Yo no soy árabe. Mi familia lo es.

—¿Ah, no? ¿Acaso no has nacido en Dhahran?

—Sí, pero me he criado en Nueva York. —Me mira con una ceja arqueada—. Tú sabes quién soy, pero yo no sé nada de ti.

—Soy el director general de *Chevron Corp* —contesto.

—Así que eres John Fisher, el multimillonario —contesta mirándome de arriba abajo— Creí que eras más viejo.

—John es mi padre, yo soy Dylan.

—¡Acabáramos! Otro heredero con aires de grandeza, igual que mi hermano. Ahora comprendo por qué no me has apoyado antes.

—Tu hermano se preocupa por ti, estás siendo demasiado dura con él.

—Mi hermano solo se preocupa por sí mismo y por sus negocios, no le tengas en tal alta estima cuando no le conoces de nada.

—Cierto, no le conozco, pero creo que actúa creyendo que hace lo mejor para ti.

—Lo mejor para mí sería que me dejase volver a Nueva York para vivir mi vida como me plazca, pero eso no va a pasar.

—Quizás tu prometido sea un buen hombre.

—Un buen hombre sin sangre en las venas. Terminaré aburriéndome de mi vida marital antes de que empiece. Necesito ser yo misma, ¿sabes? He estudiado medicina para ser la mujer florero de un millonario. ¡Quiero ejercer mi profesión, por amor de Dios! Quiero ser una mujer normal y corriente.

—Yo no te consideraría una mujer normal.

—¿Porque soy atrevida? Me gusta ser libre, Dylan. Me gusta explorar mi sexualidad y disfrutar de ella como me plazca. ¿Acaso eso es un delito?

—Supongo que no. Al menos no en mi país. —Miro de nuevo el reloj—. Debo irme, tengo que aparecer por las oficinas de mi padre en Campo Ghawar.

—Espero volver a verte —contesta ella—. Ha sido divertido ponerte nervioso.

Su contestación me arranca una sonrisa.

—Si es eso lo que quieres creer...

—No lo creo... Lo sé.

—Confundes el respeto por tu familia con nerviosismo, créeme.

—¿Por eso me espiabas a través de las cortinas mientras me masturbaba?

—Deberías haber cerrado las puertas del jardín, para empezar. Pero tengo que reconocer que disfruté inmensamente del espectáculo.

Nadia se pone de puntillas y, sujetándose de mis hombros, deposita un suave beso en la comisura de mis labios, consiguiendo que un latigazo de placer recorra mi columna vertebral.

—Hasta la próxima, Dylan Fisher.

—Hasta la próxima, Nadia Al-Naibi.

Capítulo 3

Me despierto al alba habiendo dormido un poco mejor. Tras una ducha, el servicio de habitaciones me trae el desayuno: pan de *Kifta*, tortas de harina, mermelada de higos, miel, queso de untar, aceitunas y huevos. No es el típico desayuno americano, pero estaba todo delicioso.

Una hora más tarde me monto en mi nuevo coche de empresa para dirigirme a Campo Ghawar. Llego a la central de *Chevron* pasado el mediodía, y aparco en mi plaza de aparcamiento antes de dirigirme a las enormes puertas correderas que dan paso al gigante de mármol y cristal perteneciente a mi familia.

—Buenos días, Kala —anuncio a la recepcionista con una sonrisa.

—Buenos días, señor Fisher, sea bienvenido.

—Avisé al señor Baker de que le quiero lo antes posible en mi despacho. Tenemos asuntos de suma importancia que atender.

—Le avisaré ahora mismo, señor.

Hace una señal a una joven, que se acerca de inmediato.

—Ella es Hanna, su nueva secretaria.

—Un placer, señor Fisher —responde la aludida estrechándome la mano.

—Lo mismo digo.

—Hanna, lleva al señor Fisher a su despacho —ordena Kala.

—En seguida.

Sigo a la muchacha por el pasillo hasta una enorme habitación con enormes cristaleras que dan al yacimiento, y muebles de caoba al más puro estilo de mi padre.

—Si me necesita, pulse la extensión ciento catorce de su teléfono —me informa la joven.

—Gracias, Hanna. ¿Podrías traerme un café bien cargado? Necesito cafeína.

—En seguida.

Me quedo mirando la habitación detenidamente. No hay nada que indique que mi padre se ha dignado a viajar hasta esta oficina desde que la

fundó, hace diez años. Ni una foto, ni un recuerdo personal... nada. Como en todas las oficinas en las que ha trabajado, no hay rastro de él. Como en casa.

—Cojonudo, papá, aquí tampoco te haces ver —suspiro.

Coloco un par de cosas sobre el escritorio, entre ellas mi portátil, y espero a que el director de la sucursal aparezca. Diez minutos después, tengo ante mí a un hombre enjuto, de unos cincuenta años, con el pelo claramente teñido de negro y un traje que ha visto tiempos mejores.

—Bienvenido, señor Fisher —tartamudea—. Nos dijeron que llegaría la semana que viene.

Le miro con una ceja arqueada. ¿Quién le dijo esa estupidez? Todo el mundo sabía que estaría en la ciudad el primer día de septiembre...

—Llegué hace dos días, como estaba previsto.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Hemos detectado que la sucursal no produce la cantidad de crudo y gas que se previó cuando mi padre la abrió. ¿Sabe algo al respecto?

—No señor, yo me ocupo del papeleo y de que todo marche correctamente aquí. Karim Ahmed se ocupa de inspeccionar los yacimientos.

—Muy bien, dígame que quiero hablar con él cuanto antes. ¿Quién es el responsable de las cuentas?

—Yo mismo, señor.

—Quiero todos los informes en mi mesa en diez minutos. Voy a repararlo todo personalmente.

—Todo está en orden, señor. No tiene que preocuparse por ello.

—Insisto.

—Sí señor, en seguida se lo traigo. ¿Algo más?

—Mañana quiero ir a ver personalmente los yacimientos, para presentarme a los empleados. ¿Habrá algún problema?

—Ninguno, señor, le diré a alguien que le acerque en un todoterreno.

Baker me mira un segundo por encima de sus gafas antes de continuar hablando.

—Con todos mis respetos, señor. ¿Por qué pierde el tiempo en esta sucursal? Lo mejor sería que la vendiese.

—Voy a descubrir qué está pasando aquí. Desde hace cinco años ha bajado considerablemente la cantidad de recursos que produce, y eso no ocurre sin motivo. Cuando encuentre al culpable se arrepentirá de haber intentado estafar a mi familia. Puede que la empresa aún pertenezca a mi padre, pero le aseguro que yo no soy como él, ni por asomo.

Mi voz firme hace que Baker se sobresalte, cosa que me da que pensar. Sale de mi despacho a toda prisa, y se pierde por los pasillos como alma que lleva el diablo. Mi padre sospecha que alguien está malversando fondos, y tengo que averiguar quién demonios es. Si es Baker, desde luego no es capaz de hacerlo por sí mismo, es demasiado simple para maquinar algo de ese calibre. O bien es alguien con más sangre por su cuenta, o Baker es el chivo expiatorio de alguien con más carácter

Paso toda la tarde repasando los papeles que Baker me ha traído, pero no puedo apartar mi mente de Nadia. Su carácter, su determinación, su fuerza son admirables, y reconozco que no estaría de más tenerla en mi cama durante un tiempo. Pero tengo que hacerme a la idea de que pertenece a otro hombre desde antes de conocerla, y tengo que sacármela de la cabeza para terminar mi trabajo aquí y poder volver a casa. Estoy deseando volver a mi hogar, el clima del desierto me está pasando factura. Me siento aletargado, solo quiero dormir, y este calor tan sofocante es insoportable. Con un suspiro, vuelvo a las cuentas en las que debo trabajar para averiguar qué demonios está pasando.

Las horas parecen haberse detenido en el maldito reloj de mi despacho. Llevo aquí sentado más de cuatro horas, y todas las cuentas están mal. Errores de principiante, y otros que no lo son tanto. Hay demasiados chanchullos, demasiadas cosas sin justificar. Compras absurdas, arreglos con precios desorbitados y hasta comidas de empresa que nunca han ocurrido. Aún no he terminado, y ya falta una cantidad de dinero que nos habría salvado de estar en la cuerda floja.

Marco el número de mi padre, pero tiene el teléfono apagado o fuera de cobertura. Para variar, cuando hace falta que esté disponible no hay forma de localizarle. Suspiro antes de llamar a Hanna, mi secretaria, a mi despacho.

—¿Quería verme, señor Fisher?

—Por favor, necesito que te pongas en contacto con la central de la empresa y conciertes una conferencia con mi padre. Le he estado llamando al móvil, pero lo tiene apagado.

—Muy bien, señor. Le avisaré en cuanto consiga contactar con él.

—Gracias. Dígale que es de vital importancia, por favor.

—Así lo haré.

La veo alejarse por el despacho, pero la detengo.

—Hanna, ¿hay alguien en la empresa con quien Baker tenga una relación especial? ¿Un amigo, o algo por el estilo?

Ella se queda pensando un segundo antes de negar con la cabeza.

—No señor. El señor Baker no se relaciona con nadie desde que entré a trabajar aquí. Siempre se muestra taciturno y malhumorado con todos. Y recuerdo que no asistió a la cena de Navidad.

—Gracias, eso es todo.

Estoy enfrascado en las cuentas cuando Kala me avisa por el intercomunicador de una visita inesperada.

—Señor Fisher, la señorita Al-Naibi está aquí.

—Hágala pasar.

Aparto los papeles de la mesa y permanezco mirando por la ventana hasta que escucho la puerta cerrarse suavemente. Al darme la vuelta, veo a Nadia sentada en un sofá, con las piernas cruzadas envueltas en unas medias de red y un vestido negro que se aprieta a sus curvas. Sus pechos amenazan con escapar del escote, para variar, y sus hombros desnudos salpicados de pequeños lunares atraen mi atención.

—Buenos días, Nadia. Qué agradable sorpresa.

—Bonito despacho —contesta mirando alrededor—. Demasiado austero para mi gusto, pero...

—Es el despacho de mi padre, nada de lo que hay en él me identifica, créeme.

—Es un alivio saberlo.

—Y bien, ¿qué puedo hacer por ti?

—Vengo a hacerte una proposición que espero que aceptes.

La boca se me queda seca al momento al imaginar un tipo de proposición más que placentera para ambos, una proposición que implica que los dos estemos colocados en horizontal, sudorosos... y gimiendo de placer. Aparto inmediatamente esos pensamientos de mi mente. Tengo que ser más profesional y dejar de lado mis apetitos sexuales por un momento, aunque ella me ponga a mil por hora. Me levanto lentamente de mi sillón, me acerco a ella y me apoyo en el escritorio cruzado de brazos y piernas, de modo que su rodilla roza suavemente mi muslo.

—Tú dirás.

—Como ya sabrás, mi hermano va a casarme con un hombre que casi me dobla la edad.

—Estás exagerando, ¿no crees?

—Veinte años más que yo ya son demasiados. Quiero estar contigo antes de casarme.

Me atraganto al escuchar su última frase.

—¿Perdón?

Debo de haber oído mal. No puede ser que horas después de estar fantaseando con ella venga a mi despacho a pedirme lo que creo que me está pidiendo.

—Quiero tener una aventura contigo hasta que me case.

—¿Te has vuelto loca?

—Ni lo más mínimo. Estoy segura de que las relaciones sexuales con mi futuro marido no pasarán de la postura de papá y mamá, y quiero disfrutar antes de enclaustrarme.

—Estoy comprometido con otra mujer —me defiendo.

—Eso no te importó cuando me espíaste en mi habitación.

—Eso es diferente. No sabía quién eras ni qué estaba pasando. Además, creo recordar que yo no te puse un solo dedo encima.

—De todas formas ella no tiene por qué enterarse. Tengo entendido que estarás aquí seis meses, y ella se encuentra a kilómetros de distancia.

Se pone de pie y aparta una partícula invisible de polvo de su hombro, e irremediamente mi polla da una sacudida debajo del pantalón.

—Considéralo un regalo de bienvenida —continúa.

—¿Por quién demonios me tomas, Nadia? Yo no voy por ahí poniéndole los cuernos a mi prometida.

—Por lo que he encontrado en Internet, ella no es que sea demasiado fiel ahora mismo.

—Que ella lo haga no quiere decir que yo deba hacerlo también. Además, respeto mucho a tu hermano y jamás le haría una canallada como esa.

—¿Y qué tiene que ver mi hermano en todo esto? Es algo entre tú y yo.

—Olvídalo. No voy a entrar en tus jueguitos de niña malcriada. Estás enfadada porque Amín te obliga a casarte y quieres utilizarme para vengarte, y la verdad es que paso.

—¡No es por Amín, maldita sea! Quiero volver a sentirme viva antes de terminar encadenada a un matrimonio aburrido, ¿tan difícil es de entender?

Inspiro profundamente antes de separarme de ella.

—Espero que encuentres lo que buscas, pero desde luego no será conmigo.

Ella me mira fijamente, y tras un suspiro, se levanta de la silla y pega sus labios carnosos a mi mejilla.

—Es una lástima, forastero. Lo podríamos haber pasado muy bien juntos y lo sabes. —Me entrega un pequeño pedazo de papel—. Este es el número de mi móvil. Si cambias de opinión, llámame.

—No lo haré.

—Nunca digas nunca.

Dicho esto, sale de mi despacho contoneando las caderas. Me paso la mano por la mandíbula para evitar babear e ir tras ella, y vuelvo a mi sitio tras el escritorio. Ahora entiendo que Amín quiera controlarla. ¡Por Dios santo, si es más peligrosa que un huracán! Espero que se olvide de esa idea descabellada lo antes posible y me deje tranquilo, porque de no ser así tendré que hablar seriamente con su hermano.

Cinco minutos después, Hanna me pasa una llamada de mi padre.

—¿Dónde estabas, papá? Te he llamado mil veces —protesto nada más descolgar.

—Estaba jugando al golf con Watson. Su hija te manda recuerdos.

—Sí, bueno, Alexia no es santo de mi devoción ahora mismo.

—¿Habéis discutido?

—¿Discutido? ¿Leíste el periódico del lunes?

—Los paparazzi son capaces de cualquier cosa con tal de vender una buena exclusiva, ya lo sabes.

—En serio, papá, ¿por qué diablos la disculpas? Sabes tan bien como yo que se ha acostado con medio Austin a pesar de nuestro compromiso.

—Es joven e impulsiva. Seguro que cuando os caséis cambia de actitud.

—¡Por amor de Dios! ¡Ella no va a cambiar nunca! Deberías aceptar la oferta de Al-Naibi y librarme de casarme con esa arpía.

—¿Estás loco? Si ofrece cinco billones de dólares es porque los yacimientos valen muchísimo más. Si solucionas los problemas de la sucursal apuesto a que ofrecerá el doble.

—Definitivamente estás mal de la cabeza. Mamá debería encerrarte en un asilo antes de que vayas a más.

—No creo que me hayas llamado para insultarme.

—Es cierto, no lo he hecho para eso. He estado repasando las cuentas, y hay errores desde hace cinco años. Las cuentas no cuadran con los supuestos resultados.

—No puede ser Baker...

—Él se ocupa de las cuentas, pero no le veo capaz de hacer algo así. De todas formas, voy a hablar con él en cuanto cuelgue, y por supuesto estará

despedido.

—No te precipites, sigue investigando un poco más antes de cometer una equivocación. Conozco a Baker, y no me haría algo así.

—Si él no ha sido, desde luego sabe quién fue. Cuando le pedí los libros de cuentas se puso muy nervioso.

—Quizás el verdadero ladrón le tiene coaccionado de alguna forma.

—En cualquier caso, seguiré observándole un par de días más.

Cuando cuelgo el teléfono mi humor no ha mejorado un ápice. ¿Cómo es capaz mi padre de no ver que tenemos la solución delante de nuestras narices? Si solo aceptara la oferta de Amín... Tengo que averiguar cómo hacerle cambiar de opinión, o mi futuro será tan negro como el de Nadia.

Mi musa de piel aceitunada vuelve a inundar mi mente. ¿Por qué tengo que ser tan gilipollas? Aunque me haya brindado su hospitalidad, a Amín no le debo nada. Y ya que estamos, tampoco se lo debo a Alexia. Ella me ha puesto los cuernos en incontables ocasiones. ¿Por qué tengo yo que respetarla? Podría disfrutar de Nadia hasta que se case... y después olvidarme de ella. Así yo también disfrutaría antes de casarme con esa arpía, porque a ella no pienso tocarla ni con un palo. Después de todos los hombres con los que me ha sido infiel, la verdad es que se me han quitado las ganas de meterla en caliente con ella.

La oferta de Nadia es muy generosa, tengo que reconocerlo. La oportunidad de follar con una mujer como ella es algo que no se puede echar a perder. Además, ¿dónde quedó aquel Dylan que se acostaba con cualquier mujer sin importarle las consecuencias al día siguiente? Casi sin pensarlo, marco un número de teléfono que no creí que marcaría jamás.

—Esta noche. A las ocho —le ordeno—. Me alojo en el hotel Intercontinental Al Khobar. Daré orden en recepción para que te dejen subir sin preguntar.

—¿Y ese cambio de opinión? —pregunta Nadia al otro lado de la línea.

—He dicho a las ocho. No llegues tarde.

—Allí estaré.

Capítulo 4

Apenas falta media hora para que Nadia cruce la puerta de mi habitación, para tenerla a mi merced y hacer con ella lo que quiera. Me sudan las manos por las ganas de tocarla, y mi polla está expectante embutida en mis pantalones. El antiguo Dylan ha vuelto, ahora soy yo quien tiene el control de mi vida... y de la situación. Voy a disfrutar de Nadia y de su cuerpo el máximo que pueda, y me importan una mierda las consecuencias. Lo tengo todo listo, solo me queda esperar.

Cuando escucho suaves golpes en la puerta, me levanto lentamente y abro para hacer entrar a la diablesa que me ha robado el sentido. Va ataviada con un sencillo vestido blanco sin mangas, ajustado desde el pecho hasta las rodillas, y unos zapatos de tacón de aguja de charol. El encaje de las medias de liga me lanza guiños a través de la abertura lateral de la falda, y sus labios rojos se entreabren buscando aire cuando se fija en mi pecho desnudo.

—Así que has venido... —ronroneo.

—No me has dejado opción... Tu faceta dominante me ha puesto a mil.

Uno mis labios a los suyos en un beso posesivo, sin tocarla con ninguna otra parte de mi cuerpo, pero aprisionándola a pesar de todo contra la pared. Un gemido escapa de su garganta cuando hundo mi lengua en su boca, caliente, húmeda, avasallando la suya. Recorro todos sus escondites, todos sus secretos, y me separo de ella aparentando una calma que no siento. Ella está hecha un auténtico flan, que es lo que buscaba, y sonrío satisfecho.

—¿Una copa? —le ofrezco.

—¿Ahora?

Me vuelvo para mirarla sonriendo. Ella dobla la cabeza hacia la derecha y se cruza de brazos.

—¿Por qué no?

—Creía que iríamos al grano directamente —continúa.

—No soy un conejo, preciosa. Me gusta tomarme las cosas con calma.

—Así que lento y suave...

—Sobre todo lento. Lo de suave lo dejaremos en el aire.

—Entonces sírveme un ron.

Me acerco al minibar y sirvo ambas copas, necesito calmarme un poco o esto terminará antes incluso de empezar a ponerse interesante. Le entrego una de ellas, y la observo sentarse en el sofá con las piernas cruzadas. Yo me repantigo en el sillón de enfrente, y doy un sorbo de mi bebida sin apartar los ojos de ella.

—Abre las piernas —ordeno.

Nadia obedece sin rechistar, y observo el encaje de sus braguitas cubriendo su sexo. Con un gesto de mi dedo, la insto a apartarlas, y sus dulces labios rosados me dan la bienvenida.

—Quítatelas.

Mi dulce diablesa se pone de pie y se deshace de su ropa interior sin apartar su mirada desafiante de mí, para volver a sentarse con las piernas abiertas. Me paso la mano por la barbilla mientras observo detenidamente mi pequeño y dulce botín. Me muero de ganas de lanzarme directamente a su yugular... o mejor a su ingle, pero permanezco impassible en mi sillón. Nadia está nerviosa, aunque intenta aparentar lo contrario, e inconscientemente sonrío.

—¿Te parece gracioso tenerme con las piernas abiertas? —protesta.

—Estoy disfrutando de las vistas mientras me tomo una copa.

—¿Esto es todo lo que piensas hacer?

—Ni por asomo, preciosa... Ni por asomo.

Me levanto lentamente de mi asiento y me acerco a ella. Me apoyo con una mano en el brazo de su sofá y hundo mi lengua en su boca... y mis dedos entre sus piernas. Ella se tensa por la impresión, pero pronto las abre al máximo para dejarme mejor acceso a su sexo. Saboreo su boca mientras recorro con mis dedos sus labios mojados, rozando apenas su clítoris antes de hundirlos en su canal segundos después. Ella enreda los brazos en mi cuello e intenta acercarme a su cuerpo, sin éxito. Los vaqueros me aprietan como el demonio, mi polla amenaza con reventar la cremallera en cualquier momento, y el sudor comienza a correr por mi espalda caliente.

Me aparto de ella, la cojo de la muñeca y la llevo hasta la habitación. Paso mis manos alrededor de su cuerpo para bajar la cremallera de su vestido sin apartar mis ojos de los suyos. Nadia respira entre jadeos, sus pechos suben y bajan buscando desesperadamente aire, y cierra los ojos cuando rozo con las yemas de mis dedos sus brazos para dejar resbalar el vestido hasta el suelo.

—Preciosa —susurro.

La tumbo en la cama, siguiéndola al instante, y acaricio suavemente su piel aceitunada. La piel de sus pechos parece satén entre mis dedos, y las suaves crestas nacen poco a poco debido a mis caricias. Nadia cierra los ojos cuando bajo las manos por su estómago, pero me detengo justo antes de llegar a su sexo y vuelvo a subir.

—Eres malo —protesta con los ojos cerrados.

—Aún no has visto nada.

—No me estoy quejando... Me encanta que lo seas.

Sustituyo mis manos con mi boca, y lleno de besos suaves sus pechos, su estómago, su pubis sedoso. Me recreo en sus pezones, que están duros, calientes, y muy sensibles. Cada vez que mis dientes rozan su carne, ella gime y se retuerce, y termina posando su mano sobre su propio sexo, para empezar a acariciarse.

—Calma, princesa —digo apartándosela—. No corras tanto.

—Necesito correrme —protesta.

—Lo sé, pero aún no.

—Por favor, Dylan...

—He dicho que no.

Arraso su boca con la mía, y acaricio su mejilla, sus pechos, su estómago. Ella arquea la espalda, gime en mi boca y agarra mi pelo con fuerza. Adentro la mano entre sus muslos y hundo mi dedo entre sus labios para acariciar en círculos tu clítoris, ya hinchado. Mi sangre bombea con fuerza en mis venas, mi polla amenaza con escapar del confinamiento de los vaqueros, y mi cuerpo se perla de sudor. Estoy a mil por hora, tener a Nadia entre mis brazos es mejor que cualquier fantasía que haya podido tener con ella.

Separo mi boca de la suya y bajo por su cuerpo hasta lamer sus labios hinchados. Primero paso la lengua lentamente por toda la superficie, arrastrando su dulce miel con ella. Nadia aprieta entre sus puños la almohada, y arquea la pelvis hacia arriba cuando aparto mi boca de ella un segundo antes de volver a lamerla. Abro sus labios con mis dedos para dejar al descubierto su clítoris, y comienzo a chuparlo con fuerza. Su piel se eriza al momento, y sus pequeños gemidos se transforman en gritos ininteligibles que me hacen sonreír.

Introduzco mi dedo corazón en su canal y lo muevo deprisa acariciando su punto G sin apartar la boca de su clítoris. Su cuerpo se tensa una y otra

vez, y procuro detenerme para que no llegue al orgasmo todavía.

—¡Fóllame, Dylan! —grita desesperada—¡Quiero correrme!

Hago oídos sordos a sus ruegos, y continúo con la suave tortura un poco más. Dejo un reguero de besos por sus muslos para dejarla descansar un poco, y vuelvo a mi festín. ¡Joder! ¡Qué bien sabe la condenada! Sus flujos caen por mi barbilla, sus piernas aprisionan mi cabeza con fuerza y sus uñas se clavan en mis hombros. Está a punto de correrse, puedo sentirlo. Sus aullidos de placer son música celestial para mis oídos.

—¡Me corro, Dylan! ¡Me corro!

Siento su cuerpo convulsionarse y quedar laxo sobre las sábanas. Con una última pasada de mi lengua, me coloco a su espalda y vuelvo a besarla, esta vez con suavidad. Nadia apenas puede responderme, pero cierra los ojos al sentir mis vaqueros rozar su precioso culito respingón.

—Ahora me toca a mí complacerte —susurra incorporándose.

Me tumbo sobre la cama con los brazos bajo la cabeza y la observo desabrochar lentamente la cremallera de mis vaqueros y deshacerse de ellos en un par de tirones. Se arrodilla entre mis muslos para observarme, y acaricia suavemente mis testículos con una de sus pequeñas manos antes de pasar su lengua por mi verga. ¡Dios! Su sonrisa traviesa casi consigue que la tumbe en la cama y me la folle bien duro, pero la dejo chuparme a conciencia, primero con pequeños lengüetazos, después engulléndome por completo. Su boca sabe dar placer a un hombre, de eso no hay la menor duda. Siento sus uñas arañar mis huevos cada vez que me succiona, y el placer está a punto de volverme loco. Se ayuda con la mano derecha para acariciarme, y mi polla crece hasta el límite. No puedo más, necesito enterrarme en ella, pero gimo cuando siento sus dientes apresar la piel de mis testículos suavemente.

—¡Joder, nena! ¡Me vuelves loco!

Nadia sonrío y se envalentona, y me engulle para succionarme con fuerza, una y otra vez. Siento mi polla corcovear dentro de su boca, siento el orgasmo subir por mi espina dorsal, pero Nadia se aparta y se pone a horcajadas sobre mí.

—Ahora voy a follarte —ronronea.

Sujeta mi verga con la mano para guiarla hasta la entrada de su sexo, y me clava en ella hasta el fondo. Su carne me aprieta, me encarcela, y sus caderas se contonean hacia delante y hacia atrás a un ritmo mortalmente lento para mí. No puedo evitar meterme uno de sus pechos en la boca, succionarlo,

morderlo, lamerlo a placer mientras ella me hace entrar y salir de su cuerpo con lentitud. Aprieto su culo entre mis dedos, la atraigo hasta mi cuerpo y la sostengo fuertemente junto a mí. El placer es indescriptible, mi pequeña amazona está haciéndome perder la cabeza, y aún no ha hecho más que empezar.

No puedo permanecer quieto por más tiempo, así que la inmovilizo para poder moverme yo. Apoyo los talones en la cama y me elevo una y otra vez, clavándome en su sexo, sintiendo mis huevos golpear su precioso trasero. Siento el sudor correr por mi cuerpo, y veo que ella tiene el pelo pegado a la cara por la misma razón. Sus gritos resuenan en la habitación silenciosa, y siento sus músculos convulsionarse alrededor de mi polla cuando ella vuelve a llegar al orgasmo.

Se deja caer en la cama, y me coloco a su espalda para volver a entrar de nuevo en ella. Su pierna rodea mi cintura, y su mano me atrae hacia ella pellizcándome el culo una y otra vez. Mis caderas bombean con fuerza dentro de ella, estoy loco por correrme, y sus uñas acarician mis huevos por debajo cada vez que los pego a su cuerpo. Muerdo su hombro en un intento de controlarme, pero esta postura no es suficiente para poder correrme, así que levanto sus piernas hasta su cabeza y me entierro en ella una vez más, esta vez hasta el fondo.

Ahora sí... ahora voy a correrme. Bombeo dentro de ella a toda velocidad, sintiendo sus paredes aprisionarme en su interior. El placer comienza a subir por mi espalda, y sigo moviéndome deprisa, sin pausa, desesperado por sentirla, desesperado por ahogarme en el placer que ella me proporciona. Con un grito ahogado, el orgasmo me recorre, y caigo rendido a su lado en la cama, donde me quedo profundamente dormido.

Me despierto horas más tarde, y mi acompañante sigue dormida. La beso suavemente en el hombro, y sus pestañas aletean sobre sus mejillas a la vez que sus labios dibujan una sonrisa.

—Hola —susurro un segundo antes de besarla.

—¿Qué hora es?

Miro el reloj de mi móvil y vuelvo a mi tarea.

—Las doce y cuarto.

Sigo besándola en el hombro, pero ella se aparta y se sienta en el borde de la cama.

—¿A dónde vas? —pregunto.

—Tengo que irme. Si mi padre me descubre llegando a casa tan tarde me

matará.

—Vuelve por la mañana.

—Dylan, esto no es Estados Unidos. Aquí una mujer no puede llegar a casa a medianoche, mucho menos al día siguiente.

—De acuerdo, vete —protesto tapándome los ojos con el brazo.

—¿En serio vas a dejarme que me vaya sola?

—No... No voy a hacerlo.

Me levanto de la cama con un suspiro y me visto sin mirarla. Estoy muy cabreado, quiero tenerla en mi cama mucho más de lo que ha estado, pero reconozco que no tiene tanta libertad como me gustaría. Cuando me vuelvo hacia ella, observo que ya se ha vestido, y que se sienta en la cama para ponerse las bragas. Se las arranco de la mano de un tirón y me las guardo en el bolsillo de los vaqueros.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunta.

—¿Tú qué crees? Me las guardo para mí.

—¿Ese es tu trofeo, Dylan?

—No, preciosa —susurro enlazándola de la cintura—. Este será mi consuelo hasta que vuelva a tenerte debajo.

Hundo mi lengua en su boca una última vez, y tiro de ella hasta el ascensor. Conduzco en silencio hasta su casa, y aparco a un par de calles, como ella me pide.

—Ha sido una noche muy interesante, forastero —dice volviéndose a mirarme.

—Espero que se vuelva a repetir pronto.

—¿Acaso lo dudas? Solo tengo un mes de libertad, Dylan, y pienso disfrutarlo al máximo contigo.

Me quedo mirándola un segundo.

—¿Por qué yo, Nadia?

—¿Tiene que haber una razón?

—No, pero sé que la hay.

—No es lo que piensas, no es por fastidiar a mi hermano.

—¿Entonces?

—Me recuerdas mi hogar. Me haces sentirme libre aunque realmente no lo sea.

Nadia me da un beso en los labios y se baja del coche. La sigo con las luces apagadas hasta su casa, y la observo entrar en ella sin hacer ni un solo ruido. Vuelvo al hotel y me doy una ducha, necesito quitarme de encima todo

el sudor y el olor a sexo para poder dormir esta noche. Pero las horas pasan y no consigo conciliar el sueño. No puedo dejar de pensar en ella, en su sabor, en su olor, en la forma que tiene de retorcerse entre mis brazos. No ha sido suficiente... ni por asomo. No creo que sea capaz de conformarme con verla durante un mes y luego pasar página. Tal vez pueda convencerla de que sea mi amante hasta que vuelva a Estados Unidos... aunque por lo poco que la conozco sé que será incapaz de hacer algo semejante.

Alexia vuelve a mi mente... No pueden ser más distintas. La oxigenada, blanca e infiel Alexia no le llega ni a la suela del zapato. Toda su ropa de *Versace* no conseguirá jamás que se parezca a Nadia Al-Naibi. Necesito un buen plan para deshacerme de ella, necesito que mi padre acepte el trato con Amín de alguna manera. Pero, ¿cómo? Es tan estrecho de miras que no ve más allá de sus narices.

En ese momento suena el teléfono, y sonrío al ver que es Nadia quien llama.

—Deberías estar durmiendo —contesto.

—Tengo demasiada adrenalina corriendo por mis venas.

—Así que la gatita está satisfecha...

—La gatita no está satisfecha en absoluto. Necesito más, Dylan... Mucho más.

—Te noto desesperada, dulzura.

—Completamente. No puedo dejar de pensar en lo que ha pasado, no puedo quitarme de encima tu olor, y tu sabor.

—Ven mañana a la misma hora. Y Nadia...

—¿Sí?

—Esta vez sin ropa interior. Voy a follarte contra la pared en cuanto cierre la puerta a tus espaldas.

Cuelgo antes de darle tiempo a contestarme, y salgo al balcón a fumarme un cigarrillo. Necesito calmarme... la llamada de Nadia ha vuelto a ponerme cachondo perdido.

Capítulo 5

Me despierto al amanecer. Hoy tengo mucho que hacer en la maldita oficina, entre otras cosas entrevistar a los empleados en busca de algún indicio sobre quién puede ser el culpable de la malversación. Tras una ducha rápida, me dirijo hasta mi nuevo puesto de trabajo. Kala me recibe con una sonrisa que alegra un poco más mi día. Es una mujer preciosa, y la verdad es que no me importaría echar un polvo con ella de vez en cuando.

—Buenos días, Kala —digo devolviéndole la sonrisa.

—Buenos días, señor Fisher. Su padre le ha llamado hace media hora.

—Para él no existen las diferencias horarias —protesto—. ¿Qué quería?

—Quiere que le llame de inmediato. Dice que es de suma importancia.

—Muy bien, ¿alguna llamada más?

—El señor Al-Naibi le invita a jugar un partido de golf esta tarde a las seis. Enviaré un coche a recogerle donde usted diga.

—¿Al golf? ¡Yo no sé jugar al golf!

Ella se encoje de hombros y permanece a la espera de una respuesta. Inspiro hondo, resignado a pasar la tarde haciendo el ridículo, y pensando en perder un par de valiosas horas buscando en Youtube algunas clases rápidas de golf.

—Necesito ropa para acudir a esa cita. —Ella asiente apuntando en su libreta—. Y supongo que también necesito unos palos. Dile a Al-Naibi que me recoja aquí, hoy estoy muy ocupado.

—Muy bien, señor.

—Gracias, Kala.

—No hay de qué, señor Fisher.

Subo a mi despacho, donde Hanna me tiene preparado un café bien cargado, y marco el número de mi padre, que me contesta con voz cansada.

—Ya era hora de que llamas —protesta.

—¿Tengo que recordarte que estamos a quince horas de diferencia? ¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme?

—Estamos metidos en un buen lío, Dylan.

Suspiro ante el tono alarmista de mi padre. Para él, un buen lío es quedarse sin papel higiénico un domingo.

—¿Qué pasa ahora?

—He sido un estúpido, Dylan. He estado a punto de caer en la trampa más antigua de todos los tiempos.

—¿A qué te refieres?

—Watson me ha estado engañando.

—¿Hacía trampas cuando jugabais al golf? —bromeo.

—No seas imbécil, chico, está en bancarrota. Su idea era asociarse conmigo para salir del bache con nuestra empresa.

—No sé de qué te extrañas, es lo mismo que pretendías hacer tú, si no recuerdo mal.

—Yo no pensaba dejarle en la ruina, quería reflotar nuestra empresa. Él solo pretendía hundirme. Tenemos que buscar otra solución para nuestro problema, Dylan, y tiene que ser rápido.

Mi corazón late a mil por hora. Esta es mi oportunidad para librarme de Alexia y poder hacer con mi vida lo que quiera, pero tengo que ser cauto.

—La oferta de Al-Naibi sigue en pie —comento como si tal cosa.

Mi padre permanece callado unos segundos, y siento el mundo detenerse.

—¿Estás seguro, Dylan? Si es así sería nuestra salvación en este momento.

—Esta tarde me ha citado para jugar al golf. Supongo que volverá a proponerme su oferta, y si no es así, yo lo haré esta vez.

—Si esperamos unos días tal vez suba la apuesta.

—Si esperamos más retirará su oferta, y entonces iremos a pique. Es una oportunidad de oro, papá, no dejes que la avaricia te nuble el juicio.

Su silencio se me hace eterno.

—Está bien, acepta su oferta. Espero no arrepentirme de esto, Dylan.

—Estás haciendo lo correcto.

—Al-Naibi no querrá la sucursal si no solucionas antes los problemas de malversación. Lo sabes, ¿verdad?

—Estoy en ello, papá. Ahora mismo iba a revisar los cuatro yacimientos para ver dónde está el fallo.

—Entonces te dejo que sigas trabajando.

—¿Significa eso que no tengo que casarme con Alexia, papá?

—Ella no tiene nada que ver con su padre. Deberías reconsiderarlo, es

una mujer muy guapa.

—Si tanto te gusta cástate tú con ella. Yo paso.

—Es la mujer perfecta para el futuro dueño de *Chevron Corp*, el compromiso sigue en pie.

Una hora después, me encuentro en el primero de nuestros yacimientos en Campo Ghawar. El responsable de todo por aquí es Abdul, un hombre de mediana edad. En cuanto me ve llegar, una sonrisa aflora en sus labios y estrecha mi mano con más efusividad de lo acostumbrado.

—Bienvenido, señor Fisher. Nos alegra tenerle por aquí.

—Encantado de conocerte, Abdul. Vengo a ver cómo van las cosas.

—Perfectamente, señor. Hace unos días se averió una de las bombas de varilla, pero creo que estará arreglada en un par de semanas. Las piezas vienen desde Alemania, tardarán en llegar.

—¿Qué cantidad de petróleo produce al día este yacimiento?

—Sesenta y cinco barriles, y un millón doscientos cincuenta mil pies cúbicos de gas natural.

—Son muy buenas cifras. ¿Tienes registrada en alguna parte la producción?

—Aunque el señor Baker insiste en que todo esté informatizado, llevo un registro personal a la vieja usanza. No me fío demasiado de esas máquinas.

—Has hecho bien, me será de gran ayuda. ¿Podrías enseñarme ese registro?

—Con mucho gusto, señor. Acompañeme a mi oficina.

Paso gran parte del día revisando con Abdul los libros, y las cantidades que él tiene apuntadas no corresponden con las que me han dado a mí en la oficina. Cierro el último libro con un suspiro y giro el cuello para aliviar la presión en los hombros.

—Todo está perfectamente organizado, Abdul, te felicito. ¿En todos los yacimientos está igual?

—Sí, señor. Yo me ocupo del cierre de los cuatro yacimientos, así que encontrará los mismos libros en los cuatro restantes. Si quiere puedo llevarle a revisarlos todos.

—Te lo agradezco, Abdul, pero lo dejaremos para mañana. Estoy cansado, y creo que tú también lo estás. Ve a casa y descansa. Nos veremos por la mañana.

Apenas me da tiempo a cambiarme de ropa cuando Kala me avisa de que

el coche de Al-Naibi me espera en la puerta. Me siento estúpido con este traje blanco, pero tengo que acudir a la cita si quiero que Amín acepte comprar los yacimientos después de tantas negativas por parte de mi padre.

Le encuentro sentado en la terraza del club de golf tomándose un café, y me saluda con una sonrisa.

—Buenas tardes, amigo mío. ¿Un mal día?

—Hola, Amín. Solo estoy un poco cansado.

—¿Por qué no lo has dicho? Habríamos dejado el golf para otro día.

—Quería hablar contigo de negocios. Además, no estoy tan cansado como para dejarte ganarme —miento.

—Si es así, vamos al campo. Mi mujer y Nadia están en el hoyo setenta y cuatro.

Nadia... al oír su nombre mi polla corcovea dentro de mis pantalones. La deseo, aunque anoche me saciara de ella sigo deseándola más si cabe. Esta noche la tendré de nuevo entre mis brazos, pero me gustará ver cómo se desenvuelve teniéndome cerca y estando su hermano delante.

Mientras que su cuñada viste con elegancia y recato, Nadia va ataviada con unos mini shorts que dejan muy poco a la imaginación y una camiseta de tirantes que apenas esconde sus generosos pechos. Cuando me ve llegar con su hermano, se apoya en el palo que está utilizando y me sonrío con los ojos casi cerrados por el sol.

—Vaya, forastero... Así que te has atrevido a venir...

—¿Dónde dejaste tus modales, Nadia? —protesta su hermano.

—Vamos, Amín, solo estoy picándole un poco. Apuesto a que no tiene ni idea de jugar al golf.

—Pues no, no la tengo —contesto sacando un palo de mi bolsa—, pero apuesto que puedo aprender antes de que termine el día.

Ella se encoje de hombros y se pone en posición para lanzar la bola. Eleva su precioso culo respingón, arquea su cintura levemente... y yo tengo que tragar saliva pensando en la de maravillas que podría hacer con ella en esa postura. Lanza su bola, que queda a pocos metros del próximo hoyo, y da saltitos de alegría alrededor de su hermano.

—A ver si eres capaz de superar eso, Amín —le provoca.

Él se limita a sonreír, y saca con suma delicadeza un palo de su bolsa para admirarlo antes de colocarse en posición. Con un golpe seco, lanza la bola directa al hoyo, y mira a su hermana con superioridad. Nadia se cruza de brazos enfadada, pero se aleja hasta su pelota muy erguida.

—Pura suerte —sentencia—. Creo que mejor jugaré con el señor Fisher. Como no sabe jugar, seguro que le ganaré.

Pasa por mi lado y me guiña un ojo, y aprovecho para susurrarle al oído.

—Esta noche me las pagarás, lo juro.

—Lo estoy deseando —contesta con un gemido.

Viéndola jugar, una idea macabra se me pasa por la cabeza. No sé por qué, pero de pronto siento la necesidad de proponerle a Amín un trato que no puede dejar escapar. Cuando Amín se aleja un poco siguiendo su bola, me acerco a Nadia.

—Señorita Al-Naibi, ¿le importaría darme algunas clases? —digo— Está visto que soy un pésimo jugador, y si sigo así su hermano me ganará antes de que pase media hora.

—¿Está seguro, señor Fisher? Mi hermano dice que las mujeres no estamos hechas para este juego.

—Correré el riesgo.

Nadia se posiciona a mi espalda, y pega su cuerpo al mío, haciéndome sentir sus pechos clavados en mi columna.

—Debe curvar levemente la cintura... así.

Recorre mis brazos con sus manos hasta colocarlas sobre las mías, y ponerlas correctamente sobre el palo.

—La posición de sus manos era incorrecta, así no le dará a la bola el impulso necesario para meterla en el hoyo.

¡Joder! Esas palabras han sonado demasiado sexuales en su boca. Con el pie, separa mis piernas para ponerme en la postura correcta, da impulso a mis manos y le damos la pelota con un golpe seco. Observo sin ver la bola rodar hasta colarse en el próximo hoyo, y Nadia se separa de mí con una sonrisa triunfal.

—Muy bien hecho, señor Fisher. Pronto será un auténtico profesional.

Me muerdo la lengua para no decirle lo que pienso hacer con ella cuando venga esta noche a mi hotel, y seguimos jugando hasta el atardecer. Cuando las mujeres se marchan, Amín y yo nos acercamos al bar del club a tomarnos una copa.

—¿Qué tal van las cosas, amigo mío? —pregunta él.

—Estoy solucionando unos cuantos problemas que tenemos por aquí.

—¿Son graves?

—Nada que no se pueda solucionar. Quería proponerte algo.

—¿Tu padre ha cambiado de opinión?

—No exactamente.

—Te escucho entonces.

—Tú quieres los yacimientos de mi familia, ¿no es así?

—Sabes que sí.

—Yo quiero a tu hermana para mí.

Amín me mira con una ceja arqueada y espera a que continúe.

—Estoy dispuesto a venderte los yacimientos de Campo Ghawar, pero con una condición: que rompas el compromiso de tu hermana y la cases conmigo.

—¿Te has vuelto loco, Dylan? ¡No puedo romper el compromiso! Nasim es una persona muy influyente en nuestro negocio, y si le agravio de alguna manera me hundirá.

—Entonces te deseo un buen día.

Hago el intento de levantarme, pero Amín me detiene.

—Espera, no te vayas aún.

Vuelvo a sentarme en la silla y le miro fijamente.

—¿Por qué quieres casarte con mi hermana? —pregunta.

—Necesito una esposa y tu hermana me divierte. Sabes que Nasim no va a poder controlarla, Amín. Te aseguro que yo sí puedo hacerlo.

—¿Sabes lo que me supondría anular ese compromiso? Tendría que ofrecerle a Nasim algo a cambio de Nadia, y créeme, ese hombre está obsesionado con ella, no se conformará con cualquier cosa.

—Es mi última oferta, Amín. La tomas o la dejas.

—La tomo, pero debes dejarme solucionar algunas cosas antes.

—Ya tienes organizada una boda, bien puedes cambiar a un novio por otro.

Amín se queda pensativo un momento, tras el cual asiente.

—De acuerdo, le diré a mi hermana el cambio de planes esta noche.

—No, no quiero que le digas nada. Si va a odiarme, al menos que sea lo más tarde posible.

—¿Pretendes que ella se entere del cambio en el altar?

—Será lo mejor. Ya he visto lo problemática que puede llegar a ser, Amín. Tengo que jugar con ventaja.

—¿Qué tiene mi hermana para que estés tan obsesionado con ella? No me mientas haciéndome creer que ella es tan buena como cualquier otra, porque no me lo creo.

—No tengo ni la más remota idea, Amín, pero estoy dispuesto a

averiguarlo.

—En cuanto te vea en el altar vivirá nada más que para convertir tu vida en un infierno. Lo sabes, ¿verdad?

—Créeme... cuento con ello.

—Pues solo me queda desearte suerte, amigo mío. Alá sabe que la necesitarás.

Vuelvo al hotel con una sonrisa que no se borra de mis labios. Apenas me da tiempo a cenar antes de que llegue Nadia, pero pico algo antes de darme una ducha y esperarla. Media hora más tarde, sus nudillos golpean suavemente la puerta de mi habitación. Cuando la tengo delante, tiro de ella y permanezco mirándola unos segundos, sin moverme, y ella permanece quieta en el sitio, a la espera de mi próximo movimiento.

—¿Ocurre algo? —pregunta por fin.

Me abalanzo sobre ella como un animal, la agarro de la nuca y hundo mi lengua en lo más profundo de su boca una y otra vez. Ella gime y se entrega a mi asalto, intentando agarrarme también, pero se lo impido con un movimiento de mi brazo.

—Ni hablar, preciosa, te dije que ibas a pagar tu provocación de esta tarde.

Vuelvo a avasallar su boca con ansia, hundiendo mi lengua un segundo para morderle su jugoso labio después, y arranco la camiseta que lleva puesta para comprobar que ha seguido mi petición al pie de la letra. Estoy ardiendo, necesito comérmela y follármela a la vez, y mi polla asoma por el elástico de mi pantalón de deporte intentando hundirse en ella.

La empujo hasta la cama y la dejo caer en ella, donde rebota un par de veces antes de que le arranque los pantaloncitos del demonio, y su sexo caliente y suave me da la bienvenida. Se ha depilado por completo, y abre las piernas al máximo para que pueda verlo bien.

—Creí que sería más fácil para ti de esta forma —ronronea—. No hay pelos que te puedas comer.

—Mmm... Me encanta...

Apoyo sus rodillas en mis hombros y me doy un festín con su dulce coñito, a la vez que aprieto sus pezones entre mis dedos una y otra vez. Mi lengua se hunde en su canal, acaricia su clítoris, y mis dientes aprisionan su carne hasta el límite del dolor. Nadia se retuerce desesperada en la cama, orgasmo tras orgasmo, y me recompensa con su dulce miel, que inunda mi paladar. Pero no puedo esperar más, así que me bajo los pantalones hasta los

tobillos y la tumbo bocabajo para hundirme profundamente en ella, para sentir su carne engullirme a cada embestida.

Mis movimientos se vuelven frenéticos, mi polla entra y sale de su coño a toda velocidad. Sus manos aprietan las sábanas, mi pecho aprisiona su cuerpo contra el colchón hasta casi impedirle respirar. Sostengo su pelo entre mis dedos para volverle la cabeza y poder besarla cuando el orgasmo se acerca, y me corro en su culo con un grito ensordecedor.

Permanezco un segundo sin moverme, recuperando el aliento, intentando que la cabeza deje de darme vueltas para levantarme y darme una ducha bien fría. Cuando salgo de la ducha, Nadia permanece dormida, y la sacudo suavemente para despertarla.

—Vamos, date una ducha y te llevo a casa.

Ella mira el reloj para comprobar que apenas son las doce de la noche.

—¿Tan pronto? —protesta— ¿Hoy no repetimos? Dijiste que me empotrarías contra la pared nada más llegar y no lo has hecho.

—Créeme, si por mí fuera lo haría en cuanto me recuperase, pero no va a poder ser hoy. Mañana tengo que levantarme temprano. Tengo asuntos importantes que atender.

Nadia obedece sin rechistar, y cuando la dejo en su casa, me mira durante una eternidad.

—¿Qué ha ocurrido? La otra noche no eras así.

—¿Así cómo? —pregunto.

—Tan... frío.

—No me pasa nada, Nadia. Solo estoy cansado.

—Pues cualquiera lo diría.

Intenta salir del coche, pero la detengo del brazo y la beso una vez más.

—No pretendía parecer brusco, de verdad, pero tengo que trabajar mañana a primera hora.

—De acuerdo, te creo.

—Mañana a la misma hora.

—¿Y si no me da la gana? —pregunta traviesa.

—Créeme, preciosa... Vindrás.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque te gusta tanto como a mí lo que hacemos, y porque, como tú misma has dicho, dentro de poco tu matrimonio te lo impedirá.

Ella sale del coche con una sonrisa, y mira una vez más en mi dirección antes de entrar en su casa. El sexo con ella es increíble, y en cuanto estemos

casados me ocuparé de mantenerla en la cama el máximo tiempo posible. De repente me siento con ganas de cumplir todas sus fantasías... y las más también.

Capítulo 6

Llevo más de cuatro horas inspeccionando los yacimientos petrolíferos que pronto pasarán a formar parte de *Saudí Aramco*. No hay nada fuera de lo común, todo está en orden y las cuentas cuadran a la perfección. Definitivamente el problema viene de las oficinas, así que tengo que centrarme en Baker si quiero averiguar qué demonios está pasando aquí.

Llego al despacho bastante cansado, y Hanna me acerca un traje nuevo para poder darme una ducha y estar presentable para mi comida con Amín. Cuando llego a su casa veo a Nadia sentada en un sillón llorando, y a su cuñada frente a ella con gesto cansado.

—¿Llego en mal momento? —pregunto a Amín cuando se acerca a saludarme.

—No, Dylan, llegas justo a tiempo. Comeremos solos, si no te importa. Mi hermana tiene uno de sus berrinches y Sora no quiere dejarla sola.

—Sin problema.

Cuando los sirvientes nos ponen delante la comida, Amín se echa hacia atrás en su asiento y apoya los codos en la mesa para sujetarse la barbilla con las manos.

—Espero que el trato siga en pie —comenta.

—Por supuesto, pero hay algunos detalles que me gustaría comentar contigo.

—Te escucho.

—Necesito que te quedes también con la sucursal. Tenemos ciento cincuenta empleados y no podemos dejarles en la calle.

—Dylan, eso es imposible. ¿Qué voy a hacer yo con unas oficinas en el mismo lugar donde tengo la sede central? Me quedaré con todos los empleados de los yacimientos si me aseguras que son competentes, pero nada más.

—Te aseguro que todos son buenos empleados, sobre todo Abdul. Es el encargado, y mantiene todo en orden en los cuatro yacimientos.

—Entonces puedes decirles que conservarán sus empleos en *Saudí*

Aramco. Te ayudaré a dejar al resto bien posicionados, es lo único que puedo prometerte.

—Menos es nada... A fin de cuentas debo quedarme un tiempo por aquí.

—Yo también tengo que hablar contigo sobre nuestro acuerdo. Mi padre tiene una condición.

—¿Cuál?

—La boda debe celebrarse lo antes posible. Mi hermana está descontrolada, anoche apareció en casa de madrugada y no podemos hablar con ella.

—Por mí no hay problema de adelantarla unas semanas...

—Será mañana.

Casi me atraganto con el vino que estoy bebiendo. ¿Mañana? ¡Joder, sí que tiene prisa el viejo por quitarse a su hija de encima!

—¿Mañana? Joder, Amín, esperaba contar con algún tiempo para conseguir caerle bien al menos. Apenas nos conocemos y...

—Mi padre está decidido. Mañana habrá boda, tanto si es contigo como con Nasim.

—Así que eso es lo que le ocurre a tu hermana...

—Se lo ha dicho esta mañana. Nadia puede discutir conmigo todo lo que quiera, pero sabe que una orden directa de mi padre no se puede desobedecer.

—Tiene derecho a estar enfadada, ¿no crees? Le estáis organizando la vida sin pedirle su opinión.

—Lo tiene, pero si hubiese escuchado mis consejos desde el primer momento ahora no nos veríamos en esta situación.

—Muy bien, nos casaremos mañana.

—Que Alá te proteja, amigo, aunque no creas en esas cosas.

Salgo de la casa procurando no cruzarme con mi inminente futura esposa. Visto su estado de ánimo podría anular nuestra cita de esta noche, y si a partir de mañana va a odiarme, necesito tenerla dispuesta en mi cama por última vez.

Vuelvo al hotel cansado, así que me tumbo un rato en el sofá a dormir un poco, pero el maldito tono de mi padre inunda la habitación.

—Joder, papá, tú siempre tan oportuno.

—Son las cuatro de la tarde, Dylan. No puedes estar durmiendo.

—Pues da la casualidad que sí lo estaba, aún me afecta el *yet lag*.

—¿Has firmado ya el contrato con Al-Naibi?

—¿Acaso crees que sus abogados son supersónicos? Están en ello.

—¿Se queda con la central?

—No, solo se queda con los empleados de los yacimientos, así que tendré que pasar aquí un tiempo mientras dejo a los demás a buen recaudo.

—Despídelos sin más y vuelve a casa.

—¿Estás de coña? No pienso dejar a nadie en la calle solo porque tú lo digas.

—Alexia te está esperando, Dylan.

—Que siga haciéndolo. Ahora que no tengo motivos para casarme con ella no pienso hacerlo.

—¿Y nuestra reputación? ¡Has dado tu palabra!

—No, papá, tú la diste. Si tanto te gusta Alexia, cástate tú con ella.

Cuelgo y apago el teléfono. Necesito descansar, así que cierro los ojos un momento, pero el teléfono de la habitación empieza a sonar.

—¿Sí? —pregunto más bruscamente de lo que pretendía.

—Señor Fisher, la señorita Al-Naibi está aquí. ¿La dejo pasar?

Me siento en el sofá en el acto, me paso la mano por la cara para despejarme y suspiro.

—Sí, déjela subir.

Me meto en la ducha corriendo y me enjabono lo más rápido posible. Cuando sus nudillos golpean la puerta, estoy saliendo de la ducha, y la recibo solo con una toalla en la cintura.

—Dylan, yo...

Tiro de ella y la emprotro contra la pared para unir mi boca a la suya. Estoy famélico, y necesito bebérmela poco a poco. Sus manos suben por mi pecho y aprietan mis hombros, y de su boca surge un suspiro que se me atasca en la garganta.

—Te dije a las ocho —protesto, aunque estoy encantado de tenerla aquí.

—Lo sé, pero necesitaba escapar.

—¿Qué ocurre?

—Mi padre ha adelantado mi boda. Me caso mañana.

—Entiendo.

—Cuando esté casada no podré volver a verte, y necesito sentirte todo lo que pueda antes de que mi vida cambie por completo.

—Muy bien, preciosa. Mañana serás de otro hombre, pero ahora eres mía.

Tiro de ella hasta el salón y me repantigo en el sofá.

—Desnúdate para mí.

Ella sonríe y baja la cremallera de su vestido sin mucha ceremonia.

—No, Nadia. Sed ceme mientras lo haces.

Un color sonrosado cubre sus mejillas antes de que sus caderas empiecen a bailar de un lado a otro. Su cuerpo se contonea, sus ojos me miran con picardía, y en sus labios se dibuja una sonrisa traviesa que consigue ponerme cachondo. Baja con lentitud un tirante del vestido hasta la mitad de su brazo, y se vuelve de espaldas para dejarlo caer al suelo, a sus pies. La muy descarada recorre la longitud de sus piernas con las manos, y se sostiene en los tobillos, poniendo en pompa ese culo que me vuelve loco. Se vuelve de nuevo y sube una pierna a la mesa de café para enrollar lentamente su media de liga hasta los dedos, y alarga la pierna para que yo se la saque y la lance tras el sillón.

—Después serás t  quien las busque —protesta.

—Calla y sigue.

Repite el movimiento con la otra pierna, y se sienta a horcajadas sobre mí para menear sus caderas nuevamente. Mi polla empieza a cobrar vida rápidamente, siento como mi glande roza la tela del pantalón hacia la abertura de su sexo, y succiono uno de sus pezones a través del encaje del sujetador. Nadia echa la cabeza hacia atrás, entregada, y arquea la espalda para que pueda darme un buen festín con ambos pechos, pero la miro con una ceja arqueada y las manos firmemente apoyadas en el sofá.

—Continúa —ordenos.

Ella vuelve a ondear las caderas mientras desabrocha el cierre frontal de su sujetador, dejando sus tetas al descubierto, y me agarra de la nuca para hundirme la cara entre ellas. Mis manos pasan a rodear su cintura, y la aprieto cuando su movimiento hace que su co nito roce mi polla una y otra vez. Estoy cachondo, y su humedad empieza a mojar el lino de los pantalones... y mi polla.

Nadia se levanta de mis piernas y se baja las bragas hasta medio muslo antes de sentarse sobre la mesa y levantar las piernas para que yo se las quite. Me arrodillo ante ella, hago lo que me pide, y hundo mi cara entre sus pliegues para darme un banquete con ellos. Su olor almizclado me embriaga, y su sabor levemente salado consigue que el placer serpente por mi vientre. Mi polla salta deseosa de enterrarse en esa dulce y cálida cavidad, pero aún es pronto para ello.

Chupo, lamo, succiono su sexo lo que me parecen horas, me bebo el jugo de su excitación y siento sus piernas tensarse alrededor de mi cabeza una

y otra vez, pero en ese mismo instante detengo mis caricias a su clítoris y cubro de pequeños besos sus muslos, para volver al ataque cuando el momento ha pasado y lanzarla de nuevo al límite del placer.

Sus gemidos inundan la habitación en una letanía provocadora, y tengo que apretarme la base de mi verga para no correrme antes de empezar. Los dedos de Nadia están blancos de la fuerza con la que se agarra al filo de la mesa, y subo una mano para pellizcar entre mis dedos sus pezones, duros a la espera del orgasmo.

—¡Joder, Dylan! ¡No puedo más! —gime entre espasmos.

—Aún no vas a correrme, Nadia. No sin mí.

Me pongo de pie y dejo caer mis pantalones hasta el suelo, y vuelvo a colocarme de rodillas para enterrarme por completo en ella. A la mierda los preservativos, mañana será mi mujer y espero que se quede pronto embarazada, así que comienzo a moverme lentamente dentro y fuera de su cuerpo. Sus uñas de manicura francesa sueltan la mesa para agarrarse a mi espalda, y tengo que gemir cuando las siento clavarse en mi carne. Nadia tiene la cabeza echada hacia atrás, y succiono su cuello inconscientemente, deseando tenerla más cerca, deseando correrme con ella.

Poco a poco el placer sube por mi espalda, llega a mi nuca, baja a mi vientre y explota en un orgasmo devastador. Siento a Nadia correrse poco antes, así que me dejo caer con ella en la alfombra e intento recuperar el aliento.

—¿Puedo quedarme esta noche? —pregunta pasado un momento.

—No, no puedes. Mañana es tu gran día y tienes que descansar.

—¿Gran día? ¿En serio?

—Todas las mujeres quieren casarse.

—Sí, pero con un hombre de nuestra elección. Los hombres lo tenéis mucho más fácil.

—¿Eso crees? Mi padre me obliga a casarme con la hija de su futuro socio, una arpía adúltera a quien no aguanto. Tengo que hacer lo que él dice cuando él dice y como él dice, Nadia. Yo soy la cara bonita de la empresa, pero las decisiones las toma él.

—Lo siento —susurra apretándome suavemente el brazo—. Creí que eras como mi hermano, que hace y deshace en la empresa a su antojo sin contar con mi padre.

—Si hubiese sido así, no estaría aquí.

Ella se levanta de la cama y se dirige a la ducha, y no puedo evitar

seguirla cuando se vuelve traviesa y me llama con un dedo. Me apoyo en la superficie de mármol que soporta el lavabo con los brazos cruzados, y la observo enjabonarse el cuerpo lentamente. El olor a frutas tropicales del gel de baño inunda mis fosas nasales, y un hambre voraz hace rugir mis tripas. Tengo hambre de ella, de su piel, de su boca. De un solo movimiento me adentro en la ducha con ella y cierro la mampara. Ahora solo estamos ella y yo, y nada más importa. Apoyo las manos en su estómago y las subo lentamente hasta acunar en ellas sus pechos, que resbalan con el jabón. Acaricio sus pezones en círculos con el pulgar, y hundo mi boca en la curva de su cuello, llenándolo de pequeños besos y mordiscos tentadores.

Nadia apoya las manos en la pared de mármol e instintivamente abre las piernas, permitiendo que mi miembro erecto acaricie sus pliegues desde atrás. El agua fresca corre por nuestra piel acalorada, y bajo una mano hasta su sexo para abrir sus labios y jugar con su clítoris, ya hinchado.

—Apoya el pecho en la pared —ordenó.

—Está muy fría —protesta ella.

—Haz lo que te digo.

Nadia inspira con fuerza al sentir el mármol sobre sus pezones, pero obedece sin mediar palabra. Me arrodillo tras ella y paso mi lengua por la piel sedosa de su trasero, y abro sus piernas al máximo para enterrar mi cara en su sexo.

—Mmm... qué mojada estás... —susurro antes de dar la primera pasada.

Comienzo a chupar lentamente sus labios menores, que sobresalen un poco, y ella apoya la cabeza en la pared con un gemido. Me siento debajo de ella y me sujeto a sus piernas para poder llegar a hundir la lengua en su húmedo canal, que está caliente, al rojo, esperando con ansia la embestida de mi polla. Siento crecer mi carne entre mis piernas, y el golpeteo del agua en mis testículos me produce un placer aletargado. Continúo chupando, lamiendo, succionando su clítoris, sus labios, hasta que siento sus piernas perder fuerza, y me pongo de pie para hundirme en ella por detrás.

Aparto el pelo mojado de su hombro y muerdo suavemente su piel a cada embestida, mis huevos golpean la parte de atrás de sus muslos cada vez que me empalo en ella, y el agua corre por mi espalda produciéndome escalofríos. Nadia gime, lloriquea, susurra palabras ininteligibles mientras sus nudillos se vuelven blancos en contraste con el negro mármol de la pared, y cierra los ojos cada vez que siente mi polla rozar su punto G.

—¡Joder, Dylan, más! ¡Quiero más! —grita una y otra vez.

Yo aprieto los dientes con fuerza, clavo mis dedos en la carne de sus caderas cada vez que me hundo en ella, y siento sus músculos contraerse a mi alrededor una y otra vez. Voy a perder el norte, estoy a punto de correrme, pero no quiero hacerlo sin ella, así que adentro un dedo en sus pliegues y acaricio su clítoris en pequeños círculos hasta que la escucho gritar, la siento contraerse a mi alrededor, y cae laxa entre mis brazos.

Cuando su respiración se normaliza, yo me he tranquilizado lo suficiente para seguir la fiesta en otra parte. La cojo en brazos y la tiro sobre la cama, quedando a cuatro patas sobre ella.

—Muy bien, preciosa, ahora me toca a mí.

Subo sus piernas hasta casi tocar con ellas su cabeza, y me hundo una vez más dentro de ella. Mis embestidas son ahora frenéticas, buscando mi propio placer. Una y otra vez mis caderas golpean las suyas, mi polla se hunde hasta la empuñadura, y el placer vuelve a serpentear por mi espalda. La cama golpea con fuerza contra la pared, y termina por separarse de ella unos centímetros. Mi respiración agitada se mezcla con la de ella, sus gemidos con los míos, y cuando llego al orgasmo, me tenso por completo para caer como un peso muerto a su lado.

Me falta el aire, veo puntitos de colores bailar frente a mis pupilas. Estoy aturdido, pero cada vez el sexo es mejor con ella. No sé qué demonios tiene esta mujer que me vuelve loco, que hace que quiera follármela a todas horas, que nunca tenga suficiente de ella. Espero, por mi bien, que el enfado al descubrir el cambio de planes en la boda no dure demasiado, o terminaré masturbándome como un adolescente lleno de hormonas en vez de disfrutar en la cama de mi preciosa mujer.

Capítulo 7

Llegó el gran día. En pocas horas seré un hombre casado, aunque mi futura esposa no se alegrará mucho de verme ante el altar. Sé que debería haberle dicho algo anoche, pero si lo hubiese hecho quizás habría convencido a su hermano para que reconsiderase la oferta anterior, porque después de varios encuentros sexuales ya sabe de sobra que a mí no va a poder mangonearme.

Tras una ducha rápida, me pongo un traje negro con corbata plateada, como sus ojos, y bajo a la calle, donde me espera una de las limusinas de Amín adornada con orquídeas y rosas blancas. El camino hacia el juzgado se me hace eterno, y cuando llegamos al edificio siento una terrible opresión en el pecho. ¿Qué demonios estoy haciendo? ¿Por qué casarme cuando puedo tener a todas las mujeres que quiera en mi cama?

Amín sale en ese momento a recibirme, y salgo de la limusina con paso cansado.

—¿Listo? —pregunta Amín.

—Ni lo más mínimo.

Su carcajada alivia la presión que siento, y me palmea la espalda mientras andamos hasta la puerta.

—Sobrevivirás, Dylan. A todos nos pasa lo mismo el día de nuestra boda, y te aseguro que Sora es la mujer de mi vida.

—Sora te adora, Amín. A mí tu hermana va a odiarme.

—Le gustas. Al principio se sentirá engañada, es cierto, pero con el paso del tiempo todo irá sobre ruedas.

—Más me vale que tengas razón, o mi vida será un auténtico infierno.

Quince interminables minutos después, veo a Sora aparecer por la puerta. Sonríe a su marido con cariño, aprieta mi brazo para darme ánimos ante lo que se avecina y se sienta en su lugar en la sala. Nadia parece una visión cuando entra por la puerta. Se ha puesto un sencillito vestido blanco de corte recto, y se ha recogido el pelo con una sola orquídea. No lleva pendientes, ni collares, ni pulseras, solo un pequeño reloj de oro adorna su

muñeca izquierda. No se percata de mi presencia hasta que va a medio camino de la mesa del juez, y su cara refleja el asombro, la incredulidad, y algo mucho más peligroso... la traición.

—¿Me puedes explicar qué demonios significa esto, Amín? —pregunta poniéndose en jarras delante de su hermano.

—Si no das el espectáculo no eres tú, ¿verdad, hermanita? Por favor, terminemos con la boda y después hablaremos.

—No quiero casarme con él —protesta.

—¡No quieres casarte con nadie!

Amín cierra los ojos e inspira con fuerza antes de acercarse a su hermana.

—Nasim es demasiado blando para controlarte, así que le ofrecí a Dylan ocupar su lugar y aceptó.

Nadia me mira con fuego en los ojos.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—¿Qué más da?

—¿Desde cuándo lo sabes? —repite con los dientes apretados.

—Hace unos días.

Nadia se vuelve hacia la mesa del juez y firma con rabia el certificado de matrimonio. Después, sale por la puerta dando un portazo. Amín suspira cansado.

—Siento el show, Dylan, yo...

No termino de escuchar su disculpa. Firmo rápidamente los papeles y salgo tras Nadia. No quiero que se vaya así, necesito explicarle muchas cosas. La encuentro sentada en un banco en la puerta del juzgado, con los ojos enrojecidos por aguantar las lágrimas.

—¿Podemos hablar? —pregunto.

—Ya eres mi amo y señor, así que...

—Nadia, no es esto lo que pretendía.

—¿Y entonces qué querías? ¿Que me lanzara a tus brazos agradecida por salvarme de un matrimonio que no quería?

—Sabes tan bien como yo que habrías sido desgraciada con Nasim.

—Seré desgraciada en cualquier matrimonio por la fuerza.

—¡Querías volver a Estados Unidos! ¡Creí que era eso lo que querías!

—¡Quería volver por mí misma, no con un marido del brazo! ¡Empezaba a confiar en ti, maldita sea! Me has decepcionado.

—¡Vamos, Nadia! Nos hemos acostado un par de veces, no hace falta

que montes un drama por esto.

—Que te jodan.

Ella se levanta del banco e intenta alejarse, pero se lo impido sujetándola del brazo. Si va a comportarse como una niña malcriada, la trataré como tal.

—¿Dónde crees que vas? —protesto.

—No te importa.

—¡Oh, claro que me importa, preciosa! Te recuerdo que ahora eres mi mujer.

—¿Vas a tratarme como Amín trata a Sora?

—No veo que ella se queje.

—¡Porque es lo que le han enseñado! El hombre es omnipotente y la mujer calla y obedece. ¿Es eso lo que quieres?

—Quiero que nos llevemos bien, Nadia.

—Eso es imposible. Has minado mi confianza, Dylan. No esperes que te perdone.

—Muy bien, si es así como quieres que vayan las cosas allá tú, pero ahora hay una comida en casa de tus padres, y vas a asistir obediente, vas a sonreír, y vas a hacerles ver que estás contenta con el cambio. ¿He sido lo suficientemente claro?

—Sí, señor. Como el agua.

Nadia me precede hasta la sala donde se ha celebrado el matrimonio... o mejor dicho, donde hemos firmado unos simples papeles. Al verme aparecer, Nasim levanta una ceja, y asiento para que él y Sora firmen como testigos de la ceremonia. Nada de “puede besar a la novia”, porque estoy seguro de que Nadia me arrancarí la lengua de cuajo si lo intentase. Salimos del juzgado y nos subimos en la limusina para ir a casa de los Al-Naibi a la celebración. Los padres de Nadia no han escatimado en gastos para celebrar el enlace de su hija, y la comida y la bebida son abundantes.

Un grupo de bailarinas mueven sus caderas enfundadas en gasa y lentejuelas, y las observo atentamente para no ver cómo Nadia insiste en su comportamiento infantil.

—La de rosa no te quita ojo de encima —susurra mi mujer en mi oído—. Puedes llevártela a ella a la cama esta noche, si quieres, porque a mí no me vas a tocar.

—¿En serio crees que después de lo que estás formando tengo ganas de follarte? Antes prefiero cortármela, créeme.

—Muy drástico, pero si es lo que quieres estaré dispuesta a llevar a cabo

la tarea. Será un honor dejarte sin tu arma más preciada.

Jamás una fiesta había sido un tormento para mí hasta ahora. En vez de comer, beber y divertirme con mi mujer entre mis brazos, estoy condenado a aguantar sus pullas, y desde luego queda descartado tener una noche de bodas decente. La verdad es que prefiero dormir en el sofá, porque me gusta que la mujer con la que follo esté receptiva y dispuesta, y Nadia ahora mismo me tiene la guerra declarada.

Horas más tarde, Nadia aparece en el salón con un par de maletas, dispuesta a empezar nuestra vida en común. Tras agradecer a su hermano y su padre la fiesta, la cojo de la mano y tiro de ella hasta mi coche, aparcado en la entrada.

—¿Ese es todo tu equipaje? —pregunto al meter las dos maletas en el coche.

—Es todo lo que necesito en este momento. Mi madre se encargará de enviarme todas mis cosas a tu hotel a lo largo de la semana.

—Muy bien, entonces vámonos.

Nadia permanece todo el viaje hasta el hotel sin mediar palabra, mirando por la ventana, y decido concederle ese silencio. No entiendo por qué me odia tanto, por qué no se alegra de que sea yo quien estaba en el altar, cuando es evidente que le gusto, al menos lo suficiente para acostarse conmigo. El botones del hotel le abre la puerta con una inclinación de cabeza y Nadia se encamina bien erguida hacia el edificio, dedicándole una sonrisa al muchacho en el proceso.

—Sube las maletas a mi habitación, Mohamed —ordeno—, y también una botella del mejor champán que tengáis.

—Ahórrate el champán, Mohamed. No va a hacernos falta.

—Quizás a ti no, pero a mí va a venirme de perlas —protesto—. Las maletas y el champán, muchacho.

—Muy bien, señor.

Sigo a Nadia hasta el ascensor, pero la muy descarada procura que las puertas se cierren antes de que yo logre llegar hasta ellas. Suspiro y me subo en el siguiente, pero mi paciencia está empezando a flaquear.

—¿Se puede saber por qué no te has esperado? —protesto quitándome la chaqueta del traje y lanzándola al sofá.

—Quería subir sola.

—Te estás pasando, Nadia.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a azotarme?

Me quedo mirándola un segundo con fuego en los ojos, imaginándola desnuda sobre mis rodillas, sintiendo su humedad correr por mis piernas a cada nalgada.

—Es una idea muy tentadora, preciosa. Más vale que no me pongas a prueba.

—Me voy a la cama, tengo sueño —dice cambiando de tema—. ¿Dónde piensas dormir?

—¿Cómo que dónde voy a dormir? En la cama, como todo el mundo.

—Muy bien, entonces yo dormiré en el sofá.

Intenta pasar por mi lado para meterse en el cuarto de baño, pero se lo impido sosteniéndola por la cintura.

—Ni lo sueñes, muñeca, vas a dormir en la cama, a mi lado, como una buena esposa. No te preocupes, en este momento no te tocaría ni con un palo, puedes dormir tranquila.

—Eres un cerdo —escupe ella.

—Y tú eres una niña malcriada. Ahora entiendo que tu padre haya querido casarte lo antes posible. Es demasiado mayor para lidiar contigo.

Nadia se suelta de mi agarre con un movimiento brusco y se mete en el cuarto de baño. Yo me desnudo y me pongo un pantalón de pijama, y observo la botella que hay metida en hielo, tentado a emborracharme con ella. En vez de eso, me meto bajo las sábanas y me vuelvo de espaldas a la puerta del baño, para no tener que ver más desprecios en la cara de Nadia. Media hora después, aparece con un pijama de seda, se mete en la cama, y coloca un par de cojines entre nuestros cuerpos para evitar tocarme. Se acabó, hasta aquí hemos llegado. Me siento en la cama y lanzo los cojines con fuerza contra la pared, y mis ojos cargados de ira se fijan en los suyos, en los que puedo vislumbrar levemente una pizca de temor.

—¡Ya está bien, Nadia!

—¡No me da la gana!

—¡Me tienes harto con tus tonterías!

—¡Y yo no te soporto!

De un solo movimiento me coloco sobre ella, con una de mis piernas entre las suyas y sus muñecas aprisionadas bajo mis manos.

—Anoche parecías soportarme muy bien, preciosa.

—¡Quítate de encima!

—Creo que no voy a hacerlo —susurro succionando el lóbulo de su oreja entre mis dientes—. Creo que me debes la noche de bodas.

—No te atrevas a tocarme.

—No puedes negar que me deseas. Tu coño ya está chorreando y aún no te he tocado ni un pelo.

—Eres un bastardo.

—Créeme, Nadia, mis padres estaban felizmente casados cuando me engendraron.

—¡Suéltame!

—Va a ser que no.

Sujeto ambas muñecas con una de mis manos y adentro la otra por la cinturilla de sus pantalones. Como sospechaba, sus flujos humedecen la tela de las braguitas, y hundo dos dedos dentro de ella un par de veces antes de llevármelos a la boca y saborearlos a conciencia.

—Estás muy mojada para no querer que te folle, esposa.

—¡Vete a la mierda!

—Así no se le habla a tu marido, cielo... tienes que ser obediente y complaciente con él.

—¿Acaso te has escapado de la Edad Media? ¿O mi país te ha sorbido el cerebro?

—Te trato como necesitas que lo haga, reina. Con disciplina y autoridad.

—¡Lo que necesito es que me dejes tranquila!

—Hagamos un trato... si no te pones cachonda en... cinco minutos, te dejaré dormir tranquila.

—Yo no hago tratos con un canalla.

—Lástima... No tienes otra opción.

Comienzo a lamer su oreja, y Nadia ahoga un gemido para no darme la satisfacción de la victoria. Continúo bajando hasta sus pechos, y levanto la camiseta del pijama para poder lamerlos lentamente. Me recreo con sus pezones rosados, que poco a poco florecen, y hundo mi mano entre sus pliegues para acariciar su clítoris al mismo tiempo. Nadia se muerde el labio para no gritar, para no darme lo que quiero, pero su sexo se contrae alrededor de mis dedos cuando los introduzco en su canal. Poco a poco sus flujos corren por su piel hasta las sábanas, y sus caderas se arquean involuntariamente buscando las mías.

—Ya estás mojada, preciosa, de ti depende que lo dejemos aquí o que disfrutemos hasta el final.

—Te odio, Dylan Fisher —susurra con los dientes apretados.

—En ese caso...

Suelto mi agarre y me vuelvo hacia la pared para dormirme, dejándola cachonda, húmeda y con la respiración acelerada. Así aprenderás a medir tus palabras, preciosa. Ella se vuelve bufando y tira de las sábanas hasta dejarme destapado por completo. ¿Quieres jugar? Querida, no sabes con quién te la juegas...

Me deshago de los pantalones y los bóxers y me quedo desnudo sobre la cama. Cierro los ojos y empiezo a masturbarme en sus narices, gimiendo de forma exagerada y moviéndome más de la cuenta para que ella lo note perfectamente. Nadia se vuelve con los ojos como platos, y al ver lo que estoy haciendo, me empuja y sale de la cama.

—Eres un cerdo. Me voy a dormir al sofá.

Sonrío satisfecho con los brazos bajo la cabeza. Podrás insultarme todo lo que quieras, muñeca, pero ahora eres tú la que está masturbándose pensando en mí.

Capítulo 8

A las seis de la mañana suena mi despertador. Apenas he pegado ojo en toda la noche, pero hoy tengo cosas muy importantes que hacer, entre ellas firmar la venta de los yacimientos a mi cuñado. Salto de la cama y me doy una ducha rápida, y tras envolverme una toalla en la cintura voy a despertar a Nadia. Al verla dormida en el sofá, un poco retorcida porque es demasiado corto para ella, casi me dan ganas de reducir un poco mi dureza con ella... casi. La verdad es que el juego de anoche me gustó bastante, y puedo acostumbrarme muy pronto a castigarla de esa manera hasta que reconozca que le gusto y podamos ser una pareja normal.

—Nadia, despierta, tenemos que irnos.

Ella me mira con un ojo cerrado, se da la vuelta y se tapa la cabeza con la colcha que habrá sacado de alguno de los armarios.

—Pues adiós, Dylan. Yo me quedo a seguir durmiendo.

—De eso nada, muñeca. —De un tirón me deshago de la colcha—. Ve a darte una ducha y vístete, que tenemos que ir a mi oficina antes de acudir a la comida de negocios con tu hermano.

—¿Y para qué me necesitas? ¿No puedes firmar unos papeles tú solito?

—¿Vas a empezar como anoche? Te recuerdo que no te gustó el resultado de tu impertinencia.

—¡Es que no entiendo por qué tienes que arrastrarme contigo! ¿Tienes que trabajar? ¡Pues muy bien, aquí te espero!

Suspiro y me siento en la mesa auxiliar meneando la cabeza.

—Ay, Nadia... parece mentira que aún no hayas aprendido nada sobre mí. Tienes diez minutos para darte una ducha y vestirte, porque si no lo haces, te llevaré tal como estás a la oficina —digo observando su pijama desabrochado— y creo que no sería un espectáculo muy apropiado para la señora Fisher.

—No te atreverías...

—Ponme a prueba.

Nadia se levanta de un salto y corre hacia el cuarto de baño, y aprovecho

para pedir el desayuno. Quince minutos después mi irresistible esposa aparece en el salón ataviada con un vestido rojo de corte recto, una chaqueta negra con las mangas subidas hasta medio antebrazo, y sus tacones de aguja.

—¿Da su aprobación el señor sobre mi atuendo? —ironiza.

—Estás preciosa. Siéntate a desayunar, estarás muerta de hambre.

—La verdad es que no comí mucho en la cena —reconoce untándose un bollito con queso—. Estoy famélica.

Desayunamos en silencio, y a las ocho en punto estamos cruzando las puertas de *Chevron Corp.* Kala nos recibe, como siempre, con su preciosa sonrisa, y me apoyo en su mostrador para hacer las oportunas presentaciones.

—Kala, ella es mi mujer, Nadia Fisher.

—Encantada, señora Fisher —contesta mi empleada estrechándole la mano.

—Lo mismo digo —responde mi mujer con una sonrisa que no llega a sus ojos.

—¿Hay algún mensaje para mí? —pregunto antes de dirigirme al ascensor.

—No, señor. La mañana está siendo de lo más tranquila.

—Gracias, Kala.

Apoyo la mano en la cintura de Nadia y la acompaño hasta el ascensor. Ella se tensa, pero no se aparta de mi lado, cosa que agradezco. No esperaba menos de ella, pero con su carácter voluble nunca se sabe. Subimos en el ascensor en silencio. Permanezco mirando al techo los siete pisos, porque si la miro a esa boca pintada de carmín estoy seguro de que pararía el ascensor para echarle un buen polvo empotrada contra la pared, y el trabajo de anoche no habría servido para nada.

—Es muy guapa tu recepcionista —comenta para provocarme—. ¿Qué tal es?

—¿Perdona? —La miro sin comprender.

—Supongo que ya te la habrás follado, semental. ¿O vas a negarme que la encuentras atractiva?

—Kala es una mujer preciosa, pero no me he acostado con ella. No tengo por costumbre acostarme con mis empleadas, Nadia.

—Entonces solo te acuestas con las hermanas de tus socios.

—Solo si ellas están dispuestas, como tú. Te recuerdo que fuiste tú quien entró en mi despacho suplicándome que te follara, preciosa. No lo olvides.

A Nadia se le cortan de golpe las ganas de provocarme, y permanece

mirando el cuadro que adorna la pared del ascensor.

—Conmigo no vas a poder, preciosa, no pierdas tu tiempo intentándolo —susurro en su oído.

—¿Eso crees? Jamás perdería mi tiempo en alguien como tú. No ahora que sé cómo eres realmente.

La atrapo contra la pared y dejo mi boca a un milímetro de la suya. Nuestros alientos se entremezclan, y el olor de su perfume me embriaga por completo.

—¿Y cómo soy realmente, preciosa? Porque creo que la otra noche gritabas algo así como... “¡Eres la ostia Dylan! ¡Más fuerte, más fuerte!”

Nadia traga saliva y se chupa el labio inferior mirando los míos con deseo, pero se recompone justo antes de caer en mis brazos.

—Eres un degenerado, un cabrón sin moral ni escrúpulos. Eso es lo que eres.

—¡Auch! Eso ha dolido, nena. Sobre todo porque cuando te beso no opinas lo mismo.

—Desde ayer es la única opinión que tengo de ti.

—¿Quieres apostar?

Uno mis labios a los suyos sin dejarla contestar. Al principio ella se resiste, e intenta empujarme con sus minúsculas manos sobre mi pecho, pero pronto su determinación se esfuma, y enreda esas mismas manos sobre mi cuello, y se coloca de puntillas para que su sexo quede a la altura de mi polla. Mis manos aprisionan sus pechos y mis dedos juegan con sus pezones a través de la tela de su vestido, y pequeños gemidos escapan de su garganta cuando cuelo una mano por debajo y meto un dedo entre el encaje de sus bragas.

Aunque niegue que me desea, que necesita mi cuerpo tanto como yo el suyo, su sexo está mojado de deseo, y su clítoris comienza a hincharse al roce de mi dedo. Pronto el timbre del ascensor nos anuncia que hemos llegado a nuestro destino, y me aparto de ella de golpe para salir al pasillo.

—Ponte bien el vestido Nadia, lo tienes subido —susurro antes de salir del ascensor.

—Eres un cabrón —protesta ella.

—Tal vez, pero me deseas, preciosa, acabo de demostrártelo.

Nadia me adelanta y entra en mi despacho dando un portazo. Cuando entro tras ella, la encuentro sentada en mi silla, dando vueltas.

—Sigue sin gustarme este despacho. Llevas aquí una semana, podrías

haberlo reformado a tu gusto.

—Es el despacho de mi padre. El mío está en Texas, a donde nos mudaremos en cuanto termine mi trabajo aquí.

—¿Y cuándo será eso?

—Cuando yo lo crea oportuno.

Hanna entra a mi despacho con el contrato de venta en la mano, y se para en seco al ver a Nadia sentada en mi escritorio.

—Lo siento, señor Fisher, no sabía que estaba ocupado —se disculpa.

—Tranquila, Hanna, ella es mi mujer, Nadia. Nadia, ella es mi secretaria.

Ambas mujeres se dan la mano y Hanna coloca el contrato sobre mi mesa.

—Solo falta su firma y la del señor Al-Naibi, señor Fisher.

—Gracias, Hanna. Concierta una reunión general en el hall en una hora, por favor. Tengo algo importante que decirles a todos.

Hanna sale por la puerta y me vuelvo hacia mi mujer, que ha cogido la carpeta y lee con detenimiento el contrato de venta de los yacimientos.

—Así que soy el pago por venderle a mi hermano los yacimientos de campo Ghawar... —susurra sin apartar la vista del contrato.

—No fue tu hermano quien propuso el matrimonio, Nadia, sino yo. De hecho tuve que chantajearle con no venderle los yacimientos si se negaba.

—Entonces soy tu premio por haber hecho semejante negocio.

—Si es lo que quieres pensar...

—¿Para qué me has traído, para que vea lo ruin que puedes llegar a ser? No hacía falta, ya me lo demostraste anoche con bastante claridad.

—Nadia... ni por asomo has visto lo hijo de puta que puedo ser si me lo propongo. Y no, no te he traído por eso, sino porque quiero disfrutar del placer de tu compañía —ironizo—. Tenemos que ir a una comida de negocios, y como buena esposa que eres, o que llegarás a ser al menos, me acompañarás obediente.

—Al final he terminado siendo la mujer florero de un millonario. No hay tanta diferencia entre Sora y yo a fin de cuentas.

—Créeme, hay un abismo de diferencia entre vosotras. Podrías aprender algo de ella en el almuerzo, dicho sea de paso. Tu carácter a veces me cansa.

—No haberte casado conmigo. Podrías haber dejado que me casara con Nasim y los dos seríamos muy felices.

—Claro, porque a él podrías haberlo manejado como a un corderito.

Siento desilusionarte, preciosa, pero vas a tener que joderte soportándome.

Miro el reloj para no llegar tarde a mi reunión.

—Vamos, mis empleados me esperan. Y por favor... compórtate por un momento y evita dejarme en ridículo, ¿quieres?

—No sé si seré capaz... es una idea de lo más tentadora.

—Si lo haces, lo pagarás muy caro. Soy capaz de cargarte al hombro y darte unos azotes delante de todos ellos, te lo aseguro.

Nadia se levanta bufando, pero me sigue obediente. Encuentro a mis empleados amontonados en el hall, nerviosos y mirándose sin saber qué ocurre. En cuanto me ven aparecer, un silencio sepulcral inunda la sala. Nadia se coloca tras de mí, con las manos sujetas sobre la falda, aparentando ser una esposa fiel y enamorada.

—Gracias a todos por venir tan precipitadamente —comienzo—. Como ya sabrán, corren rumores sobre la venta de los yacimientos a *Saudí Aramco*. Esos rumores son ciertos.

Se oyen murmullos, pero nadie dice nada.

—Los empleados de los yacimientos no tienen nada que temer, el señor Al-Naibi les mantendrá en sus puestos de trabajo. El resto, trabajará en esta sucursal hasta que encuentren un nuevo trabajo, cosa que esperamos que ocurra en los próximos seis meses.

—¿Y qué ocurrirá con los que no consigan un empleo en ese tiempo? —se oye decir.

—Yo me ocuparé personalmente de ayudarles a conseguirlo. Escribiré cartas de recomendación, haré cuantas llamadas sean necesarias para dejarles a todos perfectamente acomodados cuando esta sucursal cierre sus puertas.

—¿Cobraremos durante este periodo de tiempo? —pregunta un hombre al final de la sala.

—Por supuesto, y obtendrán su finiquito cuando se marchen de esta empresa. En cuanto al asunto de la malversación de fondos, no dejaré de investigar hasta encontrar al culpable, y os aseguro que esa persona será despedida de inmediato sin ninguna consideración por parte de *Chevron Corp*. Ahora volved al trabajo, por favor, y si tenéis alguna duda, concertad cita con mi secretaria. No puedo atenderos a todos a la vez.

Me vuelvo hacia Nadia, que me mira con un poco menos de odio en sus ojos, y la sigo de nuevo hasta mi despacho. Ella se sienta en la otomana y me observa en silencio repasar unos papeles.

—¿Qué ocurre? —protesto cuando no puedo soportar más su silencio.

—¿De quién ha sido la idea de mantenerles trabajando hasta que encuentren trabajo? Me sorprende que haya sido tuya.

—Para tu información, sí lo ha sido. Mi padre quería echarles a la calle, pero no puedo hacer eso.

—¡Vaya! Si al final va a resultar que no eres tan cabrón como aparentas ser.

—Lo soy con quien me busca, Nadia.

—¡Yo no te he buscado!

—¿Ah, no?

Me levanto de la silla y apoyo las manos a ambos lados de su cabeza en el respaldo de su asiento.

—¿Y cómo llamarías a negarme mi noche de bodas?

—Te odio por haberme engañado, no pretenderás que me abra de piernas con una sonrisa en la cara.

—Un día antes te abrías de piernas encantada.

—No sabía que eras un cabrón.

Me siento a horcajadas sobre ella e inmovilizo sus manos sobre el respaldo.

—¿En serio crees que me he comportado como un cabrón? —susurro— Estás muy equivocada, preciosa. Habría sido un cabrón si te hubiese obligado a acostarte conmigo. Tengo entendido que en tu país es un derecho de los hombres, ¿no es cierto? No se habría considerado violación.

Veó cómo traga saliva y cómo aprieta sus muslos inconscientemente.

—Quizás debería hacerlo —continúo—. Así no tendría que masturbarme por las noches para no tener un buen dolor de huevos.

—No te atreverás...

Puedo sentir el miedo en su voz, pero también la excitación. Siento sus muslos rozarse una y otra vez bajo mi cuerpo, y mi polla empieza a cobrar vida bajo la tela del pantalón.

—Como te dije una vez, me gusta que las mujeres acudan a mi cama de buen grado. —Me levanto y la suelto—. Además, me gustan las mujeres complacientes y agradables, no las brujas arpías como tú.

—A mí me gustan los hombres honrados y cariñosos, estamos a la par.

—¿Sabes, Nadia? Llegará el día en el que me supliques que te folle, y entonces te haré tragarte esas palabras.

—Antes tendrá que congelarse el Infierno, Dylan, te lo aseguro. Puede que mi cuerpo te desee, es cierto, pero me has decepcionado, y no pienso

consentir que vuelvas a usarme para satisfacerte.

Dicho esto, se encierra en el cuarto de baño. Sonrío satisfecho. Puede decir lo que quiera, pero en menos de una semana la tendré debajo de mi cuerpo.

Capítulo 9

La comida en casa de Amín es un auténtico suplicio. La tensión entre los hermanos se puede cortar con un cuchillo, y si a eso le añadimos el odio que siente hacia mí, el menú se convierte en algo muy explosivo. La pobre Sora intenta mediar entre ellos sin éxito, y terminamos comiendo en absoluto silencio. Tras el postre, Amín y yo nos vamos al despacho a tomarnos el café, y dejamos a las mujeres solas para que Nadia pueda ponernos a ambos de vuelta y media a gusto. En cuanto Amín cierra la puerta, me dejo caer en el sofá con un resoplido.

—Estoy hasta los huevos de tu hermana, tío —digo—. Vaya día que me lleva dado.

—Conmigo tampoco es que esté muy complaciente —añade él dejándose caer a mi lado—. ¿Qué tal la noche de bodas?

—¿Noche de bodas? ¿Qué es eso? Anoche terminé durmiendo solo en mi gran cama mientras ella protestaba en el sofá. Solo le faltó darme un rodillazo en las pelotas por haberme atrevido a casarme con ella.

—La cosa mejorará con el tiempo, ya lo verás.

—Lo dudo. La mañana no es que haya sido muy tranquila que digamos. Me odia, Amín, y no se corta a la hora de demostrármelo.

—¿Cómo va a odiarte? Ni siquiera te conoce. Pero el orgullo le puede, y no va a claudicar fácilmente. Vas a necesitar mucha paciencia con ella, amigo mío. Y por lo que he visto en la comida, yo también.

—Es que te juro que no lo entiendo. Me dijo que quería volver a Estados Unidos. Va a tener la oportunidad de hacerlo cuando termine mi trabajo aquí, y aún así me odia.

—Nadia odia las normas. Desde muy pequeña ha sido rebelde y cabezota, y mis padres optaron por ordenarle lo contrario de lo que querían que hiciera para conseguir su propósito.

—¿Estás diciendo que la haga creer que no la quiero en mi cama? —Una carcajada escapa de mis labios.

—¿Qué te parece tan gracioso?

—Lo veo difícil cuando ya la he tenido en ella.

—¿Cómo dices?

—Me acosté con tu hermana la noche antes de la boda —miento—. Iba a ser mi mujer, y ella estaba dispuesta. Además, como he podido comprobar, en cuanto nos casamos dejó de ser cariñosa y complaciente, debía saborearla aunque fuera una sola vez.

—Debería matarte por lo que acabas de confesar, Dylan. Pero creo que mi hermana te proporcionará mayor castigo del que pueda darte yo.

—Créeme, me lo está haciendo pagar con creces. A saber cuánto tiempo me va a tener en celibato...

En ese momento Sora entra precipitadamente en el despacho.

—Se ha marchado —dice angustiada—. He intentado hablar con ella, hacerla entrar en razón, pero cuando he ido al baño se ha marchado sin decir nada.

—Tranquila, mi amor, no es culpa tuya —dice Amín abrazando a su esposa.

—Debería haber sido más inteligente. La conozco lo suficiente como para saber que intentaría alguna de las tuyas, y sin embargo...

—Deja de martirizarte, Sora —la tranquilizo—, Nadia sabe muy bien cómo llamar la atención. ¿Tenéis idea de dónde puedo encontrarla?

—Mi padre tiene una casa en *Half Moon Beach*, al sur de la ciudad. A ella le gusta ir allí cuando necesita pensar.

—Iré a buscarla.

Le doy a mi chófer la dirección de la casa de Al-Naibi y le digo que vuele hacia ella. Cuanto más tiempo pase Nadia a solas, más temo la posibilidad de que huya al rincón más remoto del mundo. Cuando bajo del coche, la veo en la distancia, sentada en un pequeño muelle frente a la casa, con los pies metidos en el agua. Suspiro tranquilo mientras me acerco hacia ella.

—Te vas a quedar helada —comento.

—Quizás eso sea lo mejor.

La noto hundida, deshecha, y es lo último que quiero en este momento. Necesito que vuelva a ser ella misma, así que hago lo que mejor sé hacer... provocarla.

—Si querías que estuviésemos a solas no tenías más que decirlo.

Ella me mira con los ojos encendidos de nuevo, y sonrío satisfecho.

—Quería alejarme de ti, imbécil.

—Esa boca, preciosa. No querrás que tome represalias...

—¿Vas a volver a intentar excitarme? Créeme, Dylan, pierdes el tiempo. Para mí perdiste todo el atractivo cuando me traicionaste aliándote con mi hermano.

—¿En serio? Y yo que creía que te morías porque te follase de nuevo...

—Sigue soñando, forastero.

Sin previo aviso, la levanto del suelo de madera y me la echo al hombro. Hoy los dos necesitamos calor humano, y no pienso permitir que esta noche me lo vuelva a negar.

—¡Dylan, suéltame! —grita ella golpeándome la espalda.

—Se acabaron las contemplaciones, muñeca.

—¿Dónde demonios me llevas?

—Al Infierno si hace falta.

Entro en la vivienda y busco habitación por habitación hasta encontrar una cama lo suficientemente grande como para llevar a cabo mis más perversas fantasías. Quizás sea la última vez que le haga el amor en mucho tiempo, así que tengo que disfrutarlo tanto como pueda.

Cuando por fin encuentro el dormitorio, me dejo caer en la cama con su cuerpo bajo el mío, e intento unir mi boca a la suya, pero ella me esquivo volviendo la cabeza, así que empiezo mi ataque dejando un reguero de besos y mordiscos suaves por su carótida. Ella gime, y aprieta fuertemente las manos a ambos lados de su cuerpo para evitar tocarme, pero en cuanto mi muslo roza su sexo la pasión se dispara como siempre.

—Déjate llevar, preciosa —susurro en su oído—. Esto es lo que ambos llevamos queriendo desde ayer.

—Es lo que tú llevas queriendo desde ayer —gime con los ojos cerrados—. Yo solo deseo que me dejes en paz.

—¿En serio?

Rodeo uno de sus pezones enhiestos bajo la seda roja de su vestido.

—¿Y por qué tus pezones han florecido? —ronroneo.

Cuelo la mano por debajo del vestido para comprobar que sus braguitas de encaje ya están empezando a humedecerse.

—¿Por qué tu sexo se ha humedecido? Me deseas, no puedes negarlo. Me deseas y quieres que te haga el amor una vez más.

—Déjame en paz, Dylan.

—Ni lo sueñes, Nadia. Me muero por follarte de nuevo, y sé que tú deseas lo mismo.

Me acerco de nuevo a su boca lentamente, y esta vez ella no se aparta de mí... gracias a Dios. Sentir de nuevo sus labios bajo los míos lanza una descarga de adrenalina por todo mi cuerpo que me hace estremecer. Necesito follármela fuerte, duro. Necesito someterla bajo mi cuerpo y oír sus gritos de placer. De un tirón, arranco de su cuerpo su vestido, dejándola en ropa interior. Aprieto su sexo fuertemente con la mano, y muerdo su pezón bajo el encaje del sujetador. Ella gime, se retuerce, pero su mano se enreda en mi pelo y me pega más a su piel.

Sin previo aviso, su rodilla impacta contra mi polla y me deja tirado en la cama aullando de dolor.

—¿Te has vuelto loca?

—Así aprenderás a no forzarme, Dylan Fisher. La próxima vez te aseguro que seré mucho menos considerada.

La veo salir del dormitorio sin poder moverme. Lo peor no es sentir el rodillazo en los huevos, sino cuando el dolor sube hasta el estómago y estalla como un volcán en erupción. Permanezco doblado sobre la cama sujetándome mis partes nobles lo que me parecen horas, y cuando el dolor empieza a remitir, intento ponerme de pie. Parezco un robot andando despatarrado, soy incapaz de cerrar las piernas por miedo a pillarme un testículo y sentir mayor dolor del que estoy sintiendo ya. Nadia no está por ninguna parte, se ha esfumado, y salgo a la calle para comprobar que se ha llevado el coche, así que me veo andando hasta la carretera principal para parar a un puto taxi.

Me dejo caer en la cama de mi hotel con gesto cansado. ¡Al Infierno! No pienso correr detrás de ella cada vez que se le antoje desaparecer, así que me doy una ducha y vuelvo a la oficina.

Horas más tarde, Kala entra en mi oficina con una expresión extraña en sus ojos.

—¿Qué ocurre, Kala?

—Debo irme a casa, señor. Se hace tarde.

Miro mi reloj para comprobar que son cerca de las nueve de la noche.

—Lo siento, perdí la noción del tiempo. Buenas noches, Kala. Que descanses.

—¿Va todo bien, señor?

—Sí, es solo que es muy complicado buscar un empleo para todos vosotros. La cosa está difícil, me temo.

Kala se sienta en mi mesa, junto a mi silla, y cruza las piernas,

enseñándome la liga de sus medias de seda. Yo la observo desde mi posición, junto a la ventana, sin comprender nada.

—Puede llevarme con usted a Texas, así se ahorrará encontrarme un empleo.

—¿A Texas?

Kala se acerca a mí contoneando las caderas y comienza a jugar con la solapa de la chaqueta de mi traje.

—Podría serle de gran ayuda, señor Fisher —ronronea.

A mí se me hace la boca agua, lo que menos necesito en este momento es una mujer dispuesta a echar un polvo conmigo, y me relamo antes de apartar sus manos de mi cuerpo, no sin esfuerzo.

—No tienes que hacer esto para conservar tu empleo, Kala. Eres una empleada ejemplar, y si es lo que quieres, haré todo lo que esté en mi mano para colocarte en otra de nuestras sucursales en Estados Unidos.

—¿Es que no le resulto atractiva?

Tengo que tragar saliva con una sonrisa.

—¿Eso crees? Eres una mujer impresionante, ¿sabes? Pero estoy casado, y no soy de los que engaña a su mujer.

Kala se cubre la cara con las manos y rompe a llorar.

—Lo siento, señor Fisher, me he comportado como una estúpida. Pero no quiero seguir en este país, las mujeres somos muy poco valoradas y...

Su disculpa se ve interrumpida por un sollozo, y no puedo evitar abrazarla.

—Vamos, tranquila, no es para tanto. Buscaremos una solución a todo esto, ¿de acuerdo?

—Gracias, señor, va a salvarme la vida.

—Yo no diría tanto —Sonrío.

—En este país las mujeres solo tienen un oficio: ser la esposa de algún hombre, y yo no quiero ser así. Quiero ser libre para tomar mis propias decisiones.

—Lo solucionaremos. Y ahora vete a casa, se hace tarde.

Kala se pone de puntillas y posa un suave beso en mi mejilla.

—Es usted un ángel, señor.

—Mi mujer cree que soy Lucifer en persona.

—Su mujer no tiene ni idea de la suerte que tiene por estar casada con un hombre como usted.

La observo salir del despacho con las manos metidas en los bolsillos, y

veo por la cristalera a Nadia, parada en medio del pasillo, mirándome con fuego en los ojos. ¿Qué demonios pasa ahora? Debería ser yo quien esté enfadado con ella.

Cuando Kala pasa por su lado, se encamina con paso decidido hasta mi despacho.

—¡Vaya! Te dignas a aparecer después de todo —protesto.

—¡Tú, desgraciada rata inmunda! —grita hincando uno de sus dedos en mi pecho—. ¿Cómo has podido hacerme esto?

—¡Has sido tú quien me ha dejado KO en la casa de la playa! ¡Soy yo quien debería estar ofendido, maldita sea!

—¿Y por eso te pones a ligar con tu recepcionista?

—¿De qué demonios estás hablando?

—¡Os he visto besaros!

—Pues deberías comprarte gafas, porque no ha pasado nada.

—¿Acaso folla mejor que yo?

—¡Quizás lo haga! ¡Desde luego está más dispuesta que tú a dejarme hacerlo!

—¿Pues a qué esperas? ¡Corre tras ella!

De un solo movimiento la aprisiono contra las enormes cristaleras que dan a la ciudad.

—Ya estoy harto de ti, ¿me oyes? Estoy cansado de que juegues conmigo y ahora voy a ser yo quien lo haga.

De un tirón, arranco sus braguitas y subo su vestido hasta la cintura. Acerco mi mano a su sexo caliente, y hundo un dedo en su canal hinchado.

—¿Qué se siente al estar así, Nadia? ¿Qué se siente al pensar que voy a follarte y que cualquiera puede vernos desde la calle?

Veo cómo mira hacia abajo con pavor, e intenta zafarse de mi agarre sin éxito, pero su sexo se humedece por completo, y de su garganta escapa un gemido de placer.

—Te excita, ¿mmm? Te gusta que te miren mientras follas.

—Suéltame, por favor.

—No, Nadia, se acabaron tus juegos. Voy a hundirme en ti y nada ni nadie me lo impedirá.

—Gritaré.

—Hazlo... Nadie te oirá. Estamos solos en el edificio, nena...

Hundo mi polla en su sexo hasta la empuñadura, y bajo el escote de su vestido para dejar sus pechos al descubierto. El frío del cristal templado hace

brotar sus pezones rosados, y comienzo a bombear dentro y fuera de ella con frenesí. Nadia gime, se retuerce, y apoya una mano sobre el cristal para tener mejor apoyo, aunque la otra aprieta mi muslo y me insta a moverme más deprisa. Mi polla está en el puto paraíso, siento los músculos de Nadia contraerse a su alrededor cada vez que me empalo en ella.

—¡Joder, Dylan! ¡Más fuerte! ¡Más fuerte!

La agarro del pelo para levantar su cabeza y hundir mi lengua en su boca. Su lengua busca a la mía, la reta, y de mi pecho escapa un gemido que me deja sin aliento en los pulmones. El orgasmo se acerca, puedo sentirlo, y paso un brazo alrededor de su cintura para encontrar entre sus pliegues su clítoris hinchado, y lo acaricio en círculos firmes para lanzarla de cabeza al suyo propio. Sus músculos me ordeñan, se contraen en espasmos continuos alrededor de mi glande, y con un gemido sordo, me corro sobre su precioso culito respingón. Permanezco un segundo sin moverme, y cuando la siento retorcerse debajo de mí, me aparto con cuidado y me abrocho la cremallera del pantalón.

—Ahora dime que no me deseas —digo triunfal.

—Eres un hijo de puta.

Nadia se arregla la ropa y se dirige a la puerta.

—Quizás, pero ese orgasmo no ha sido fingido, ¿verdad, preciosa? —Me acerco a ella.

—¿Qué sabrás tú?

—Sé que me has ordeñado a fondo con tu coñito. —Acaricio su mejilla con un dedo—. Que has gritado mi nombre. —Bajo el dedo por su cuello—. Que te has estremecido entre mis brazos—. Acaricio un pezón sobre la tela.

—Vete al Infierno, desgraciado.

—¡Ya estoy en él, joder!

La observo salir de mi despacho dando un portazo, y permanezco parado en mi sitio, sin moverme. ¿Por qué cojones esta mujer tiene el don de ponerme furioso? Abro el mueble donde tengo el alcohol y cojo la primera botella que encuentro. Necesito emborracharme, porque estoy seguro de que lo mejor es que esta noche me mantenga alejado de ella el máximo posible.

Capítulo 10

Hace más de un mes que Nadia y yo somos como dos extraños. Desde el numerito en mi oficina, no se ha dignado a dirigirme la palabra ni una sola vez a excepción de lo que dicta la buena educación, y la verdad es que me estoy cansando de su silencio. Ni siquiera es capaz de permanecer más de dos minutos en la misma habitación en la que me encuentre, y no poder tocarla va a terminar por matarme.

Al menos en los eventos sociales aparece de mi brazo con la mejor de las sonrisas, aparentando ser la esposa devota que todo el mundo espera que sea. Solo Amín sabe la cruda realidad, y aunque ha intentado hablar con ella infinidad de veces, no hay nada que pueda hacer para convencerla de que cambie de actitud. A él parece haberle perdonado, y me jode que siga jodiéndome la vida por haberme atrevido a casarme con ella.

Estoy sentado en la sala de estar de nuestra suite leyendo el periódico, y Nadia sale del dormitorio ataviada con ropa de deporte, que se pega a su piel como un guante, y empiezo a babear. No he probado su cuerpo desde aquella vez en mi despacho, estoy en celibato obligado, relegado a dormir en el maldito sofá, y mi vida sexual se limita a un cinco contra uno en el cuarto de baño de vez en cuando.

—¿Vas a salir? —pregunto intentando entablar conversación por enésima vez.

Ella me mira de reojo con odio en su mirada, se coloca los auriculares de su iPod y se vuelve hacia la puerta, pero cuando intenta abrirla, apoyo la palma de la mano sobre la madera para impedirselo.

—No podemos seguir así, Nadia, esto no es normal.

—Déjame salir.

—No hasta que hablemos.

—¿Quieres que me desnude y me abra de piernas para ti? Eres mi dueño a fin de cuentas...

—¿Quieres dejarlo ya? Me equivoqué, ¿de acuerdo? Metí la pata obligándote a acostarte conmigo de aquella manera y lo siento.

—Pues no acepto tus disculpas, así que si no te importa...

—¿Tan malo es estar casada conmigo, maldita sea? ¿Tan terrible fue que pensara que estarías mejor conmigo que con él?

—Si me lo hubieras dicho tal vez esto no estaría pasando. Me mentiste, Dylan, minaste mi confianza. Pero no conforme con eso, me tratas como a una cualquiera cada vez que tienes ocasión. No soy una muñeca a la que puedas utilizar a tu antojo. No soy como tus Barbies de la alta sociedad.

—¡Si no fueras tan cabezota lo nuestro funcionaría! Te has empeñado en condenarme por haber intentado hacerte la vida un poco más fácil, ¿o acaso no te has dado cuenta?

Ella me mira con sorpresa en los ojos, y baja la mirada avergonzada.

—Tal vez he pecado de soberbia. ¡Pero yo no quería casarme con nadie!

—¡Te obligaban a hacerlo, joder! ¿Acaso crees que con Nasim habrías estado mejor que conmigo? Te oculté la verdad, pero el fin justificaba los medios.

—Si me lo hubieses dicho, te habría elegido antes que a Nasim, Dylan. Es eso lo que no te entra en la cabeza.

—No quise arriesgarme.

Aparto la mano de la puerta y me dejo caer en el sofá, derrotado. No hay solución, en cuanto llegemos a Texas pediré el divorcio y le daré la libertad que tanto desea.

Nadia se queda mirándome un segundo, y me sorprende sentándose a mi lado con un suspiro.

—Está bien, olvidemos el pasado y empecemos de nuevo —susurra.

—¿De verdad? ¿No más reproches?

—No más reproches.

Acaricio su cuello con mis dedos y la atraigo hasta mí para besarla suavemente. Reconozco que echaba de menos sus labios, su sabor, pero no voy a acostarme con ella hasta que me lo pida, así que me aparto con cuidado.

—Márchate —susurro.

—¿Estarás cuando vuelva?

—Me temo que no. Tengo que ultimar los detalles del traslado de Kala y reunirme con un par de personas. Aún no sé quién demonios está con Baker en lo del desfalco.

—Muy bien, nos veremos esta noche entonces.

La observo salir de la habitación con la mirada pegada a su culo, y

cuando la puerta se cierra a sus espaldas apuro mi café de un sorbo y me dirijo a la oficina.

Llevo más de un mes investigando el maldito desfalco, y no hay nada que me indique que Baker tiene un cómplice en todo esto. Estoy empezando a pensar que ese desgraciado es más listo de lo que aparenta y nos ha tomado el pelo a todos, pero aún debo hablar con unas cuantas personas más al respecto. Suspiro cansado y dejo mis gafas de lectura sobre la mesa para apretarme el puente de la nariz. Me está dando dolor de cabeza, y lo último que necesito ahora mismo es una migraña que me deje inútil un par de días. Necesito despejarme, así que decido salir a tomar algo por ahí con mi mujer, ahora que está de mejor humor conmigo. Miro el reloj para percatarme de que se acerca la hora de cenar, así que marco su número de móvil. Me contesta al tercer tono con voz soñolienta.

—Hola —susurra.

—¿Te he despertado?

—Estaba leyendo y me quedé dormida un segundo, no te preocupes.

—Vístete, vamos a salir a cenar. Te recogeré en veinte minutos.

—¿Algo elegante? ¿Algo formal?

—No importa... nadie te verá.

—¿No dices que vamos a salir a cenar?

—Lo entenderás cuando lleguemos.

Salgo de la oficina con la intención de seducir a mi mujer hasta el límite, hacerla gemir sin apenas tocarla, conseguir que me desee en su cama tanto como yo la deseo a ella. He decidido que no voy a insistir, pero eso no quita que intente persuadirla de vez en cuando, y esta noche me siento travieso.

Cuando cruzo la puerta de nuestra habitación, encuentro a Nadia ataviada con unos pantalones de lino y una sencilla camisa desabrochada hasta el valle entre sus senos. Se ha maquillado un poco, y ha recogido su larga melena en un moño sencillo en la nuca.

—Estás preciosa —digo sin pensar.

—Como no me has dicho dónde vamos he improvisado...

—Estás perfecta. ¿Nos vamos?

—¿Vas a seguir guardando el secreto?

—Cariño... no te preocupes, te encantará el lugar.

El *Fi Alzalam* es un restaurante vanguardista destinado a conseguir que el comensal disfrute de la comida sin utilizar el sentido de la vista. Completamente a oscuras, degustando un menú sorpresa hasta el final, es el

lugar perfecto para llevar a cabo mi juego de seducción.

Cuando llegamos a la puerta, Nadia mira el nombre con una ceja arqueada.

—¿A oscuras? Es un nombre muy extraño para un restaurante —dice.

—¿Entramos? Me muero de hambre.

El maître nos recibe con una sonrisa.

—Bienvenidos al restaurante de los sentidos. ¿Tienen reserva?

—Sí, señor y señora Fisher —contesto.

—Yo soy Nayim, el encargado de su viaje hacia el sabor. Por aquí, por favor.

El muchacho nos adentra en una sala pequeña, iluminada con lámparas de gas, en la que nos invita a sentarnos en un par de sofás.

—Es común que el ser humano coma antes con la vista que con el estómago —comienza a decirnos—. Muchas veces, descartamos alimentos de sabor exquisito por su apariencia, porque no nos gusta lo que vemos. En nuestro restaurante no tenemos ese problema.

—¿A qué se refiere? — me pregunta Nadia en susurros.

—*Fi Alzalam* nos lleva a la verdadera esencia del sabor —continúa Nayim—, nos hace cambiar todas las ideas preconcebidas y nos permite ver las realidades de la cocina. Nuestro chef elabora una cocina refinada y sensorial con ingredientes de primera calidad para ayudar a nuestros sentidos a disfrutar del verdadero sabor de los alimentos.

Se acerca a unas cortinas negras que hay a sus espaldas y las aparta con una reverencia.

—Bienvenidos a la experiencia gastronómica más increíble de sus vidas.

Guío a Nadia hasta las cortinas, y se para en seco cuando se da cuenta de que las luces están apagadas.

—¿Qué es esto, Dylan?

—Un nuevo concepto de restaurante.

—No puedo entrar ahí, me mataré en cuanto me tropiece con alguna silla.

—¿Quieres tranquilizarte? El personal te conducirá a nuestra mesa, no te preocupes.

—¡Ellos tampoco ven nada!

—Llevan gafas de visión nocturna, Nadia. Relájate un poco.

—Estás como una auténtica cabra, ¿lo sabías?

—Prueba la comida, disfruta de la experiencia y luego me cuentas.

Aunque con reticencia, se agarra al brazo del camarero que la guiará hasta su asiento. He elegido un menú degustación, que se compone de primer y segundo plato, postre y tres copas de vino. Quiero alargar la experiencia al máximo, y sé que Nadia también la va a disfrutar. En cuando nos sentamos a la mesa, busco su mano en la oscuridad. Necesito tenerla ubicada para poder jugar a este juego, así que coloco esa mano sobre mi muslo.

—¿Dylan? —pregunta nerviosa.

—Es para tenerte localizada, tranquila. No se ve nada, y no quisiera que alguno de los camareros te raptase mientras ceno.

—¿Crees que no gritaría?

—Tal vez no, si es demasiado guapo.

—¿Y cómo iba a saberlo si no le puedo ver?

Me acerco y deposito un suave beso en la curva de su cuello. Ella no dice nada, solo inspira profundamente y acerca su mano peligrosamente a mi entrepierna.

—Espero que hayas sido tú —ronronea.

—No sé de qué estás hablando —miento.

—Dylan, alguien me ha...

Se calla cuando escucha mi risa malvada a través de la copa de cristal.

—¡No le veo la gracia! Me he puesto muy nerviosa al pensar que no eras tú.

—¿Es que quieres que te bese?

—Yo no he dicho eso.

—¿Entonces?

—Simplemente que más vale malo conocido que bueno por conocer, y más en la oscuridad.

Acerco mi mano a la unión de sus piernas, y acaricio suavemente su sexo sobre la tela del pantalón.

—¿Significa eso que tengo carta blanca para hacer esto?

—¿Estás loco? —susurra— Los clientes no te pueden ver, pero los camareros sí.

La comida está deliciosa, y por primera vez desde que nos conocimos Nadia y yo entablamos una conversación sin tirarnos los trastos a la cabeza. Ella me habla de su vida en Nueva York, de sus andanzas en la universidad, de lo mucho que echa de menos a sus mejores amigas, que siguen viviendo en Estados Unidos.

—Yo estaba prometido a una mujer antes de venir a Dhahran —confieso

—, y te aseguro que no fui yo quien lo decidió.

—Me lo comentaste, pero aún no entiendo por qué tu padre te obligaba a casarte.

—La empresa de mi familia tenía serios problemas económicos, y mi compromiso con la hija de un poderoso magnate aseguraba su salida a flote.

—¿Por eso te casaste conmigo?

Una sonrisa escapa de mis labios sin poder evitarlo.

—Me casé contigo porque quise, Nadia. Cuando mi padre se entere de que lo he hecho pondrá el grito en el cielo, tenlo por seguro.

—Entiendo.

—Mi padre es tan estúpido que al principio no quiso aceptar la oferta de tu hermano, le cegó la avaricia y pretendía pedirle más dinero por los yacimientos. Pero su gran magnate le salió rana y tuvo que claudicar. Para mí fue la oportunidad perfecta, Nadia, chantajeé a tu hermano para que me dejara casarme contigo.

—¿Pero por qué? No lo entiendo...

—Empecé a conocerte y me pareciste una buena chica, y estabas tan triste por casarte con Nasim que pensé que quizás estarías mejor conmigo.

—Al final vas a resultar ser un buen samaritano.

—No te equivoques, Nadia, me encanta acostarme contigo. Ya lo habíamos hecho un par de veces y fue increíble, y pensé que quizás podría sacar provecho de la situación.

—Ahora entiendo tus motivos, Dylan, pero no tenías que salvarme. No soy una damisela en apuros que necesita un caballero andante, ¿sabes? Sé cuidarme sola.

—Siento no poder evitar ser un caballero tejano, preciosa, pero es lo que hay.

Vuelvo a subir mi mano hasta su sexo, pero ella la detiene antes de que consiga llegar a mi destino.

—Ya salió míster Hyde... ¿Puedes estarte quieto? Me estás poniendo nerviosa.

—Eso es lo que pretendo...

—¿Cómo es la chica con la que ibas a casarte? —pregunta.

—Sabes cómo cortarme el rollo, ¿verdad, cariño?

—Quiero saber cosas de ti, y tendré que enfrentarme a ella cuando volvamos a Estados Unidos, ¿me equivoco?

—Por desgracia no te equivocas. Alexia es la perfecta mujer florero:

guapa, elegante, inteligente, educada... Pero todo eso queda eclipsado por su tendencia a los escándalos sexuales.

—¿Te ha engañado con otro?

La sorpresa en su voz me reconforta.

—No solo con uno, sino con todo el que se le ha puesto por delante. Al principio me dolía. No porque estuviese enamorado de ella, jamás lo he estado, pero sí hirió mi orgullo masculino.

—Yo tenía novio cuando vivía en Nueva York —confiesa.

—¿Y te está esperando?

—No. Cuando mi padre me ordenó volver sabía que era para quedarme en Dhahran, así que le dejé. No se lo tomó demasiado bien, la verdad, pero no podía permitirle esperarme sabiendo que no iba a volver.

—¿Le querías?

—Creía que sí. Ahora no estoy tan segura.

—¿Por qué?

—De haber sido así no me habría sentido atraída por ti, ¿no crees?

—La atracción física no tiene nada que ver con los sentimientos, Nadia.

—Tampoco le he echado demasiado de menos. Al principio sí, pero conforme iban pasando los días terminé por olvidarme de él.

—Lo importante es lo que pase a partir de ahora entre nosotros, Nadia. El pasado quedó atrás.

Cuando terminamos de cenar, volvemos al hotel dando un paseo. La noche es fresca, y paso mi chaqueta por los hombros de Nadia cuando la veo estremecerse.

—Gracias, me estaba quedando helada —susurra—. ¿Sabes? Si hay algo que echo de menos de Nueva York es tumbarme por la noche en Central Park con mi mejor amiga a ver las estrellas. Aquí no consigo verlas con tantas luces artificiales.

—Si quieres podemos ir al desierto un día de estos. No es Central Park, pero pueden verse perfectamente las estrellas desde allí.

—Sería estupendo.

Una vez al calor del fuego de la chimenea de nuestra suite, acerco mis labios a los suyos para besarla lentamente. Subo las manos por sus brazos hasta sus hombros, y dejo caer lentamente mi chaqueta hasta el suelo.

—Eres tan sexy... —gimo antes de morder el lóbulo de su oreja— Tan condenadamente deseable...

Acaricio su trasero levantándole el vestido, y ella gime y se deja hacer,

pero no estoy dispuesto a darle tan pronto lo que quiere, así que me separo de su cuerpo y me deshago de la camisa y los pantalones antes de dirigirme al sofá.

—Buenas noches, Nadia.

Ella se queda mirándome con la boca abierta, pero resopla y se vuelve hacia la puerta del dormitorio sin mediar palabra, cerrando de un portazo. Sonrío satisfecho. Ahí tienes de tu propia medicina, preciosa. Ahora sabes lo que he estado sintiendo yo todo este tiempo.

Capítulo 11

Nadia parpadea al sentir mi respiración en su rostro. Llevo un buen rato mirándola, y la verdad es que no me canso de hacerlo. Acaricio su mejilla con la yema del dedo índice, y ella da un manotazo en el aire para apartar lo que sea que la está molestando. La risa burbujea en mi garganta, pero la aguanto y continúo martirizándola, ahora con un roce en el hombro.

—¡Malditos mosquitos! —gime ella antes de taparse con la sábana hasta la cabeza.

Me echo a reír sin poder evitarlo, y ella abre los ojos y me mira como si tuviese tres cabezas antes de tirarme de la cama de un empujón.

—¿Te diviertes? —protesta.

—Mucho. Vamos, levántate, nos vamos a la playa.

Nadia mira el reloj y vuelve a taparse la cabeza.

—¡Son las nueve de la mañana! ¡Y es sábado! ¿No puedo quedarme a dormir un poco más?

—No, no puedes.

De un tirón, aparto las sábanas para descubrir que mi mujer está completamente desnuda. La diversión se desvanece, y me quedo sin palabras cuando ella se estira con toda la poca vergüenza del mundo. Mi polla se despierta en segundos, y tengo que apretar las manos a ambos costados para no lanzarme sobre ella y follármela hasta perder el sentido.

—Hacía mucho calor y... —ronronea.

—Te espero en el salón, voy a pedir el desayuno.

Huyo hasta la seguridad del sofá e intento distraerme llamando al servicio de habitaciones. No quiero caer, no pienso acostarme con ella hasta que me lo pida, pero es tan atrevida y seductora que me va a costar un mundo no caer en la tentación. Diez minutos después, Nadia se sienta junto a mí con un vestido playero y coge de la fuente una taza de café.

—Necesito cafeína, vas a matarme con tanto madrugar.

—Si tienes intención de ejercer tu oficio, deberás levantarte temprano igualmente.

—¿Voy a poder hacerlo? —pregunta sorprendida.

—Si es lo que quieres... Aunque con tu disposición a levantarte temprano no sé yo...

—Me gusta la medicina, no sería un esfuerzo levantarme para ir a trabajar, pero odio ser la mujer florero de un millonario, y eso es lo que soy ahora mismo.

—Hoy solo eres mi mujer, Nadia. Vamos a pasar el día en la playa, disfrutando del mar y del sol.

—¿Con qué importante ejecutivo?

—Con ninguno. Tú y yo solos. Yo también necesito dejar de ser Dylan Fisher por un momento.

—Está bien —suspira—, disfrutemos de la playa.

En veinte minutos estamos en Palm Beach (sí, aunque parezca ridículo la playa se llama igual que la de Florida). He cogido un chalet de una habitación en el resort, porque estoy dispuesto a pasar un par de días en este pequeño paraíso de arenas blancas y mar azul. Cuando entramos en él, Nadia me mira con reproche.

—¿Acaso no te gusta? —pregunto sin comprender.

—Podrías haberme avisado de que íbamos a pasar aquí unos días, no he traído nada de topa.

—No te preocupes, podemos comprar algo en la tienda del resort. ¿Te gusta el apartamento?

—Es muy bonito... y con una sola cama —comenta intentando disimular la alegría que eso le produce.

—Tranquila, el sofá se convierte en cama también.

—No estaba preocupada —protesta visiblemente contrariada—. Voy al cuarto de baño y nos vamos a la playa.

Espero pacientemente a mi mujer, que sale del aseo con un minúsculo bikini blanco que deja muy poco a la imaginación. Sus pechos amenazan con salirse de los pequeños triángulos de tela, y las braguitas tapan lo estrictamente necesario por delante... aunque nada por detrás.

—¿No había otro más pequeño? —protesto.

—Es una monada. Lo compré antes de volver de Nueva York.

—Van a meterte presa si sales ahí con eso puesto.

—No seas tonto. Ahora soy la mujer de Dylan Fisher... soy norteamericana. ¿O acaso estás celoso?

La aprisiono contra las cristaleras que dan a la playa con una sonrisa en

la boca.

—Pretendes provocarme, ¿verdad, preciosa?

—¿En qué lo has notado?

—Puedo ver tu pulso latir en tu cuello —ronroneo lamiendo el punto en cuestión.

—¿Y qué más? —pregunta con voz ronca.

Introduzco la mano en las braguitas y hundo un dedo entre sus labios, húmedos y calientes.

—Y te has excitado... Te gusta que aprisione contra la pared, ¿verdad, preciosa?

—Me gusta más que actúes.

Uno mi boca a la suya para acallar sus protestas, y sus brazos se enredan en mi cuello como siempre que la beso. Nadia se pone de puntillas y pega su sexo a mi erección, para restregarse disimuladamente contra ella, así que me aparto y abro la puerta de cristal.

—¿Nos vamos?

—Tengo la sensación de que va a ser un fin de semana muy largo —suspira.

Me alejo con una carcajada hasta la playa, donde dos tumbonas y una mesa nos dan la bienvenida bajo una pérgola de palmera. Me tumbo en una de ellas y pido un par de cócteles, y observo cómo Nadia se lanza de cabeza al agua y nada hasta casi llegar al horizonte. Debo reconocer que el numerito de hace un momento también me ha puesto cachondo, y no estaría de más echar un buen polvo en el agua, con la excitación de saber que cualquiera puede vernos. Tras un par de sorbos a mi bebida, voy en busca de mi mujer, que ya está en una zona donde hace pie.

—¿Querías llegar a Estados Unidos nadando? —bromeo.

—No es mala idea —me sorprende continuando mi broma—, pero he pensado que mejor me quedo aquí, con mi marido.

—Así que ahora soy tu marido...

—Al menos hasta que volvamos a Estados Unidos y pidamos el divorcio.

—¿Eso es lo que crees, Nadia?

Me acerco a ella y la levanto en peso, instándola a enredar sus piernas en mi cintura. Sé que puede sentir mi erección aprisionada bajo su trasero, y sonrío cuando ella inspira profundamente.

—No tengo intención de dejarte marchar, nena. Eres mía, que no se te

olvide.

—No soy de tu propiedad, Dylan. Yo no pertenezco a nadie.

—¿Ah, no? Creo recordar que hay unos documentos firmados en los que dice que eres mi mujer.

—Tu mujer sí, pero no un objeto. Si quieres que me quede contigo tendrás que ganártelo.

—Preciosa... ya me lo he ganado. —Aparto su biquini y coloco mi glande en la entrada de su sexo—. Cada vez que te toco te pones cachonda. —Me hundo unos centímetros en ella—. Te quedas sin respiración cuando sientes mi polla rozarte, ¿no es cierto?

Nadia se hunde por completo en mi miembro y gime con los ojos cerrados.

—Me perteneces, Nadia. Mírate... deseando que te folle aquí mismo, a pesar de que cualquiera puede vernos.

—Cállate y muévete, maldita sea.

Con una risa, salgo de su cuerpo y me alejo unos pasos de ella.

—Ni hablar, cariño. Te dije que no iba a follarte hasta que me lo pidieras, y soy un tipo de palabra.

—Espera, ¿cuándo demonios fue eso?

—En una de nuestras discusiones.

—Yo no lo recuerdo —protesta cruzándose de brazos.

—Lástima que tengas tan mala memoria, cielo. Pero te aseguro que así fue.

Sin más dilación, me alejo de ella. Tengo que hacerme bastantes largos antes de poder salir fuera del agua, pero merecerá la pena escucharla suplicar un polvo. Por la noche, vamos a cenar al salón principal del resort. Esta tarde he pedido a Amín que se acerque a nuestro hotel para mandarnos algo de ropa, porque en la tienda del resort solo tienen suvenires y cosas por el estilo, y su chófer apareció hace una hora con dos maletas que bien podrían servirnos para pasar el mes entero aquí. Nadia se ha puesto un vestido plateado de tirantes que se cruza de manera sexy en su espalda, dejando al descubierto el tatuaje que lleva en la base de la espalda, una mariposa a punto de echar a volar.

—Estás preciosa —digo sinceramente.

—Y hambrienta, y cachonda...

—Lo primero vamos a solucionarlo de inmediato. Lo segundo... ya sabes lo que tienes que hacer.

—Ni lo sueñes, Dylan. Antes prefiero masturbarme.

—Mmm... será interesante verte hacerlo.

—Eso es lo que tú quisieras... pero no va a suceder.

—¿Qué significa esa mariposa? —pregunto cambiando de tema.

—Representa mi libertad, esa que me han quitado.

—Nadie dice que no seas libre, Nadia. Para eso me casé contigo.

—También te casarte conmigo para follarme, y sin embargo no me tocas.

—Ahora que lo has propuesto, prefiero verte masturbándote. Será una experiencia muy excitante.

—Sigue soñando, Dylan... sigue soñando.

La macabra idea ronda mi cabeza la mayor parte de la cena, aunque toda mi atención está puesta en mi mujer. He de reconocer que es la más guapa de todo el salón, y disfruto viendo cómo los hombres se la comen con la mirada, sabiendo que me pertenece.

—¿Sabes, Nadia? Todos estos hombres te están mirando, todos quieren meterse entre tus piernas, pero yo soy el único que tiene ese privilegio, y estoy disfrutando mucho de ello.

—Pues podrías hacer uso de ese privilegio esta noche.

—Sabes que solo tienes que pedírmelo. Una palabra tuya y seré tuyo toda la noche.

—¿Para aumentar tu desmesurado ego un poco más? No, gracias, mejor me quedo como estoy.

—Es una lástima, te lo aseguro. Pero si decides masturbarte, espero que me avises para disfrutar del espectáculo.

—Antes se congelará el desierto, Dylan.

—Me encanta esa lengua mordaz que tienes... me pone cachondo.

—Si es así, ya sabes lo que tienes que hacer —me provoca.

—Ven, vamos a bailar —digo cuando suena una canción lenta.

—¿Tú bailas? ¡Vaya! Y yo que creí que solo sabías montar a caballo y gritar “yeehaa”.

—Muy graciosa. Para tu información soy de Austin, una ciudad que nada tiene que envidiarle a tu querida Nueva York.

—Nos hemos picado, ¿eh, vaquero? Parece que he tocado un punto sensible.

—En absoluto, simplemente te informo de un hecho.

—Ajá...

Nadia se pega a mí un poco más, y acaricia con su muslo mi miembro, que empieza a cobrar vida nuevamente.

—Estate quieta —susurro.

—¿Por qué?

—Porque vas a ponernos en evidencia, por eso.

—¿Acaso te estás excitando?

—No juegues con fuego, preciosa.

—¿O si no qué?

Tiro de su muñeca hasta las puertas del ascensor, y la estampo contra la pared para darle un beso hambriento. Nuestros dientes chocan debido al ansia, y nuestras lenguas se enredan con frenesí. Mis manos acarician todas las curvas de su cuerpo, y las suyas se cuelan por debajo de mi chaqueta para arañarme con sus uñas de manicura francesa.

En cuanto entramos en el apartamento, levanto su falda y arranco sus braguitas de un tirón para hundir un dedo en ella.

—Estás cachonda, ¿verdad, gatita?

—Tú me pones cachonda.

—Quieres sentir mi polla dentro de ti, ¿no es así?

—Me muero de ganas.

Nadia desanuda mi corbata y la lanza sobre la mesita de café, y desabrocha los botones de mi camisa hasta la cintura. La empujo para que caiga en la cama, y levanto su vestido para deleitarme con la dulce visión de su sexo recién depilado. No puedo evitar lamerlo una vez, dos veces antes de dejarme caer en un sofá a los pies de la cama, mirándola intensamente.

—Quítate el vestido.

Ella obedece impaciente, y lanza los zapatos de tacón al aire antes de quitarse el sujetador y quedar completamente desnuda delante de mí. Se vuelve de espaldas, y gatea sobre la cama, mostrándome su coñito jugoso a través de sus piernas, antes de sentarse con la espalda apoyada en el cabecero y hacerme señales con un dedo juguetón para que me acerque a ella.

—Utiliza ese precioso dedo y mójalo con tu saliva. Quiero ver cómo te masturbas, igual que aquella noche en casa de tu hermano.

—Aquella noche tenía un gran consolador...

—Veremos lo que podemos hacer al respecto.

Nadia chupa sus dedos sin apartar su mirada lasciva de mí, y humedece sus labios vaginales con ellos mientras gime, echando la cabeza hacia atrás. Acaricia una y otra vez su vulva, hacia arriba y hacia abajo, sin rozar su

clítoris, sin adentrarse aún en su canal. Estoy cachondo, así que saco mi polla de los bóxers y comienzo a acariciarla despacio, disfrutando de las vistas, y Nadia gime al darse cuenta de ello.

—Eso es trampa... —protesta.

—Calla y sigue masturbándote.

Con una sonrisa, introduce su dedo corazón dentro de su cuerpo, y lo mueve arriba y abajo alcanzando levemente su punto G. Su respiración se vuelve errática, y de su garganta escapan grititos ininteligibles cada vez que su pelvis se contrae.

—Muy bien, preciosa... sigue así.

Mi mano continúa acariciando mi polla lentamente, sin apresurarse, disfrutando del malvado juego que me traigo entre manos. No voy a follármela, desde luego, pero podemos satisfacernos mutuamente. La otra mano de mi mujer viaja hasta su clítoris hinchado, y lo acaricia en movimientos circulares a la vez que continúa con la caricia interior. Poco a poco aumenta el ritmo, sus caricias se vuelven más desesperadas, y tengo que apretarme la polla para no correrme antes que ella. Nadia hinca los talones en la cama cada vez que roza su clítoris hinchado, y se tensa cada vez más. Sus grititos se han convertido en auténticos berridos, y muevo la mano frenéticamente sobre mi verga mientras disfruto de su olor, que llega a mí en pequeñas oleadas.

—¡Me corro! —grita tensando todos los músculos de su cuerpo.

—Vamos, nena, córrete para mí.

Mi semen cae sobre el suelo de mármol cuando el cuerpo de Nadia se arquea recorrido por su orgasmo. Permanecemos así, sin movernos, lo que parece una eternidad. Nadia respira con dificultad, necesita tragar aire a bocanadas, y a mí me tiemblan las piernas tanto que soy incapaz de levantarme. Cuando recupera el aliento, Nadia me mira con deseo y gatea por la cama hacia mí, así que me levanto y me dirijo al salón.

—¿Ves como al final veía cómo te masturbabas? Ha sido una experiencia de lo más excitante.

—Ahora ven aquí.

—Estoy muy cansado —miento—. Me voy a dormir.

—¿¿Ahora??

—¿Por qué? ¿Ocurre algo?

—Eres un cabrón, Dylan. Un auténtico cabrón.

—Solo tienes que decir dos palabras, Nadia. No es tan difícil.

—Pero te saldrías con la tuya, y no estoy dispuesta a consentirlo.

—Está bien, entonces buenas noches.

Dicho esto, me tumbo en el sofá con una sonrisa. Unos cuantos días más, y la tendré de rodillas suplicando por un polvo. Ese orgullo desmedido va a terminar por desaparecer, preciosa, ya lo creo que sí.

Capítulo 12

Cuando me despierto a la mañana siguiente, descubro una nota de Nadia sobre mi pecho en la que me informa muy amablemente (nótese la ironía) de que se ha ido muy temprano a desayunar, y que la encontraré en algún lugar de la playa. Con que esas tenemos, ¿no? Me levanto de un salto y me meto bajo el chorro de la ducha, necesito despejarme porque anoche no pude pegar ojo.

Reconozco que mis juegos me están pasando factura a mí también. El provocarla es un arma con doble filo bastante afilado, y estoy empezando a sentir las abrasiones causadas de tanto usarlo. Tras ponerme un bañador, me acerco a nuestra pequeña parcela de playa particular en busca de mi escurridiza mujer, pero no hay rastro de ella. Decido ir primero a desayunar, así que entro en el edificio principal del hotel para encontrarla apoyada en el mostrador, ligando descaradamente con el recepcionista. La sangre comienza a bullir en mis venas. ¿Acaso se ha vuelto loca? ¡Ella es mía, joder!

—Buenos días, cariño —digo situándome a su espalda—. Espero no haberte hecho esperar demasiado.

Con menos ceremonia de la que acostumbro, pero su cuerpo al mío y la beso con intensidad, recreándome en su boca, acariciando su culo por encima de la tela del vestido que lleva puesto. Ella pasa los brazos por mi cuello y acaricia mi nuca con las uñas, logrando que un escalofrío recorra mi columna vertebral.

—¿No te había dicho que es un amor? —comenta al recepcionista— Gracias por entretenerme mientras mi marido se despertaba, anoche dormimos más bien poco, tú ya me entiendes, y el pobre necesita hacerlo al menos ocho horas seguidas.

—Un placer, señora Fisher. Que tengan un buen día.

Arrastro a Nadia tras de mí hasta el salón de desayunos, pero ella no abre la boca en ningún momento. Su sonrisa socarrona está terminando con mi paciencia, pero no le voy a dar el gusto de montar un espectáculo delante de todo el mundo.

—¿Sé puede saber a qué ha venido eso? —protesto en voz baja cuando el camarero ha tomado nota de nuestro desayuno.

—Donde las dan las toman, querido esposo. He decidido que si tú juegas a dejarme sin sexo, yo jugaré a ponerte celoso.

—¿Crees que he tenido un ataque de celos? He sentido vergüenza, Nadia, no te confundas —miento.

—Claro que sí, por eso me has metido la lengua hasta la campanilla.

—Lo he hecho para que callases la boca y no metieses más la pata.

—Que yo sepa solo estaba charlando con el recepcionista, y de ti, por cierto. Dylan... reconócelo. Estabas celoso, no hay nada malo en ello.

—¿Y crees que así conseguirás que me acueste contigo? Mi prometida se jactaba de aparecer en la prensa del corazón día sí, día también, por hacer precisamente eso, así que no es algo que me pille por sorpresa.

Ella se queda en silencio ante su tremenda metedura de pata, y la miro de reojo para comprobar que me mira con una mezcla de sorpresa... y culpa.

—Lo siento Dylan, yo... —Suspira—. Jamás haría algo así. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo único que sé es que desde que nos casamos te has encargado de convertir mi vida en un infierno.

—¡Oye! ¡Que tú tampoco es que hayas sido un santo!

—Tienes razón, no lo he sido, pero como comprenderás no voy a ser un perrito pegado a tus faldas, no voy a dejar que me manejes a tu antojo.

—Nunca ha sido esa mi intención. No creo que nadie pueda conseguir manejarte, eres un hombre demasiado fuerte para eso.

Hacemos el camino hasta nuestra habitación en silencio, y me siento en el sofá a ver la televisión, porque de repente se me han quitado las ganas de seguir con esto. Nadia intenta dejarme espacio y empieza a leer un libro, pero el silencio es demasiado para ella, así que se sienta frente a mí, sobre la mesa de café.

—Por favor, Dylan, perdóname —susurra—. Empecemos de nuevo, te lo ruego.

Tiene razón. Todo esto se nos está yendo de las manos, y si seguimos así posiblemente terminaremos sin dirigirnos la palabra hasta que un juez nos dé el divorcio. La miro con una ceja arqueada y una sonrisa en los labios.

—¿Estás suplicando?

—¡Claro que no! —protesta cruzándose de brazos.

—¡Oh, sí, preciosa! ¡Has suplicado!

—¡Para ya, Dylan! No he suplicado ni por asomo.

—“Te lo ruego, te lo ruego” —la imito con voz de falsete— ¡Eso en mi pueblo es una súplica!

—Eso es lo que tú quisieras, vaquero.

Nuestras caras están ahora a un centímetro de distancia, y me acerco para besarla, pero ella se aparta y huye riendo hasta la playa. Corro tras ella divertido al ver cómo lanza su vestido por los aires antes de adentrarse en las aguas cristalinas, y me deshago de mi camiseta para seguirla. La observo nadar mar adentro, y cuando cree que está lo suficientemente lejos de mí como para que la alcance, me lanzo de cabeza al agua y me acerco a ella buceando. Ella mira a su alrededor una y otra vez, cambiando de posición a cada momento, pero tiro de sus piernas y la hundo en el agua antes de alzarla en mis brazos y darle el beso que antes me ha rechazado.

Sus piernas se enredan en mi cintura y sus manos se abren en mi espalda, y la pasión reprimida por tanto tiempo vuelve a salir a la luz.

—Pídemelo, Nadia... Pídemelo y nos iremos al apartamento para pasar el día en la cama.

—Déjalo ya, Dylan. No vas a ser más hombre porque yo te pida que me hagas el amor.

—Tienes razón... pero quiero oírte decir.

—De acuerdo... te has salido con la tuya. ¿Puedes centrarte en echarme un buen polvo, por favor?

Nadamos hasta la orilla, y la dejo adelantarme para entrar en el pequeño apartamento. La atrapo en la puerta del dormitorio, y la lanzo a la cama para saltar sobre ella y besarla desesperado. Llevo demasiado tiempo en abstinencia, y necesito enterrarme en ella con una intensidad descontrolada.

—Estamos mojando la cama —gime ella entre mis labios.

—Ya se secará.

Nadia se revuelve entre mis brazos y me deja tumbado en la cama, bocarriba. Se coloca entre mis piernas abiertas y comienza un reguero de besos desde mi pecho hasta el bulto mojado de mi erección. Al sentir sus labios a través de la tela de mi bañador, tengo que reprimir un gemido de placer. Sus manos impacientes se deshacen de mi ropa, y acaricia mi polla con la palma de la mano hasta llegar a mis huevos, antes de metérsela por completo en la boca.

Mientras siento sus lamidas en mi miembro, imagino su dulce coñito sobresalir por ambos lados de la tela del biquini, húmedos y rosados, y un

hambre voraz se instala en mis entrañas. Observo a Nadia tragarse mi polla hasta la garganta, lamer mi glande mientras su mano acaricia mis huevos, volver a engullirme de nuevo. Tengo que agarrarme con fuerza a la almohada para no cogerla de la cintura y montarla sobre mi polla. El placer es indescriptible, estoy mareado y a punto de perder la razón. Sentir su lengua es pura ambrosía, y como siga así voy a terminar por correrme antes de empezar.

Sus pechos turgentes han escapado del confinamiento del biquini, y siento cómo sus pezones rozan mi glande cuando ella se acerca para besarme. El gemido involuntario que escapa de mis labios le arranca una sonrisa, y sostiene sus pechos con ambas manos para colocar mi polla entre ellos y masajearla con ímpetu.

—Si sigues así me voy a correr —gimo.

—Córrete, así después aguantarás más tiempo para mí.

Vuelve a introducirse mi polla en la boca, y me succiona cada vez más deprisa, absorbiendo mi carne cada vez más fuerte. Termino sentado en la cama empujando su cabeza con mis manos, gimiendo cada vez que su pelo roza mis testículos, sintiendo el placer serpentear por mi vientre, y con un gemido me corro entre sus labios.

—Ven aquí —susurro atrayéndola a mi cuerpo.

La siento sobre mi miembro calmado y me deshago de la parte de arriba de su biquini.

—Estas dos son muy traviesas... voy a tener que vengarme de ellas.

Succiono uno de sus pezones con la boca, y pellizco el otro con mis dedos. Nadia suspira y deja caer la cabeza hacia atrás, y continúo mi dulce tortura hasta que sus caderas empiezan un vaivén delicioso sobre mis piernas. Siento la humedad de su sexo sobre mi piel, y la tumbo en la cama para deshacerme de la parte de abajo del biquini antes de ponerla bocabajo.

—Ahora me toca a mí darme un festín.

Beso los cachetes de su culo, sus muslos, y por último esa rajita peligrosa que asoma a través de ellos. Le doy la vuelta y hundo la lengua entre sus pliegues, absorbiendo su miel, deleitándome con su sabor ligeramente salado. Mi lengua se adentra en su canal antes de subir hasta su clítoris, y comienza a acariciarlo en pequeños círculos que se van cerrando cada vez más. Nadia gime, me agarra del pelo y arquea la espalda cada vez que un espasmo la atraviesa, y hundo un par de dedos dentro de ella para acariciar lentamente su punto G. Sus gemidos se convierten en gritos, sus

caderas se mueven arriba y abajo inconscientemente, en una danza primitiva que es incapaz de controlar. Está a punto de correrse, puedo sentirlo, sus músculos internos se convulsionan alrededor de mis dedos, y los aparto rápidamente para hundirme en ella, y tras un par de investidas siento su orgasmo reverberar por todo su ser.

Me aparto y la coloco de espaldas a mí, y golpeo un par de veces su clítoris con mi glande mientras beso su boca, su cuello, y me hundo en ella otra vez. Me lo voy a tomar con calma, no tenemos ninguna prisa por llegar al final esta vez, así que levanto un poco su pierna y comienzo a moverme despacio, muy despacio. Nadia empieza a respirar entrecortadamente, desde esta postura entro más profundo en ella y las sensaciones son mucho más intensas para los dos. Enreda sus manos en mi pelo, apoya su cabeza en mi hombro y me facilita el acceso un poco más elevando la rodilla hasta el pecho.

—¡Joder, Dylan, sí! ¡Qué rico... por Dios! ¡Qué rico!

Nadia pasa la pierna por mi cintura y queda mucho más abierta, y acaricio su pecho a cada investida mientras disfruto de su mano traviesa, que acaricia su clítoris para facilitarle el orgasmo. Me pone como una moto verla tocarse, es la escena más erótica que he contemplado en mi vida.

Ahora Nadia se tumba bocabajo y pone su culo en pompa, y me mira por encima del hombro traviesa, animándome a follármela de nuevo.

—Te gusta jugar, ¿verdad, gatita?

—Solo si es contigo.

Acaricio la raja de su culo con mi polla un par de veces antes de entrar de nuevo en su sexo. Es una postura difícil, pero muy placentera para ambos. Me apoyo en las plantas de mis pies para impulsarme dentro de ella, para mecarme dentro y fuera de su cuerpo, y uno mi lengua a la suya, que me incita a lamerla, chuparla, morderla cada vez que Nadia la hunde en mi boca. Sus gemidos me vuelven loco, y las sensaciones a punto están de hacerme perder la cordura, pero empiezan a dolerme los gemelos, así que tiro de ella para ponerla a cuatro patas y lleno su espalda de besos suaves antes de hundir mi lengua en su sexo.

—Qué bien sabes... —susurro—. Podría pasarme todo el día lamiéndote.

—Fóllame, Dylan... ¡Necesito que me folles!

Sin más dilación, me clavo en ella una vez más, y comienzo mi vaivén frenético de nuevo. El placer sube por mi espalda, el orgasmo se acerca

peligrosamente y aún necesito ver a mi mujer correrse, así que tiro de ella y la siento sobre mi verga, para poder acceder a su clítoris mientras ella me cabalga como toda una amazona.

—Qué bien te mueves, nena... vamos, sigue así.

Aprieto sus pechos en mis manos, y cuando la noto contraerse a mi alrededor, comienzo a moverme muy deprisa dentro de ella, para arrancarle el grito de placer que tanto necesito escuchar. Con un par de embestidas más, termino corriéndome yo también, y caemos rendidos en la cama, donde tardamos más de media hora en recuperar el aliento.

Horas más tarde, permanecemos tumbados sin mediar palabra. Estoy acariciando inconscientemente su pecho, pero ella no parece tener inconveniente en que continúe haciéndolo. No quiero moverme de aquí, pero tengo hambre, y apuesto a que ella también, así que, de un salto, salgo de la cama y me meto en la ducha. Me deshago de la sal del mar, del sudor y del almizcle del sexo, y cuando salgo del cuarto de baño me encuentro a mi mujer completamente dormida, así que pido al servicio de habitaciones que nos traigan un buen almuerzo a la suite. Intento despertarla para que coma conmigo, pero protesta en sueños y se vuelve de espaldas, haciéndome sonreír, así que me siento en el sofá a ver la tele mientras doy buena cuenta de mi comida. Como la habitación tiene una cocina pequeña, podrá calentarse la suya cuando despierte.

Casi ha terminado la película cuando Nadia aparece en el quicio de la puerta de nuestra habitación ataviada con una de mis camisas.

—¿Llevo durmiendo mucho tiempo? —pregunta con un bostezo.

—Un par de horas. Voy a calentarte la comida.

—No hace falta, yo lo haré.

La observo trastear en la pequeña cocina y pienso que soy un capullo con suerte. Veo asomar los cachetes de su culo a ambos lados de sus braguitas blancas, y no puedo controlar el impulso de acercarme a ella y agarrarlos con fuerza.

—¡Dylan! ¡Voy a tirarlo todo!

—Lo siento, pero estabas tan deseable que no he podido contenerme.

—Tengo que comer, ¿sabes?

—Adelante, yo también tengo hambre.

—Podemos compartir la comida.

—No hace falta, yo tengo la mía muy a mano.

—¿Dónde? No la veo por ningún sitio.

—Siéntate y preocúpate de comer, que verás mi comida muy pronto.
Nos sentamos en el sofá y Nadia come lentamente mientras yo le enseño
mi almuerzo: un bocado de su piel y un sorbo de sus dulces labios.

Capítulo 13

Por desgracia, hemos tenido que volver a la rutina diaria, aunque he de decir que esta es mucho más placentera desde que Nadia y yo nos llevamos bien. Hace una semana que volvimos de la playa, y aunque he intentado posponer el momento el máximo tiempo posible, tengo que enfrentarme de una vez al problema del desfalco. Baker tiene que ser despedido de inmediato, y tengo que acudir a las autoridades.

Siento la mano de mi mujer en el hombro mientras me tomo mi primer café del día. La miro con una sonrisa, pero debo parecer realmente preocupado, porque se sienta a mi lado y coge mi mano entre las suyas.

—¿Qué ocurre, Dylan? ¿Algo va mal?

Suspiro y la abrazo suavemente por los hombros.

—Es algo que no puedo posponer por más tiempo. Nada cuadra, pero todo indica que Baker nos ha estado robando millones de dólares desde hace cinco años.

—¿A qué te refieres con que nada cuadra?

—Baker no tiene sangre para hacer una cosa así, Nadia, es un hombre demasiado simple para eso.

—Pero todo indica que ha sido él, ¿no es así?

—Por desgracia sí. Al principio creía que tenía un cómplice, pero...

—Las personas suelen tomar medidas desesperadas cuando se encuentran en situaciones desesperadas. ¿Has barajado esa posibilidad?

—¿Durante tantos años? No sé, Nadia, no creo que sea eso, pero sinceramente, ojalá lo sea.

—¿Por qué te cuesta tanto despedirle? Apenas le conoces.

—Sinceramente no lo sé. Quizás es que me estoy volviendo blando...

—O quizás es porque eres una buena persona.

—Gracias a Dios dentro de un par de meses estaremos en casa, en Austin, y todo volverá a la normalidad.

—¿Austin? Creí que viviríamos en Nueva York.

—Cuando volvamos debo ocuparme de la sede principal, pues mi padre

se jubilará por fin, así que debemos vivir en Texas. ¿Supone eso un problema para ti?

—En absoluto. ¿Tendremos un rancho con caballos? —bromea ella.

—¿Pero tú te crees que toda Texas está formada por ranchos? —Me hace reír, es inevitable.

—Sería interesante verte con sombrero de cowboy y pantalones vaqueros...

—Eso sí puedo concedértelo... pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que me dejes montarte con las botas puestas.

—¡Montarme! —protesta ofendida— ¡No soy una vaca!

—No, pero estás muy sexy a cuatro patas sobre la cama —ronroneo besándola en el cuello.

Una hora después, y gracias a Nadia con mejor humor, entro en la sede de *Chevron corp*. Miro hacia el mostrador de recepción echando de menos a Kala, que ya va de camino a Nueva York para ocupar su nuevo puesto de trabajo. Me ha costado un mundo convencer a mi padre del cambio, pero al final ha accedido, y Kala está eufórica pensando en la nueva oportunidad que se le brinda.

Cuando entro a mi despacho, Hanna me sirve un café y pone sobre mi mesa el correo.

—Su padre le ha llamado hace una hora, señor Fisher. Quiere que le llame de inmediato.

—Gracias, Hanna. Pásame con él, por favor. Los malos tragos hay que pasarlos cuanto antes.

Cuando escucho la voz de mi padre, noto en ella un gran cansancio que no había notado hasta ahora. Está viejo, y ahora me doy cuenta de lo importante que es para él dejarlo todo atado antes de jubilarse cuando yo vuelva a la ciudad.

—Papá, ahora son las nueve de la mañana. ¿Pretendes que venga a trabajar al alba?

—Tu secretaria está allí cuando llamo, ¿no es cierto?

—Mi secretaria no es de este planeta. Cuando me vaya de aquí tendré que darle una buena compensación por aguantarte.

—¿Has solucionado ya lo del desfalco?

—Precisamente iba a solucionarlo hoy. Analicé detenidamente el caso, como me pediste, pero todo apunta a Baker.

—Conozco a ese hombre desde hace años y no le creo capaz de hacer algo semejante.

—Pues lo ha hecho, papá, así que voy a despedirle y a llamar a las autoridades.

—Le dejarás explicarse al menos, ¿no?

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi padre? —pregunto sorprendido — Hace un par de meses querías despedirles a todos sin contemplaciones, ¿y ahora quieres dejar a Baker explicarse?

—¿Acaso un viejo no puede cambiar de opinión?

—No, si me parece estupendo, pero tengo la sensación de que ya no te conozco.

—Debo dejarte a ti resolver los problemas a tu manera. Al fin y al cabo, cuando vuelvas pasarás a ser el dueño de mi imperio. Por cierto, te he mandado un regalo para celebrarlo. Llegará en un par de días.

—¿Qué es? ¿Una botella de whisky?

—Algo que te hará inmensamente feliz.

—¿Qué has hecho?

—¡Nada, te lo aseguro! Solo es un pequeño detalle para hacer feliz a mi hijo mayor.

—Vale, papá, no quiero saberlo. Tengo que dejarte, he de hablar con Baker.

Le doy mil vueltas al maldito regalo que puede haberme hecho mi padre. ¿Qué demonios será? Baker entra en mi despacho diez minutos después. Está muy demacrado, su aspecto ha cambiado mucho desde que llegué a esta ciudad, y por un momento me preocupa que Nadia tenga razón y que haya hecho todo esto por desesperación.

—¿Quería verme, señor Fisher?

—Siéntese, Baker, tenemos que hablar.

Observo cómo toma asiento con aire compungido, y me pongo de pie para mirar por los enormes ventanales de mi despacho.

—Mi familia confió lo suficiente en usted como para enviarle aquí a dirigir esta sede. Le ofrecimos un buen trabajo, una buena casa y un buen coche, y su sueldo es más que generoso. ¿Estoy en lo cierto?

—Así es, señor. Jamás podré agradecerle a su padre todo lo que hizo por mí cuando creía que mi vida se derrumbaba a mi alrededor.

—Una curiosa forma de agradecerse la suya.

—¿Perdón?

—Sé que ha robado millones de dólares a mi familia desde hace cinco años.

—Señor, yo...

Baker me sorprende rompiendo a llorar. Permanezco en silencio, esperando a que se calme, y le tiendo un pañuelo de papel cuando sus sollozos desconsolados menguan.

—Nunca quise hacerlo, señor Fisher, debe creerme, pero estaba tan desesperado que...

—Explíquese.

—La *Hezbollah* tiene a mi familia.

Me quedo sin habla. Literalmente. De todas las cosas que podía esperarme, esta es la más inverosímil de todas. La *Hezbollah* es un grupo terrorista islámico que, escudándose en su idea de restablecer la república en el Líbano, ataca sin descanso a cualquier empresa extranjera que se instale en territorio musulmán, sobre todo si es de origen norteamericano.

—A ellos no les importa que yo sea un simple empleado de *Chevron Corp*, señor Fisher —continúa—. Soy el director de la sede, así que soy el responsable de que los malditos norteamericanos se instalen en suelo musulmán. Una tarde llegué a casa y lo encontré todo destrozado, y mi mujer y mi hija habían desaparecido.

Baker no puede continuar hablando, un nudo se instala en su garganta y tengo que pasarle un vaso de agua para poder escuchar el resto de la historia.

—Cinco minutos después, recibí una llamada de su cabecilla, diciéndome que debía dismantelar la empresa y huir del país si quería ver a mi familia con vida, y fui tan estúpido de ofrecerle dinero a cambio de su libertad.

—Y le han estado extorsionando desde entonces.

—Al principio solo pedían unos miles de dólares, pero pronto la cosa fue a más. Ahora me piden dos millones de dólares si quiero volver a verlas, y no sé qué demonios voy a hacer.

—¿Por qué no habló con las autoridades?

—¿Está loco? Esa organización está financiada por el ejército. Si hablo, las matarán, y harán lo mismo conmigo.

—Debería haber hablado con mi padre, él le habría ayudado.

—Su padre ya hizo demasiado por mí cuando me contrató, no podía pedirle nada más. Entiendo que me despida, me lo tengo merecido, pero por favor, no llame a las autoridades. Las matarán...

—Tranquilo, buscaré una solución.

—¿Va a ayudarme? —pregunta sorprendido.

—Veré lo que puedo hacer. Mientras tanto descanse un poco, tiene un aspecto espantoso. Márchese a casa, le veré por la mañana.

—No podría dormir. No dejo de pensar en ellas, y mi casa me recuerda tanto ese día que llevo meses durmiendo en un hotel.

—Insisto, le vendrá bien dormir.

Vuelvo al hotel derrotado, la verdad. No sé cómo ayudar a Baker, ni cómo animarle siquiera. Después de tantos años dudo que su familia siga viva, pero él está convencido de ello y no soy nadie para quitarle la esperanza. ¿Qué puedo hacer? ¿Acudir a la embajada estadounidense? Es la opción más lógica. Mañana iré con Baker a ver si pueden ayudarle.

Cuando abro la puerta, me encuentro a Nadia tumbada en el sofá con un libro en las manos.

—¿Qué estás leyendo? —pregunto soltando el maletín sin mucha ceremonia sobre una silla.

—Es una novela erótica. Ardiente pasión, de Adrian Blake.

Nadia me mira fijamente, deja el libro a un lado y se sienta sobre mi regazo para desanudarme la corbata.

—¿Qué te ocurre? —pregunta— ¿No ha ido bien la reunión con Baker?

—Tenías razón, Nadia. Lo hizo porque estaba desesperado. Un grupo terrorista lleva años manteniendo retenida a su familia a cambio de dinero.

—¡Pobre hombre!

—No sé cómo ayudarle, dice que el ejército financia las actividades de ese grupo, así que no puedo contar con las autoridades. Estoy pensando ir con él mañana a la embajada para solicitar ayuda.

—No puedes contar con las autoridades, Dylan, pero cuentas con alguien mucho más poderoso.

—¿A quién te refieres?

—En esta ciudad no hay nada más poderoso que *Saudí Aramco*, Dylan. El dinero es poder, y mi hermano tiene más del que puede llegar a gastar en su vida.

—¿Crees que Amín puede ayudarle?

—Sé que puede hacerlo. Mañana iremos a verle y le contaremos lo que ocurre. Estoy segura de que podrá encontrar una solución.

—Gracias, cariño. Espero que tengas razón.

La abrazo por la cintura y la beso. Después, cojo el libro de la mesa y

ojeo la sinopsis con interés.

—Así que una novela erótica, ¿mmm? ¿Y se puede saber de qué va?

—Si te lo cuento no tiene gracia. ¿Qué tal si te lo demuestro?

Sonrío y me dejo llevar hasta el dormitorio, donde mi mujer se dedica a enseñarme punto por punto las andanzas de un bombero de la brigada ciento dieciocho de Brooklyn.

Capítulo 14

Me despierto con la caricia de unas manos ya muy conocidas para mí en la espalda. Sonrío sin abrir los ojos, y me giro para colocar un brazo cruzado a través de sus muslos. Nadia besa mi cara, mi cuello, mi oreja, y cuando llega a mi boca hunde la lengua hasta encontrar la mía y acariciarla lentamente. Despertarme así es una gozada, tengo que reconocerlo, y la tumbo en la cama para colocarme sobre ella y besarla nuevamente.

—¿Te has despertado traviesa, Nadia? —ronroneo.

—He tenido un sueño de lo más... húmedo.

—¿Ah, sí? Cuéntamelo.

—Es mejor que te lo muestre, ¿no crees? Así podrás comprenderlo al pie de la letra.

Nadia se sienta sobre mi regazo y comienza a mecer las caderas sobre mi polla, traviesa, acariciando con sus dulces manos mis muslos, mis brazos, mi pecho, antes de unir su boca con la mía.

—En el sueño estábamos así, en una enorme cama, con todo el tiempo del mundo para nosotros —susurra.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hacíamos en esa cama?

Ella entrelaza sus dedos con los míos y apoya mis manos sobre la almohada sin parar de mecerse, y mi polla empieza a responder. Su boca baja por mi cuello hasta mi pecho, y con la lengua acaricia levemente mis tetillas, consiguiendo que me estremezca. El pantalón de su pijama empieza a mojarse, y su respiración se acelera lentamente. Cierra los ojos para sentir el placer, y la dejo hacer, sin apresurarme. Como bien dice, tenemos todo el tiempo del mundo, así que disfruto del roce de su sexo contra el mío un rato más.

—¿Y era así todo el sueño? —pregunto.

—No... hay muchísimo más.

La observo sacarse la camiseta del pijama por la cabeza, y sus pechos saltan frente a mis ojos un segundo antes de que Nadia sostenga uno y me lo ofrezca como si fuera una fruta dulce y madura. Mis dientes se cierran a

través de la protuberancia de su pezón, y mi lengua traza círculos asimétricos alrededor de su piel. Sus gemidos empiezan a fluir de su garganta, está excitada, y la verdad es que yo también. Nadia me sorprende poniéndose de pie en la cama, de espaldas a mí, y se dobla para deshacerse del pantaloncito del pijama, dejándome ver su hinchado y húmedo sexo.

—¿Me estás provocando? —pregunto.

—En absoluto. Solo te enseño tu próximo festín.

Nadia se tumba sobre mi cuerpo, dejando su coñito a escasos centímetros de mi boca, y comienza a succionar mi verga lentamente, acariciando su carne con la mano, besando de vez en cuando mis huevos. Yo intento alcanzar su sexo, pero ella me lo quita de la boca a la primera lamida, y tengo que conformarme con lamer su pantorrilla, su pie, sus dedos. Siento la boca de mi mujer engulléndome, el placer es inmenso, devastador, y necesito desesperadamente lamerla, beberme su excitación, así que tiro de ella con energía y hundo la lengua entre los pliegues de su sexo, alcanzando su vagina, para después subir hasta su clítoris. En esta postura es muy fácil masturbarla, así que introduzco dos dedos dentro de ella y los muevo con energía mientras chupeteo su clítoris hinchado. Su mamada se ve interrumpida mil veces, cada vez que ella siente un espasmo de placer.

La tumbo en la cama y me coloco sobre ella, imitando el movimiento de sus caderas cuando me ha estado masturbando con su pelvis, recorriendo sus labios con mi polla para acariciar su clítoris, y acto seguido meter dentro de ella solo el glande. Ella se retuerce, se agarra fuertemente a mis brazos para intentar impulsarse y que me empale en ella, pero río y me aparto nuevamente, negándole el capricho.

—Fóllame, Dylan, por favor...

—Estás muy cachonda, ¿verdad, cariño?

—Estoy ardiendo... Necesito sentirte muy fuerte dentro de mí.

No tiene que pedírmelo dos veces, con un movimiento brusco me introduzco en ella hasta el fondo, y tengo que inspirar con fuerza para no perder el control. Comienzo a moverme deprisa, embistiéndola con fuerza, dándole lo que ella necesita, y lo que a mí me encanta dar. El sonido de mis caderas impactando contra su cuerpo inunda la estancia, y nuestras bocas se devoran con desenfreno. Sus manos arañan la piel de mis brazos, mis manos sostienen precariamente mi peso, ancladas en el colchón, y el sudor cae por mi frente y por mi espalda.

Nadia me sorprende una vez más revolviéndose para dejarme tumbado

sobre la cama, y se monta a horcajadas sobre mí para montarme como la amazona más experimentada. La cama termina separada de la pared por sus movimientos desenfrenados, sus manos se apoyan en mi pecho y sus tetas botan cerca de mi boca. No puedo más, así que la pego a mi cuerpo abrazándola con fuerza, y anclándome en los talones comienzo a moverme yo también. Su cuerpo se convulsiona, se tensa, es recorrido por el orgasmo, y me ordeña poco a poco hasta que con un grito sordo me corro dentro de ella.

—¿Te ha gustado mi sueño? —pregunta cuando hemos recuperado el aliento.

No puedo más que reírme ante su picardía. Nadia es atrevida, desafiante, peligrosa. Y reconozco que me encanta. Mi vida con ella va a ser muy interesante, llena de sorpresas y tensión... sobre todo sexual.

Una hora después, llegamos a casa de Amín. Las preocupaciones han vuelto a inundar mi cabeza, por desgracia. Baker está metido en un buen lío, y no sé cómo demonios voy a sacarlo de él. Amín nos recibe con una sonrisa, y mira a su hermana con cara de imbécil. Sí, no hay una manera mejor de decirlo... de imbécil.

—Veo que por fin os lleváis bien —dice sentándose frente a nosotros—. Confío en que mi hermana sepa agradecer el cambio de compromiso después de todo.

—No voy a darte las gracias, Amín —protesta Nadia—. El mérito es de Dylan, no tuyo.

—¿Cómo van las cosas por *Chevron*, amigo mío? —me pregunta.

—En un par de meses creo que lo tendré todo muy bien atado. Aunque necesito tu ayuda para un caso un poco complicado.

—Tú dirás.

—¿Recuerdas el desfalco del que te hablé?

—Sí, por supuesto. ¿Has encontrado ya a todos los culpables?

—Solo hay una persona implicada. Como sospeché, es Baker quien lo hizo, pero después de oír sus razones no puedo hacer otra cosa que ayudarle.

—¿A qué te refieres?

—La *Hezbollah* tiene a su familia, Amín.

Mi cuñado tuerce el rostro, y se levanta murmurando algo en árabe para servir tres copas de whisky antes de sentarse de nuevo en su sillón.

—Ándate con ojo, Dylan —dice tendiéndome una de ellas—. Es un grupo muy peligroso.

—Han estado conformándose con pequeñas cantidades de dinero, pero

ahora le piden dos millones de dólares si quiere recuperar a su familia.

—Eso quiere decir que se han enterado de nuestra transacción.

—Sinceramente, Amín, no creo que su familia siga viva después de tantos años, pero tampoco puedo dejar que al pobre hombre le peguen un tiro por ser estadounidense.

—¿Puedes ayudarnos, hermano? —pregunta Nadia.

—Estoy de acuerdo con Dylan, su familia llevará años muerta, pero creo que puedo salvarle la vida a ese pobre hombre. —Fija su mirada en mí—. Reúnete conmigo a las nueve de la noche en la casa de la playa de mi padre, y trae a Baker contigo. Haré algunas llamadas y os diré algo entonces.

—Gracias, Amín, sabía que podíamos contar contigo —contesta Nadia abrazándole—. Nos veremos esta noche.

—Ni hablar, tú te quedarás en el hotel —sentencia su hermano.

—Iré con Dylan.

—Nadia, he dicho que...

Levanto una mano para acallar a Amín, que tiene la yugular a punto de saltar en su cuello.

—Yo soy perfectamente capaz de tratar con mi mujer, Amín.

La aparto unos metros de su hermano y entrelazo mis dedos con los suyos, mirándola a los ojos.

—Nadia, esta vez tengo que estar de acuerdo con tu hermano.

—Pero...

—Escúchame, por favor. —Ella asiente—. No estamos hablando de un paseo por el parque, estamos tratando con un grupo terrorista muy peligroso, y lo que menos necesito es que te capturen y te utilicen para chantajearme.

—Soy musulmana, no se atreverían.

—Eres mi mujer, Nadia, y yo soy estadounidense. Serás la rehén perfecta para extorsionarme, créeme, y no quiero que te pase nada malo.

—Está bien, te esperaré en el hotel, pero llámame si vas a retrasarte. Estaré histérica hasta que vuelvas.

—Te prometo llamarte a cada paso que demos, ¿de acuerdo?

Ella se pone de puntillas y me besa en los labios, y vuelve a su lugar en el sofá y se sienta con las piernas cruzadas.

—No quiero ser una carga para mi marido, me quedaré en casa —dice a su hermano—. Pero no creas que voy a hacerlo porque tú me lo ordenas, sino porque él me lo ha pedido.

—Mientras te quedes a salvo me da igual por qué lo hagas, Nadia. Bien

—añade levantándose—, tengo que hacer unas cuantas llamadas. Nos veremos esta noche.

Nadia y yo volvemos al hotel. Está preocupada, lo veo en su cara, pero no puedo hacer nada para evitarlo, porque yo también lo estoy. No me gusta nada meter a Amín en un lío con esa gente, y ayudándome es lo que va a hacer. Jamás podría perdonarme que le pase algo malo... y sé que Nadia tampoco. Cuando llegamos al hotel, Nadia se deja caer en el sofá y se acurruca a mi lado cuando la imito.

—Tengo miedo, Dylan —susurra.

—Yo también.

—No quiero que os pase nada malo.

—No va a pasar nada. Ven aquí.

La siento sobre mi regazo y ella se encoje como una niña pequeña, apoyando la cabeza en mi hombro.

—Al final va a resultar que estás enamorada de mí, ¿eh? —bromeo para calmar los ánimos.

—No seas melodramático —bufa ella—. Me gustas, eso es todo. Además, si te matan mi padre me hará casarme con Nasim, y moriría de aburrimiento al primer mes de casados.

Sé que está mintiendo, está utilizando una excusa para ocultar que tiene miedo de perderme, así que la aprieto fuerte contra mi pecho.

—Todo va a salir bien, Nadia —susurro contra su pelo.

—Prométemelo.

—Te lo juro.

Uno mis labios a los suyos y la beso lo que parecen horas, acariciando, lamiendo, mordiendo su boca como nunca antes he hecho a ninguna mujer. Me siento poderoso, capaz de comerme el mundo por primera vez en mucho tiempo. Interrumpo el beso cuando llaman a la puerta para traernos el almuerzo, y comemos en silencio antes de acostarnos en la cama a dormir un poco. Tengo que estar descansado para lo de esta noche, pero soy incapaz de pegar ojo, y sé que Nadia tampoco puede dormir.

Sé que lo único que tengo que hacer es esperar a Amín en su casa de la playa con Baker, pero no puedo evitar pensar que algo se torcerá y saldrá mal. Es una maldita punzada en el pecho que apenas me deja respirar.

Incapaz de conciliar el sueño, salgo al salón de la suite y marco el número de Baker.

—¿Sí? —responde con la voz entrecortada.

—Baker, soy Dylan Fisher. Reúnete conmigo en mi hotel a las ocho.

—¿Tiene un plan, señor?

—Sí, tengo un plan. Debo advertirte una cosa, y tienes que ser muy consciente de ello, Baker.

—Lo sé, señor Fisher. Las estadísticas dicen que mi familia estará muerta a estas alturas, pero la esperanza es lo último que se pierde.

—Al menos espero lograr que pueda volver a Estados Unidos y esa gentuza le deje en paz.

—Dios le oiga. Estaré en su hotel a las ocho en punto. Y una vez más, muchas gracias, señor. Jamás podré agradecerle todo lo que está haciendo por mí.

Cuelgo el teléfono y apoyo la cabeza entre las manos. Estoy cansado, moral y físicamente, y necesito que este día termine de una maldita vez. Siento las manos de Nadia sobre mis hombros, y las aprisiono con las mías antes de volverme hacia ella.

—¿Por qué no estás durmiendo? —pregunto.

—Por la misma razón que tú. Estoy preocupada.

—¿Crees que Amín logrará algo?

—Ahora mismo no creo que haya sido buena idea pedirle ayuda.

—Preocupándonos no lograremos nada.

Me levanto del sofá y cojo mi chaqueta.

—Voy a acercarme un momento a la oficina. ¿Vienes conmigo?

—¿Y qué podría hacer yo allí? Me calentaría la cabeza de la misma forma.

—Nadia, no quiero que te quedes sola aquí demasiado tiempo.

—Muy bien, iré contigo.

Espero a que mi mujer se vista y vamos caminando a la sede, que no está demasiado lejos del hotel. Permanecemos un par de horas trabajando, y entre los dos logramos colocar a varios empleados en otras empresas. Cuando Baker llega al hotel, me despido de Nadia, que se queda con lágrimas en los ojos y la preocupación dibujada en su cara.

—Volveré entero, te lo prometo —susurro antes de besarla—. No abras la puerta pase lo que pase, nena. Te llamaré antes de volver.

A las nueve, Baker y yo esperamos sentados en el salón de la casa de la playa de Amín. El tiempo parece haberse detenido, por más que miro mi reloj de pulsera las agujas no cambian de posición. Cuando mis nervios están a punto de colapsar, escucho la llave en la cerradura. Me tenso instintivamente,

y Baker saca una pistola del bolsillo de su chaqueta.

—¿Qué demonios hace? —susurro.

—Tengo que estar preparado para cualquier cosa.

—¡Guarde eso, hombre! Debe ser mi cuñado.

Cuando veo la silueta de Amín recortarse en el umbral de la puerta, un suspiro escapa de mis labios.

—Gracias a Dios estás bien —digo abrazándole.

—Tranquilo, no han acabado conmigo. Aquí hay alguien que quiere verle, señor Baker.

Amín se aparta de la puerta para dejar paso a una mujer de unos cincuenta años seguida de una muchacha de unos dieciséis. Ambas muestran graves signos de desnutrición y malos cuidados, pero por suerte están vivas. Baker se deja caer en el suelo con ellas en los brazos y solloza dando gracias una y otra vez. Las mujeres se abrazan al hombre con fuerza, con miedo de volver a perderle, y sollozan en su pecho con desesperación.

No soy un tío blando, pero reconozco que la escena logra formarme un nudo en la garganta.

—Deberíamos irnos, ellas necesitan cuidados médicos —dice Amín.

—Muchas gracias, señor Al-Naibi. Jamás podré agradecerles lo suficiente el haberme devuelto a mi familia —contesta Baker entre sollozos.

—Son libres de volver a su país cuando quieran, pero les recomendaría que primero pasaran por el hospital. Su mujer y su hija necesitan cuidados médicos urgentemente. Y no se preocupe por eso, irán a mi clínica privada. Yo corro con los gastos.

Cuando llegamos al hospital, llamo a Nadia mientras Amín hace el ingreso de ambas mujeres, para que no se preocupe más por nosotros. Después, llevo a Amín a su casa.

—¿Cómo lo has logrado? —pregunto mirándole con una ceja arqueada.

—El dinero llama al dinero, Dylan. Solo he tenido que hacer chantaje a las personas adecuadas. Y acabo de descubrir que se me da bastante bien. Podría decirse que hasta he disfrutado con esta pequeña misión.

—¿Pequeña? ¡Ha sido una misión suicida! Al final va a resultar que el señor Al-Naibi no es tan noble como quiere hacernos ver. Tienes un lado oscuro, amigo mío, igual que yo.

—Todos lo tenemos, ¿no es así?

Capítulo 15

Cuando entro por la puerta de nuestra habitación de hotel, Nadia se lanza a mis brazos, dejándome sin aliento por el impacto.

—Nunca pensé que me alegraría tanto de verte —susurra.

—Y yo creía que nunca oiría esas palabras salir de tu boca.

La miro un segundo, y puedo notar el miedo en sus preciosos ojos grises.

—Yo nunca he estado en peligro, cariño —susurro acariciando su sedoso cabello—. Pero si llego a saber que este iba a ser el recibimiento, lo habría hecho mucho antes.

—¡No bromees con eso!

Me empuja y se aleja hasta el sofá, con lágrimas en los ojos. ¡Mierda! ¿Tan preocupada estaba por mí? me siento a su lado y cubro sus manos con las mías.

—Oye, solo era una broma. Estoy bien, ¿de acuerdo?

—No sabes lo preocupada que estaba, Dylan. Sé que mi hermano sabe lidiar con esa gentuza, pero tú...

—No sé si sentirme halagado o insultado por tu desconfianza.

—No hablamos de un ladrón de tres al cuarto, sino de un grupo terrorista muy peligroso. Y tú eres el americano, no mi hermano.

—Tienes razón, por eso me quedé a salvo esperando a tu hermano en la casa de la playa.

—Por suerte nos marcharemos pronto a Estados Unidos. No voy a poder dormir tranquila sabiendo que van detrás de la empresa de tu familia.

—Ya no hay empresa por la que ir, Nadia, ¿recuerdas?

—Pero ellos quizás no lo sepan.

—Dudo que esa gente desconozca cualquier movimiento de *Chevron Corp.*

—Aún así ten más cuidado a partir de ahora, por favor.

—Te lo prometo.

Sostengo su cara con ambas manos y le doy un beso antes de levantarme del sofá.

—Voy a darme una ducha, ¿vienes conmigo?

—Ve tú primero, voy a pedirle al servicio de habitaciones que nos suban algo para cenar. Ahora te acompaño.

Tras desnudarme, me coloco bajo el grifo de agua caliente. Tengo los músculos tensos, y necesito relajarme un rato bajo el chorro de la ducha. Por el rabillo del ojo veo a mi mujer entrar al cuarto de baño y deshacerse del kaftan que lleva puesto, quedando completamente desnuda. Le abro la puerta de la ducha y se cuelga por debajo de mi brazo hasta quedar frente a mi pecho.

—Debes estar agotado —murmura.

—No tanto como para no hacerte el amor.

—Eso después... ahora voy a enjabonarte y a cuidar de ti. Apoya las manos en la pared para que pueda rodearte.

Me dejo mimar por una vez en la vida, y debo reconocer que es agradable sentir que Nadia se preocupa por mí. Cierro los ojos para disfrutar de sus cuidados, y siento sus manos jabonosas recorrer mis brazos, mi pecho, mi espalda... Ronroneo sin poder evitarlo, arrancándole una sonrisa. Mi mujer vuelve a echar jabón en sus manos y se coloca de rodillas para enjabonar ahora mis piernas, hasta llegar a los muslos, pero sin acercarse a mi erección.

—Con qué poco te conformas... ¿Ya estás así? —bromea.

—Tus manos son peligrosas, Nadia, ya lo sabes.

—Veré qué puedo hacer al respecto.

Se acerca mirando mi erección, y contengo el aliento a la espera de que se la meta en la boca, pero en vez de eso apunta el chorro de agua helada a mis pelotas, haciéndome gritar.

—¿Te has vuelto loca? —protesto.

—Lo siento, lo siento —se disculpa aguantándose la risa—, pero te he dicho que el sexo es para después, y así no podía enjabonarte bien.

—Sabes que me la voy a cobrar, ¿verdad, gatita?

—Estoy impaciente por ver eso.

Pasa sus manos por mi miembro para cubrirlo de jabón, y regula el agua para que salga templada... gracias a Dios. Se pega entonces a mi cuerpo y poniéndose de puntillas, me besa en la boca por fin. Rodeo su cintura con los brazos y la pego a mi cuerpo, y mi erección vuelve a aparecer.

—No soy yo, te lo juro —ríe al ver su ceja arqueada—. Es ella sola.

—Ya... claro.

—¡En serio! Tiene vida propia. Te ve así, desnuda y mojada, y...

Se deshace de mi abrazo y sale para coger un par de toallas. Se envuelve una alrededor del pecho y me tiende otra para que me seque, y tira de mí hasta nuestra cama.

—Túmbate bocabajo —me ordena.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Ya lo verás. Vamos, haz lo que te digo.

Yo la miro interrogante y le echo una ojeada a mi polla, que apunta a mi ombligo desde hace rato, y ella deja escapar una carcajada.

—No es por nada, Nadia, pero creo que es imposible que lo haga.

—¿Entiendes por qué te he echado agua fría? Ahora te harás daño.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Es una sorpresa. Te va a gustar, te lo juro, pero si tienes miedo...

—Correré el riesgo.

Lanzo la toalla al suelo y me tumbo como ella me ha pedido. Nadia se sienta sobre mi culo, y vierte un poco de algún líquido con olor a coco sobre mi espalda.

—¿Qué es eso? No será una de esas mariconadas que utilizáis las mujeres, ¿verdad? —protesto intentando mirar el bote, sin éxito.

—Es aceite corporal, Dylan, no va a matarte.

—Quítamelo, Nadia, me da asco.

—Voy a hacerte un masaje, ¿cómo quieres que lo haga si no?

—¿Con crema?

—No tengo crema, tendrás que aguantarte con esto.

—Está bien, pero luego te untaré yo a ti con el potingue ese.

—No hará falta, te lo aseguro.

Siento sus manos extender el líquido por mi espalda, y Nadia comienza a masajear mis músculos tensos. ¡Dios, qué gustazo! Mi mujer es experta en masajes curativos, de eso no hay duda. Sabe presionar en los puntos exactos para deshacer los nudos de tensión de mis músculos, y a punto estoy de babear de gusto. Sus manos extienden el aceite por mis brazos, para volver a mis omóplatos, bajar por el centro de mi espalda hasta mi culo y volver a subir.

Nadia se da la vuelta para continuar su masaje por mis piernas. Masajea mis pies, introduciendo sus dedos entre los míos, masajeando a conciencia la planta, y sube por mis gemelos hasta llegar a mis muslos. Pronto sus manos son sustituidas por algo mucho más... erótico, mucho más excitante. Por el rabillo del ojo la veo echar aceite sobre su pecho, y sustituye las manos por

ellos. Restriega sus tetas aceitosas por mi espalda, arriba y abajo, y su sexo acaricia mi culo cada vez que ella se mueve. Tengo que levantar las caderas para no hacerme daño en la polla, porque la erección que había menguado a causa de la relajación ha vuelto a crecer, pero en ese momento mi mujer me da la vuelta y hunde la lengua en mi boca.

—Cariño, me vuelves loco —susurro entre beso y beso.

—Aún no he terminado contigo.

La observo echar una buena cantidad de aceite sobre mi pecho, y vuelve a sus travesuras. Ahora, cada vez que se restriega contra mí su sexo acaricia mi polla, y tengo que apretar los dientes para no terminar jadeando. Sus labios están impregnados de aceite, y resbalan deliciosamente sobre el tronco de mi verga. Ahora ella también está excitada, tiene los labios entreabiertos intentando hacer entrar más aire en sus pulmones, y sus ojos hace rato que se han cerrado en busca de las sensaciones.

En uno de sus movimientos, mi glande impacta con la abertura de su sexo, y Nadia gime, sostiene mi polla en su mano y la adentra en su cuerpo por completo.

—¡Dios, sí! ¡Justo así! —susurra.

Comienza a moverse despacio, apoyando sus manos en mi pecho, sin apartar su mirada de la mía. Veo sus pechos botar delante de mi cara, e intento alcanzarlos, pero ella me lo impide con una sonrisa.

—No quiero correrme tan pronto —aclara.

La sostengo de las caderas para intentar que aumente el ritmo, pero ella sigue haciéndolo a su manera, peligrosamente lento, deliciosamente sexy. El tiempo se para de repente, no existe nada más que ella, yo y nuestra enorme cama, y disfruto escuchando sus dulces gemidos salir de su boca.

—¡Joder, Dylan! ¡Sí, sí!

—Necesito que te muevas más deprisa, cariño... no puedo más...

Ella accede a mis deseos, y sus movimientos se vuelven frenéticos mientras me ofrece sus pechos. Los muerdo, los succiono, me doy un festín con ellos mientras siento sus flujos correr por mis muslos abiertos. El placer aumenta por momentos, mi mujer gime a gritos cada vez que mi polla entra por completo en su cuerpo. Sus músculos se contraen a mi alrededor, consiguiendo que mi verga corcovee. La siento tensarse, correrse, y tras un par de embestidas más, la sigo yo también.

Permanecemos largo rato tumbados en la cama. Ella está apoyada en mi pecho, yo miro al techo sin pensar en nada. Es relajante estar así, sin

preocupaciones, pero el golpeteo de unos nudillos en la puerta me hace protestar.

—Yo abro —dice Nadia saltando de la cama para envolverse con su bata—. Debe ser la cena.

La observo correr de puntillas por el pasillo, y me cruzo de brazos a la espera de su regreso.

—¡Vaya! Así que Dylan no es tan santo como pretende hacer ver a todo el mundo y también le van los devaneos...

¿Alexia? Me levanto de un salto de la cama y me lío la toalla a la cintura para salir al salón, porque me veo venir una pelea de gatas de órdago.

—¿Disculpa? —contesta Nadia— No sé quién serás tú, pero mi marido no tiene devaneos con nadie más que conmigo.

Casi sonrío al escuchar el retintín que le ha puesto a “mi marido”, pero me coloco serio a su espalda, apoyando las manos en sus hombros.

—¿Se puede saber qué demonios significa eso? —protesta Alexia mirándome con fuego en los ojos.

—¿Y se puede saber qué demonios haces tú aquí? —contraataco yo.

—¡No me cambies de tema! ¿Qué es eso de “su marido”? Estará de broma, ¿verdad?

—En absoluto. Te presento a Nadia Fisher, mi mujer.

—¿Has perdido la cabeza? ¡Estás prometido conmigo!

—¡Ah! ¿Sí? Pues rompo el compromiso.

—¡No puedes hacerme esto, maldita sea!

—Claro que puedo. Lo he hecho, que no es lo mismo.

—Hablaré con mi padre para que no haga negocios con el tuyo, os hundiré.

—Creo que no estás al día de las noticias, ¿verdad, querida? Mi padre ha descubierto el plan del tuyo, así que no hay nada que puedas hacer. Ya he salvado a mi empresa, dicho sea de paso, así que espero que tengas buen viaje.

Intento cerrar la puerta en sus narices, pero ella mete su maleta en medio para impedírmelo.

—¿Es que no te das cuenta de que ella lo único que quiere es tu dinero?

—Cariño... Creo que me confundes contigo —contesta Nadia—. Soy la hija de Alí Al-Naibi, no necesito casarme por dinero, como tú.

—Será mejor que te vayas, Alexia. Tú y yo no tenemos nada que hablar ya —digo yo.

—Esto no quedará así, Dylan, te lo juro.

Alexia se da la vuelta y se marcha protestando en voz baja, y Nadia deja ir la puerta hasta cerrarse. Intento besarla, pero me esquivo y se sienta en el sofá.

—¿Qué ocurre? —protesto.

—Tu padre no sabe nada de nuestro matrimonio, ¿no es cierto?

—No creí que tuviese que darle explicaciones de lo que hago con mi vida a estas alturas.

—Sigue creyendo que vas a casarte con Alexia, Dylan. Debes contárselo.

—¿Para qué? ¿Para que se pase incordiándome el poco tiempo que nos queda en Dhahran? No, gracias, ya le informaré cuando volvamos a casa.

—Será peor si no se lo dices. ¿Es que quieres que te desherede?

—¿Y qué más da si lo hace? Tengo dos carreras, Nadia, puedo ejercer en cualquiera de ellas.

—Pero perderás la empresa, y...

—Nadia —digo cogiéndola firmemente de los hombros—. Me importa una mierda la empresa de mi familia. Si por mí fuera la habría abandonado hace mucho tiempo, créeme. Deja de preocuparte, ¿quieres?

—No voy a gustarle, ¿no es así?

—¿Y qué más da, Nadia? Me gustas a mí, que soy el que cuenta. ¿A qué viene todo esto?

—¡No lo sé! Es solo que... me he sentido amenazada.

—¿Tú, amenazada?

Casi se me desencaja la mandíbula de la sorpresa. ¿En serio una mujer como Nadia se ha sentido amenazada por Alexia?

—Ella cuenta con el apoyo de tu familia, Dylan. ¿Con qué cuento yo?

—Conmigo.

La levanto del sofá de un tirón y la pego a mi cuerpo.

—Nadie va a decidir con quién paso mi vida, y me da igual que mi padre no te soporte. Si no quiere verme contigo, ya sabe lo que tiene que hacer... dejarme en paz. Eres mi mujer, Nadia, lo eres porque a mí me ha dado la gana, no porque nadie me lo haya impuesto, que no se te olvide. Es Alexia quien debe verse amenazada por ti, no al revés.

Ella asiente y apoya la cabeza en mi pecho con un suspiro.

—¿Dónde ha quedado aquella mujer que me pateó los huevos en nuestra noche de bodas? —bromeo.

—Olvidó que tienes una vida aparte de ella y que tiene que hacerse a la idea.

—Cuando volvamos a Austin buscaremos una casa para nosotros, y una vez instalados, conseguiremos que trabajes en el hospital. Necesitas hacer algo, cariño, estar ociosa tanto tiempo va a terminar por volverte loca.

—¿En qué lo has notado? —bromea.

—Bien... esa es mi chica.

Capítulo 16

Por si no tuviese bastante con Alexia incordiando por ahí a cada instante, me despierto al sentir arder la piel de Nadia. Está sudorosa, con escalofríos, y su rostro muestra evidentes signos de una fiebre bastante alta.

—Dylan, ¿quieres irte a la oficina? Estaré bien —protesta Nadia cuando le coloco el termómetro bajo el brazo.

—Quédate calladita un rato, ¿quieres? Eres una enferma imposible.

—Y tú un pésimo enfermero. Solo tengo fiebre, un par de días en la cama y volveré a estar bien.

Me preocupo al descubrir que tiene treinta y nueve y medio de fiebre, así que pido a recepción que me llamen a un taxi y la ayudo a vestirse.

—Vamos, te llevaré al médico.

—No tengo ganas.

—No seas cría, ¿quieres, Nadia? Tienes mucha fiebre y necesitas que te vea un médico.

—Será un simple resfriado, nada más...

—O vamos al médico por las buenas, o te llevaré por las malas. Tú decides.

—¡Está bien, está bien! —contesta saliendo de la cama.

Tras ayudarla a ponerse un pantalón de chándal y una camiseta, me visto y la cargo en brazos para bajar hasta la calle.

—Dylan, sé andar —vuelve a protestar.

—Lo sé.

—¿Y por qué no me sueltas?

—Porque estás enferma y no quiero que te desmayes.

—¡Por Dios santo, Dylan, no soy de plastilina! Vamos, bájame al suelo.

Aunque reticente, la dejo en el suelo, pero la sostengo firmemente de la cintura. El taxi llega al hotel cinco minutos después.

—Al Johns Hopkins, por favor —dice Nadia.

Me quedo mirándola con una ceja arqueada, porque hay un hospital mucho más cerca del hotel, pero ella sonrío echando la cabeza en el respaldo

del asiento.

—Pertenece a mi padre, Dylan —me aclara.

—¡Joder! ¿Hay algo en esta ciudad que no le pertenezca?

—Tal vez, pero en este momento no me acuerdo de nada —bromea.

—Y pensar que Alexia te acusó ayer de ir tras mi fortuna...

—Es al revés, ambos lo sabemos.

Me quedo mirándola fijamente, intentando dilucidar si lo ha dicho en broma o completamente en serio. Ante mi silencio, Nadia abre un ojo para mirarme, y al ver mi cara de preocupación se incorpora de inmediato.

—Dylan, es una broma. Lo sabes, ¿no?

—Claro, no te preocupes —miento.

—¿Y por qué me mirabas así?

—¿Cómo?

—Preocupado.

—Estás enferma, ¿recuerdas?

—¿Seguro que era por eso?

—Por favor, dese prisa. La fiebre está causando estragos en mi mujer — ordeno al taxista.

Nadia me golpea suavemente en el hombro, pero se apoya en mi pecho con un suspiro.

—Tranquila, estamos llegando —susurro.

—Me duele todo el cuerpo.

Como Nadia había vaticinado, se trata de una simple gripe. Una cepa más fuerte, eso es todo, pero aún así debe guardar cama unos días y ponerse un par de inyecciones. Decido llevarla a casa de Amín, porque mientras esté en la oficina Sora se ocupará de cuidarla, aunque mi mujer solo quiere volver a nuestra suite y dormir hasta que el cuerpo se lo pida. Cuando entramos al salón de Amín, le encontramos tomando un té y leyendo el periódico, que dobla para mirarme interrogante.

—¿Una visita a estas horas de la mañana? ¿Ha ocurrido algo? — pregunta Amín.

Sigue a mi mujer con la mirada hasta el sofá, donde se deja caer con un suspiro y se hace un ovillo, y me mira con una ceja arqueada.

—Gripe —aclaró—. Debe guardar cama un par de días, y como tengo cosas que hacer en la oficina he pensado que Sora podría vigilarla.

—No necesito que me vigilen —protesta Nadia desde el sofá con voz lastimera—, solo necesito meterme en la cama.

—Iré a buscar a mi mujer —dice Amín—. Llévala a su cuarto, no creo que sea capaz de caminar por sí misma.

Asiento y recojo lo que queda de mi mujer del sofá para llevarla a la habitación donde la vi por primera vez. Todo sigue intacto, nada ha cambiado, excepto que ahora los armarios están vacíos y que Nadia no duerme allí.

—Vamos, preciosa, a la cama.

En cuanto su cabeza toca la almohada, Nadia suspira y se acurruca como un bebé. La cubro con las mantas y me siento a su lado para besarla en la frente.

—Volveré en cuanto pueda, ¿de acuerdo? —susurro.

—Quiero irme al hotel, Dylan.

—Vamos, no seas cría. Sora cuidará muy bien de ti, y yo estaré mucho más tranquilo.

—Pero no quiero que me pongan esa horrible inyección —lloriquea—. Me dan miedo las agujas.

—¿En serio? —La miro escéptico—. ¿Una mujer como tú?

—No soy invencible, ¿sabes?

—Un simple pinchacito no te matará.

—Dylan, hablo en serio. No quiero que me pinchen.

—¿Y si estoy contigo? ¿Dejarás que te pongan el medicamento?

—¿No puedo tomarlo de otra forma?

—No, no puedes. Volveré a la hora de comer y te pondrás esa inyección.

—La beso fugazmente en los labios—. Pórtate bien.

Suspiro cuando salgo de la habitación y veo a Amín mirando el bote de inyectable como si viese a un monstruo de tres cabezas.

—Esto no va a salir nada bien, Dylan —dice—. La última vez que la pincharon destrozó media consulta del doctor.

—¿Cuántos años tenía, Amín?

—Doce, creo.

—Ahora es una mujer, ¿no crees que será capaz de comportarse?

—No, ni por asomo.

Suspiro ante el comportamiento de ambos hermanos. ¿Qué ocurre en esta familia con las agujas?

—Estaré aquí para entonces, ¿de acuerdo? Si hace falta la sostendré.

—¿Crees que podrías hacerlo tú solo, Dylan? —contesta Sora desde la puerta— Me divertiré mucho viéndote intentarlo.

Me voy a la oficina sin dejar de pensar en las palabras de Sora. No puede

ser tan terrible, ¿o sí? La verdad es que mi mujer tiene mucho carácter, pero... ¿tanto como para ser incontrolable?

Mi mente deja de pensar en la inyección en cuanto me siento frente al teléfono para hacer unas cuantas llamadas. Ya tengo casi todo cerrado. Mis empleados están en buenos puestos de trabajo, ahora solo falta vender el edificio de oficinas para no perder una buena cantidad de dinero. Quiero hacerle un buen regalo a Nadia, y si cierro la venta como tengo pensado nos iremos de viaje a donde ella quiera. A fin de cuentas no hemos tenido luna de miel, así que...

—Señor Fisher, tiene una visita —dice Hanna desde la puerta.

—¿Una visita? No tengo ninguna reunión prevista para hoy...

—Es una mujer, señor, pero no ha querido darme su nombre. ¿La hago pasar?

Asiento y vuelvo a concentrarme en los papeles que tengo delante.

—Qué raro verte enfrascado en el trabajo.

Elevo los ojos al cielo al ver a Alexia entrar en el despacho.

—¿Qué quieres? —pregunto bruscamente— Estoy ocupado.

—Tenemos que buscar una solución a lo nuestro.

—¿Lo nuestro? Alexia, no hay un nosotros, por lo tanto no hay nada nuestro.

—He estado pensando mucho en lo que ha ocurrido, y ahora sé por qué te has casado con esa mujer.

—Ah, ¿sí?

—Lo entiendo, de veras, tenías que salvar nuestra empresa y la única manera de hacerlo era casarte con la hija de ese multimillonario.

—¿Eso crees?

—Cuando volvamos se solucionará todo y podremos casarnos.

—Escúchame atentamente, Alexia, porque solo te lo voy a decir una vez. Me casé con Nadia porque me dio la gana, ¿de acuerdo? La empresa no ha tenido nada que ver con ello.

—No mientas, sé que su padre te la ofreció a cambio de los yacimientos. La gente habla, ¿sabes?

—Pues deberías poner menos atención a los chismes, porque su hermano ya me había comprado los yacimientos cuando nos casamos.

—Muy bien, Dylan, ya has jugado a ser el esposo adecuado con esa mujer. Cuando volvamos y pidas el divorcio...

—¡Maldita sea, Alexia! ¡No pienso pedir el divorcio, ¿te enteras?!

¡Quiero a esa mujer y pienso pasar el resto de mi vida con ella!

Me quedo paralizado cuando esas palabras salen de mi boca. Es cierto, aunque no me he dado cuenta hasta ahora. Quiero a Nadia, quizás no esté aún enamorado de ella, pero la quiero, y no pretendo separarme de ella jamás. Alexia me mira con la boca abierta, y una mueca de desdén se dibuja en sus labios antes de ponerse de pie.

—Será interesante ver lo que opina tu padre cuando se entere de que me has herido. Me has engañado con otra mujer, y por si eso fuera poco, te has casado con ella. Apuesto a que no estará nada contento contigo, Dylan.

—¿Intentas chantajearme con eso? Por mí como si lo gritas a los cuatro vientos, Alexia. Me importa una mierda que se lo cuentes a mi padre, y también que él se lo tome a la tremenda. Por si no os habéis enterado ninguno de los dos, ahora soy yo quien lleva las riendas de mi vida, y nada ni nadie va a cambiar eso de nuevo.

Me acerco a la puerta y la abro de par en par.

—Márchate, hazme el favor, y no vuelvas nunca. ¿De acuerdo?

Alexia se da la vuelta furiosa y se aleja por el pasillo arrasando con todo el que se encuentra en su camino, incluido Amín, que se vuelve para mirarla y me mira con un silbido.

—¿Quién era esa? Va que echa humo.

—La mujer con la que mi padre pretendía casarme.

—¿En serio? Ahora entiendo su enfado. No le habrá gustado nada venir hasta aquí para encontrarte casado con mi hermana.

—Le dije a mi padre infinidad de veces que anulara ese estúpido compromiso, no es culpa mía que no lo haya hecho.

—Pues te deseo suerte, cuando se entere de la boda pondrá el grito en el cielo.

—¿Y crees que me importa? ¿Qué te trae por aquí?

—Estaba por aquí cerca y decidí recogerte para ir juntos a comer.

Miro el reloj y me doy cuenta de que se me ha pasado la mañana volando.

—Pues vámonos, si llego tarde tu hermana no me lo perdonará.

Cuando llegamos a casa de Amín, escuchamos los gritos de mi mujer hasta en la calle.

—Ya ha llegado el enfermero —sentencia mi cuñado.

—¿En qué lo has notado? —ironizo.

Subimos los escalones de dos en dos y corremos hasta la habitación de

Nadia, para encontrarla encogida en una esquina escudada tras el enorme almohadón de la cama. El enfermero tiene la inyección en la mano, pero no se atreve a acercarse a ella, y Sora la reprende en árabe con las manos en jarras.

—¿Qué está pasando aquí? —protesto desde la puerta.

—¡Por fin apareces! —protesta Nadia— Dijiste que estarías aquí cuando me pinchasen.

—Vamos, deja de comportarte como una niña y ven aquí.

Nadia obedece, y se mete en la cama obediente, cosa rara en ella. Me siento a su lado y la sostengo de la cintura, para evitar que se mueva mientras el pobre hombre hace su trabajo. Dejo al descubierto una porción de su trasero para que le ponga la inyección, y Nadia esconde la cabeza en mi axila y empieza a aullar antes de que la aguja roce siquiera su piel.

—¡No seas quejica! ¡Si aún no te ha pinchado!

—Me preparo para el dolor —lloriquea.

—Y yo que creía que tenías carácter... Vamos, compórtate como toda una mujer y deja que te pongan la medicina.

Nadia resopla, pero vuelve a esconder la cabeza bajo mi brazo, aunque permanece mortalmente quieta. Cuando la aguja traspasa su piel comienza a gemir, pero no mueve ni un músculo hasta que el enfermero sube su pantalón.

—¿Ves? Ya está —susurro—. No ha sido para tanto, ¿verdad?

—Duele —protesta mientras se frota el culo con la mano.

—Sobrevivirás.

—Si no lo veo no lo creo —dice su hermano asombrado desde la puerta.

—Te dije que se comportaría, ¿no es cierto?

—¿Habéis estado hablando de mí? —protesta mi mujer.

—Vamos, deja que ponga unos cojines tras tu cabeza para que te sientes a comer —dice Sora.

—No voy a comer en el cuarto. Quiero comer en el salón.

—Nadia... —la advierto.

—Por favor, Dylan, estoy cansada de estar aquí sola. No me moveré del sillón, te lo prometo. Además. Ahora no tengo fiebre. Por favor...

Miro a mi mujer con una sonrisa. Desconocía esta faceta tan infantil, pero he de reconocer que también me gusta. Con un suspiro, la cojo en brazos y la dejo en el sofá, y Sora extiende una manta sobre sus piernas.

—¿Sabes, Amín? Debería devolvértela. Cuando me casé con ella no me dijiste que podía ser tan caprichosa estando enferma —bromeo.

—¿Estás loco? Si lo hubiese hecho, no me habría librado de ella.

Capítulo 17

Nadia ha pasado mala noche... y yo también. No he podido pegar ojo preocupado por su fiebre, pero parece que lleva unas horas bastante tranquila, y por fin la temperatura ha remitido. Llamo a Hanna para informarla de que hoy no voy a ir a la oficina, estoy cansado y prefiero quedarme con ella en casa. En casa... Curiosa palabra para referirme a una habitación de hotel. Llevamos tanto tiempo aquí que ya no sé ni cómo es mi apartamento. Llevo tanto desconectado de mi vida que ni siquiera sé si mis amigos me seguirán recordando.

Nadia gime a mi lado y se levanta de un salto para ir corriendo al cuarto de baño. La escucho vomitar, y vuelve a la cama blanca como el papel.

—¿Qué te pasa, nena? ¿Qué tienes?

—No lo sé, me he despertado con náuseas. Lo único que me faltaba es tener gastroenteritis —protesta.

—Ven aquí, pediré algo suave para que desayunes.

—Ni me hables de comida, Dylan, o volveré a vomitar.

—Pero tienes que tomarte el medicamento para la fiebre, cariño.

—No puedo comer nada, Dylan, de verdad.

Suspiro y la envuelvo entre mis brazos.

—Duerme un poco entonces, no hemos pegado ojo en toda la noche.

—¿No vas hoy a la oficina?

—No, estoy demasiado cansado. Además, prefiero quedarme cuidando de ti.

Me despierto cerca de las tres de la tarde con un hambre voraz. Pido que suban algo sustancioso para mí, y un poco de caldo y pollo a la plancha para Nadia. Ella aún sigue dormida, así que me doy una ducha y me siento en el sofá a ver las noticias mientras llega la comida. Me levanto al oír unos golpes en la puerta, pero en vez del almuerzo es otra vez esa endemoniada mujer.

—¿No te cansas de molestar, Alexia? —protesto— ¿Qué mosca te ha picado ahora?

—¿No me invitas a pasar? —pregunta mirando por encima de mi

hombro— Veo que estás solo.

—Pues no, no lo estoy. Mi mujer está en el dormitorio. Y si te invito a algo será a una copa de arsénico.

—Por favor, Dylan, seamos civilizados. Vengo en son de paz.

Con un suspiro, abro la puerta y dejo que pase. Alexia se sienta muy recta en el sofá, y me mira interrogante.

—¿No me invitas a una copa?

—No. Di lo que tengas que decir y lárgate.

—Por Dios, qué poco cortés. ¿Tu mujer no se une a nosotros?

—Está enferma, así que apresúrate en hablar, que tengo que volver con ella.

—Cuando yo estaba enferma no me cuidabas así.

—Tal vez es que tú no te lo merecías.

—Muy bien, siéntate que podamos hablar.

Me siento en el otro sillón de la estancia, procurando estar lo más alejado de ella, pero Alexia se levanta y se sienta a mi lado.

—Quería disculparme por mi comportamiento.

No puedo evitar echarme a reír. ¿Alexia, pidiendo disculpas? ¡Ni de coña! Esta víbora tiene algún plan siniestro burbujeando en su cabeza.

—¿Por qué te ríes así? Estoy siendo totalmente sincera.

—Déjate de trucos, Alex. Te conozco demasiado bien como para caer en tus engaños.

—Me lo merezco, no he sido demasiado justa contigo, pero te lo digo de corazón.

—Muy bien, disculpas aceptadas. Y ahora si me permites...

Intento levantarme, pero Alexia se lanza sobre mí con intención de besarme. Por fortuna, soy más rápido que ella y vuelvo la cara justo a tiempo, y veo a Nadia en el umbral de la puerta, echando fuego por los ojos.

—¡Quítale las manos de encima a mi marido, zorra asquerosa!

Ahora tengo a Alexia en el regazo, ahora ya no. Me incorporo para ver cómo mi dulce esposa saca a Alexia de la suite arrastrándola del pelo. Como toda una Neanderthal.

—Que no vuelva a verte acercarte a mí o a mi marido —escupe con los dientes apretados— o juro por Dios que te mataré.

—¡Maldita chiflada! ¡Mira lo que has hecho con mi pelo!

—La próxima vez no seré tan cuidadosa.

Dicho esto, cierra la puerta de un portazo, y se vuelve hacia mí sin

cambiar su expresión.

—¡Eh! —exclamo poniendo los brazos en alto— ¡Que yo no he hecho nada!

Nadia se ríe avergonzada y se deja caer junto a mí en el sofá.

—Ya estaba empezando a hartarme de ella —reconoce.

—Ven aquí, mi pequeña cavernícola —ríe abrazándola—. Solo te ha faltado decir “Yo Jane, él mi Tarzán”.

—¿Te divierte? —protesta intentando alejarse.

—Y me pone cachondo.

Hundo mi boca en el hueco de su cuello, y le doy besos pequeños desde la oreja hasta el hombro.

—¿Te encuentras mejor? —pregunto.

—Me he despertado mucho menos dolorida, y parece que mi estómago se ha terminado asentando.

—¿Lo suficiente para tomar un poco de caldo? He pedido la comida, debe estar al llegar.

—Tal vez pueda comer algo, tengo un poco de hambre.

—Si en un par de días no te encuentras mejor, volveremos al médico.

—Sí, papá.

—Pues me gustaría serlo algún día, ¿sabes?

—¿De verdad? —pregunta sorprendida.

—¿Acaso a ti no te gustaría tener hijos?

—¡Claro que sí! Me encantan los niños, pero no creí que a ti te gustasen.

—¿Bromeas? Deberías preguntar a mis sobrinos quién es el tío más guay del mundo...

—¿Cuántos sobrinos tienes?

—Tres, dos niñas y un niño. Mi hermano se casó a los veinte años con su novia de instituto y se pusieron muy pronto a formar su familia. Jane, la mayor, tiene ahora dieciséis años, Claire tiene trece y el pequeño Jay tiene cinco.

—A mi hermano Amín le encantan los niños, pero Sora no puede tener hijos.

—¿En serio? No tenía ni idea.

—Acudió a urgencias para que le practicasen una simple apendicectomía y terminó yéndose a casa sin matriz. El hospital tuvo que indemnizarla, pero nunca volvió a ser la misma.

—Pueden adoptar, ellos no tendrán problemas para hacerlo.

—Ya lo han hecho. Aún están en trámites de adopción, pero si todo marcha bien en un par de meses tendrán a la pequeña Lía en casa.

En ese momento llega la comida, y Nadia se divierte viéndome comer mientras bebe a sorbos el caldo que le han traído.

—Estoy cansada, Dylan —susurra un rato después—. ¿Vienes conmigo a la cama?

—Ve tú, dentro de un rato iré a verte —digo sin apartar la vista de la película que estoy viendo.

Nadia se saca el camisón por la cabeza y se sitúa delante del televisor completamente desnuda.

—Repito... ¿Vienes conmigo a la cama?

—¿Estás segura? Aún estás enferma.

Aunque intento aparentar calma, estoy a mil por hora. Me muero por hacer el amor con ella, pero aún debe estar débil, y...

—Fóllame, Dylan. ¿Te lo digo más claro?

No tiene que repetírmelo dos veces, la cojo de la mano y tiro de ella hasta la cama, donde la dejo tumbarse despacio.

—¿Sabes lo sexy que eres? —susurro apartando el pelo de su cara— Me vuelves loco, Nadia.

Uno mis labios a los suyos y jugueteo lentamente con su lengua. No quiero apresurarme, mi mujer no está para esos trotes y yo puedo tomármelo con calma por una vez. Siento sus manos subir por mis brazos hasta enlazarse en mi cuello, y sus uñas me hacen cosquillas en la nuca. Su cuerpo cálido se contonea bajo el mío, y sus piernas acarician mis gemelos subiendo y bajando por ellos.

Continúo un reguero de besos por su cuello hasta llegar a sus pechos, y me meto uno en la boca para succionar su pezón. Los gemidos apenas audibles de mi mujer llenan el aire de la habitación, y sus manos se pasean por mi espalda, acariciándome. Su piel sabe a canela, y mi boca pasa a lamer el otro pequeño botón enhiesto.

—Sí, Dylan... ¡Me encanta! —susurra Nadia.

Bajo mis besos por su estómago, hasta llegar a su sexo caliente, y ella abre instintivamente las piernas para dejarme sitio entre ellas. Mis hombros se encajan entre sus muslos, y abro los pliegues de su sexo con los dedos para darle un lametazo y humedecerlos.

—Mmm... Qué rico —ronroneo.

Acaricio con mis dedos sus pliegues, su clítoris, la entrada de su sexo, y

los sustituyo con mi lengua caliente, con mis labios, con mis dientes. Lamo, muerdo, succiono sus labios, su clítoris, sus muslos, y Nadia se retuerce aletargada sobre la cama. Mi polla corcovea entre mis muslos, y me yergo sobre ella para entrar por completo en su cuerpo. Cierro los ojos ante el placer que siempre me produce esta primera vez, el primer roce de su carne con la mía, y comienzo a moverme en embestidas lentas, mientras siento su lengua pasearse por mi pecho.

Me sostengo en los antebrazos para no caer con todo mi peso sobre ella, y la observo jadear a cada embestida, hundiendo las uñas en la carne de mis brazos, hincando los talones en mi culo para quedar más abierta para mí. El sudor corre por su frente humedeciendo su pelo, y lo aparto para unir mis labios a su piel. Aumento la intensidad de mis acometidas, y Nadia se tensa cada vez más bajo mi cuerpo. Siento sus músculos internos engullirme, siento reverberar su orgasmo sobre mi carne, y con un gemido sordo me corro dejándome caer a su lado en la cama.

Me despierto horas más tarde un poco desorientado, no estoy acostumbrado dormir tanto, y busco a mi mujer por la habitación. Me levanto de la cama y la busco en el baño, en el salón, pero no está por ningún sitio, y veo su móvil sobre la mesa de café.

—¿Nadia? —la llamo sin obtener respuesta —¡Nadia!

Vuelvo al dormitorio para vestirme rápidamente y salir a buscarla, pero el sonido de la puerta me detiene en seco. La veo entrar de puntillas con unas bolsas en la mano, y me apoyo en el quicio de la puerta con los brazos cruzados.

—¿Dónde estabas? Iba a salir a buscarte.

Nadia da un salto y casi deja caer las bolsas que trae en las manos.

—¡Joder, Dylan! ¡Casi me matas del susto!

—Y tú casi me matas a mí desapareciendo de esa manera.

—He ido a comprar unas cosas. Estoy cansada de la comida del hotel.

—Si me lo hubieras dicho, habría ido yo, nena. Estás enferma.

—No he ido muy lejos, Dylan. Y ya me encuentro mucho mejor.

Metó la nariz entre las bolsas para encontrarme ¡con dos hamburguesas de McDonald's! no puedo evitar reírme ante el descubrimiento.

—¡No te rías! Echaba de menos las hamburguesas.

—Jamás habría imaginado que mi mujer es fan de la comida basura.

—No viene mal comerla de vez en cuando. ¿Cenamos?

Tengo que reconocer que yo también he echado en falta la comida

basura. Aquí la comida es muy buena, pero no viene mal liarse la manta a la cabeza y comer de vez en cuando una hamburguesa con queso y patatas fritas. Nadia no deja de gemir a cada bocado, y me gusta verla así, feliz y contenta.

Más tarde, nos tumbamos en el sofá a ver una película con un bol de palomitas de mantequilla.

—Al final te vas a poner peor —protesto cuando la veo aparecer con las palomitas.

—Se me han antojado —protesta ella.

—A ver si vas a estar embarazada...

—¿Tú crees? —pregunta esperanzada.

—Es posible. Nauseas matinales, antojos... ¿Quieres que vayamos a la clínica mañana a comprobarlo?

—Pero aún no debe bajarme la regla, Dylan. Si lo estoy, será muy pronto para saberlo.

—Muy bien, entonces esperaremos.

Una hora después, llaman a la puerta. Nadia se levanta a abrir, pero no consigo escuchar nada. Los minutos pasan, y empiezo a preocuparme de que no vuelva al salón.

—¿Nadia? ¿Quién...

Me quedo mudo al ver a mi mujer tirada en el suelo, con un golpe muy feo en la sien, y un charco de sangre a su alrededor.

—¡Nadia!

Me arrodillo a su lado intentando despertarla, pero no reacciona.

—¡Rápido! ¡Llaman a una ambulancia! —grito desesperado en el pasillo.

Jamás en mi vida he sentido tanto miedo como ahora. Los paramédicos han estabilizado a mi mujer, y vamos de camino al hospital. No he sido capaz de pensar en nada, solo en subirme con ella en la ambulancia y encargarme de que se ponga bien.

¿Quién demonios ha podido hacer algo así? ¿La *Hezbollah*? ¡Nos hemos relajado demasiado pronto, joder! Si han sido ellos, juro que les mataré. La espera se me está haciendo interminable, no puedo permanecer quieto, solo pienso en entrar por la fuerza en esa sala de urgencias para ver qué demonios están haciendo con mi chica.

Siento una mano en la espalda, y me vuelvo para encontrarme con sorpresa con Amín y Sora.

—¿Cómo...

—Nos avisaron del hospital en cuanto la vieron. ¿Qué ha pasado?

—Llamaron a la puerta. Ella fue a abrir, y... ¡Maldita sea! ¡Debería haber ido yo! ¡Me confié, Amín! ¡Me confié y ahora ella no se despierta!

—Vamos, cálmate —susurra mi cuñado sujetándome—. Se pondrá bien, ya lo verás.

—¿Y si no lo hace?

—¿En serio crees que mi hermana se va a conformar con morir? Es una luchadora, volverá.

Una hora después, y tras dos tranquilizantes que Amín me ha obligado a tomar, permanezco sentado en un sillón tomándome un té. Por fin aparece el maldito médico que la metió en esa sala, y sonrío al acercarse a mí.

—Su mujer está estable, señor Fisher. Acaba de recuperar la consciencia, pero aún es muy pronto para saber los daños que le ha causado tremendo golpe. En principio no tiene fracturas craneales, pero no podemos descartar un coágulo, así que debe quedarse en observación.

—¿Puedo entrar a verla?

—Por supuesto, pero solo un momento. Necesita descansar.

Cuando entro a la habitación, Nadia abre los ojos y me mira un segundo antes de volver a cerrarlos.

—Ey, veo que le has cogido el gusto a preocuparme, ¿verdad, preciosa?

—Es... interesante verte asustado.

—Pues sí, he estado muy acojonado esperando que despertaras. No vuelvas a hacerme algo así, ¿de acuerdo?

—Créeme, no se me volverá a ocurrir.

—¿Recuerdas qué ha pasado?

—Ha sido Alexia. Me golpeó con la culata de una pistola en la cabeza.

—¿Estás segura? —pregunto aturdido.

—Sí, lo estoy. Alexia venía a matarnos a alguno de los dos, pero creo que se arrepintió. Ten cuidado, Dylan... podría intentar hacerte daño a ti también.

—No te preocupes por nada, cariño. Ahora descansa, volveré en un momento.

—¿A dónde vas?

—Voy a hablar con tu hermano. Está esperando fuera, pero no le dejan verte.

—No vayas a cometer ninguna estupidez, Dylan. Prométemelo.

—Te lo prometo. Y ahora descansa.

Salgo de la habitación con la sangre hirviendo en las venas. ¿Cómo se ha atrevido esa víbora a tocar a mi mujer? Ni siquiera veo a Amín, que se acerca y me sujeta del brazo al ver mi expresión.

—¿Qué ha pasado?

—Suéltame, tengo que irme.

—¿A dónde demonios vas?

—A matar a esa condenada mujer.

Capítulo 18

Amín me arrastra hasta la sala de espera después de forcejear conmigo unos minutos, y me consigue sentar en una silla.

—Muy bien —dice jadeando por el esfuerzo—, y ahora vas a decirme qué demonios ha pasado.

—Mi exnovia ha intentado matar a tu hermana —suelto a bocajarro.

—¿Quien? ¿La mujer que vi el otro día en tu despacho?

—La misma. Ha venido con una pistola al hotel, y cuando Nadia ha abierto la puerta la ha golpeado con ella.

—¿Y qué hacía aquí esa mujer?

—Mi padre creyó que me haría feliz mandarla a hacerme una visita.

—¿Tu padre? ¿Es que ese hombre ha perdido el juicio?

—No sabe que me he casado con tu hermana —confieso.

—Joder, Dylan, ¿aún no has aprendido que las mentiras tienen las patas demasiado cortas?

—Quería que conociese a tu hermana antes de decírselo. Estaba empecinado en mi boda con Alexia y sé que si se entera antes que eso pondrá el grito en el cielo.

—Si se lo hubieses dicho, tu ex no estaría aquí y esto no habría pasado, ¿no crees?

—Ya me siento bastante culpable por mí mismo, Amín, no hundas el dedo más en la yaga.

—Solo constato un hecho bastante evidente, Dylan.

—Pues muchas gracias. ¿Puedo irme ya? Tengo que encontrar a Alexia.

—No vas a ir a ninguna parte, amigo. No pienso dejar que vayas a la cárcel.

—¡Casi mata a mi mujer!

—Lo sé, pero ella te necesita ahora mismo a su lado, y las autoridades pueden ocuparse de Alexia.

—Amín...

—No me lo pongas más difícil, amigo mío. Ya es bastante complicado

ocuparme de extraditar a tu exnovia pensando que mi hermana está en el hospital.

—Tienes razón, lo siento. Me quedaré aquí, pero quiero ver cómo esa maldita mujer sale de esta ciudad cagando leches.

—¿Cagando leches? —ríe mi cuñado— Vaya expresión más soez para el director general de una de las petroleras más importantes del mundo.

—Ahora no soy esa persona, solo soy un hombre preocupado por su mujer.

Cuando Amín sale del hospital, vuelvo a la habitación de Nadia. Continúa dormida, y parece tranquila, pero ver esa venda alrededor de su cabeza aún me da escalofríos. Le han tenido que dar siete puntos, y aunque los médicos dicen que no ha habido daños graves, la verdad es que sigo acojonado. ¿Qué haría si llegase a perderla?

Con un suspiro, me dejo caer en la silla que hay junto a su cama y cierro los ojos. Aunque hace cinco meses que nos conocemos, ya siento algo muy especial por ella, y odio que algo de mi pasado le cause dolor. Pienso en mi padre. ¿Qué dirá cuando descubra que me he casado con ella? Es una mujer preciosa, inteligente, divertida... pero eso él aún no lo sabe, y está tan ciego con Alexia que pondrá el grito en el cielo en cuanto ella le cuente lo que ha ocurrido a su manera.

—Te van a salir arrugas de tanto fruncir el ceño —susurra Nadia desde la cama.

—Hola, cariño, ¿cómo te encuentras?

—Dolorida. Quiero irme contigo al hotel, Dylan. No quiero estar aquí.

—Debes quedarte un par de días más, cielo. No podemos arriesgarnos a que tengas daños más graves, ¿verdad?

—Supongo que no. —Suspira—. ¿Qué ha pasado con Alexia?

—Tu hermano ha ido a hablar con las autoridades para extraditarla. En Austin será sometida a juicio, aunque no creo que vaya a la cárcel. No tiene antecedentes, y su padre tiene muy buenos contactos en las altas esferas.

—La próxima vez que me la encuentre, le daré una paliza —protesta mi mujer.

—No volverás a encontrártela, Nadia.

—En unas semanas volveremos a Estados Unidos, ¿no es así?

—Si los médicos creen oportuno que viajes, sí.

—Estaremos en la misma ciudad, y nos moveremos en las mismas esferas.

—No te preocupes por Alexia. Y ahora duerme un poco, lo necesitas.

—Dylan, no tengo sueño.

—Lo sé —digo haciéndole una señal a la enfermera—. Por eso esta mujer tan encantadora te dará algo para que consigas descansar.

Tres horas después, por fin pasan a mi mujer a planta, y Sora me obliga a irme a descansar. Obedezco porque a la mañana siguiente tengo por fin la venta del edificio donde se encontraba la empresa, y necesito estar bien despierto para ello. El magnate árabe con quien me reúno quiere construir un hotel de lujo, y ha comprado un par de parcelas de terreno adyacentes para construir en ellas una piscina y algunas instalaciones deportivas, entre ellas un campo de golf. Si todo sale bien, me embolsaré una buena suma de dinero, porque mi padre ha sido generoso y me recompensa por mi trabajo con el dinero que saque de la venta.

Cuando llego al hotel, me doy una larga ducha caliente, porque necesito relajar mis músculos, y pido una cena abundante, ya que no he comido nada en todo el día. Llamo a Hanna, la única empleada que queda en *Chevron* porque la llevaré conmigo a mi despacho de Austin, para ver si tengo algún mensaje, pero el teléfono no ha sonado en todo el día.

Apenas puedo comer, se me cierran los ojos a cada momento, así que me tumbo en la cama con la televisión encendida a la espera de caer dormido, pero el teléfono me hace gruñir.

—Papá, estaba a punto de irme a la cama —protesto.

—¿Se puede saber dónde demonios tienes la cabeza? ¿Cómo has podido casarte con una mujer árabe?

—Vaya... veo que a la víbora le ha faltado tiempo para meterte en el culo que me he casado.

—¡No me cambies de tema! ¡Alexia está muy disgustada porque la has engañado!

—Alexia ha intentado matar a mi mujer. ¿A que eso no te lo ha contado?

—¿De dónde has sacado esa estupidez?

—¡No es ninguna estupidez, joder! ¡Apareció anoche en mi casa y golpeó a Nadia con una pistola en la cabeza! ¡Está viva de milagro!

—¿Eso te ha dicho tu mujercita? ¡Seguro que lo ha inventado, imbécil! Ha visto el peligro de perderte y por eso ha dicho semejante sandez.

—Mira, papá... ¡Vete a la mierda! ¡Mi mujer está en el hospital y tú no dejas de defender a la persona que la ha enviado allí!

—¿En el hospital?

—Tu protegida la dejó tirada en el suelo sobre un charco de sangre. Al-Naibi va a extraditarla a la espera de un juicio en Austin, y sinceramente espero que pase muchos años entre rejas.

—Alexia viene de camino para Austin. Cogió el primer vuelo de la mañana.

—Es muy lista, pero no sabe que Nadia también es estadounidense, y te aseguro que no descansaré hasta que la encierren.

—Entiendo su comportamiento, Dylan...

—¿Cómo dices?

—Estaba perdiendo al hombre que quiere y perdió los papeles. Cuando vuelvas y te divorcies...

—Escúchame bien, papá, porque solo te lo diré una vez. Me he casado con Nadia porque la quiero, y ni tú ni nadie va a decirme lo que tengo que hacer en mi matrimonio. Si quieres entenderlo estupendo, si no, no te molestes en volver a llamarme.

Dicho esto, lanzo el teléfono contra la pared. ¿Es que mi padre ha perdido la cabeza? ¿Cómo puede defender a una asesina? Tengo que reconocer que Alexia es muy inteligente para lo que le conviene, no ha tardado ni dos minutos en montarse en un avión rumbo a nuestro país.

Marco en el teléfono del hotel el número de Amín, porque el mío ha quedado destrozado sobre la moqueta.

—Deberías estar descansando —protesta mi cuñado—. Mi mujer te mandó al hotel para ello.

—He tenido una llamada muy interesante de mi padre. Alexia ya se ha marchado del país.

—Lo sé, pero tengo buenos amigos en el consulado, y ya he interpuesto una demanda contra ella por intento de asesinato. En cuanto pise suelo norteamericano será detenida.

—¿Hay algún sitio en el que no tengas amigos?

—Pues creo que no —contesta riendo—. Ser quien soy tiene muchos inconvenientes, y hay que tener amigos hasta en el Infierno.

—Pues me alegro de ser uno de esos amigos.

—¿Bromeas? Tú no eres mi amigo, Dylan. Eres mi familia.

Noto un nudo en la garganta que me impide contestar. Debe ser el cansancio, que me está pasando factura, así que cuelgo el teléfono y me tumbo de nuevo en la cama, donde me quedo totalmente dormido.

El día siguiente es una auténtica locura. Mi comprador llega tarde y por

tanto me retrasa a mí, que tengo varias citas con empresarios del sector para dar referencias de mis empleados, y hasta media tarde no puedo ir al hospital. Cuando llego, Nadia está sentada en la cama comiendo una gelatina de fresa, y me mira con fuego en los ojos nada más entrar.

—¡Eh, que estaba trabajando! —contesto antes de que ella abra la boca.

—Creí que habías roto tu promesa.

Con un suspiro, me siento junto a ella en la cama y dejo la gelatina en la mesa para cogerle las manos.

—Reconozco que se me pasó por la cabeza. Pero en vez de ir detrás de Alexia me fui al hotel a descansar. Tu hermano puede corroborarlo, le llamé desde el teléfono de la habitación.

—¿Qué tal ha ido la venta del edificio?

—Creo que tendremos que quedarnos en Dhahran más tiempo del que habíamos pensado —bromeo.

—¿Cuánto más?

Puedo ver a decepción en la cara de mi chica, y no puedo evitar reírme.

—Solo bromeaba, tranquila. La venta está hecha, y en cuanto los médicos den el visto bueno nos iremos.

Nadia se lanza a mis brazos, pero gime ante el dolor que siente por la brusquedad con la que lo ha hecho.

—Si es que eres muy bruta, nena —susurro abrazándola—. Deberías tener más cuidado.

—Lo sé, pero me ha dado tanta alegría que nos vayamos por fin a casa...

A casa... oírlo de sus labios suena mejor de lo que creía. Aún no tenemos un hogar, pero en cuanto estemos en Austin nos dedicaremos a buscar la casa perfecta para formar nuestra familia. Ya no puedo negarlo por más tiempo, he terminado enamorándome de Nadia.

Sora nos mira con una sonrisa y abandona la habitación en silencio. Me tumbo con Nadia en la cama, y permanezco así lo que parecen horas. Quizás me he quedado dormido, la verdad es que anoche no dormí demasiado y estoy un poco cansado, pero la voz de mi mujer me saca de mi estado de semiinconsciencia.

—¿Cómo es tu apartamento? —pregunta.

—Pequeño. Austero. El típico apartamento de soltero. Un dormitorio, un salón que se comunica con la cocina mediante una barra americana y un baño.

—¿Nada más?

—No necesitaba más. Por eso cuando lleguemos buscaremos una casa para los dos.

—Con porche. Quiero que tenga un porche enorme donde poder poner un columpio y unos sillones de mimbre.

—Muy bien, pues tendremos porche.

—También quiero un jardín enorme donde poder sembrar flores, y que tenga un estanque natural con peces de colores.

—¿Un estanque?

—Bueno... o algo parecido. Sé que hay personas especializadas en hacer peceras enormes al gusto del cliente. Podríamos pedir una que parezca un estanque.

—¿De dónde sacas esas ideas tan locas? —pregunto riendo.

—De la televisión. Llevo dos días aquí encerrada y hoy no he hecho otra cosa que ver la televisión.

—Muy bien, tendremos un estanque. ¿Algo más?

—Esos son los únicos caprichos que tengo, Dylan. Me gusta la vida tranquila. Quiero llegar a casa del trabajo y poder sentarme contigo en el columpio a comentar cómo nos ha ido el día, o hacer una barbacoa en el jardín y sentarnos a disfrutar de los peces. Y quiero que nuestros hijos lo hagan también.

—¿Hijos? ¿Cuántos serán esos hijos?

—Seis o siete.

Una carcajada escapa de mi garganta sin poder evitarlo, y ella me golpea en el pecho sonriendo.

—Vale, quizás he exagerado un poco, pero sí dos o tres. No quiero que crezcan solos, sé lo maravilloso que es tener una gran familia y quiero que ellos lo sepan también.

—¿Sabes, Nadia? Cuando te conocí rodeada de niños supe que te encantaban, pero no imaginé que te gustase tener la típica familia americana.

—Te dije que me siento americana, Dylan, ¿a qué te creías que me refería?

Capítulo 19

El avión con destino a Austin por fin va a tomar tierra. Después de tres semanas, los médicos decidieron ayer que no había peligro en viajar, y Nadia tardó dos horas en hacer las maletas y empaquetar sus cosas. Tengo que reconocer que he pasado un viaje de lo más entretenido viéndola saltar de aquí a allá como a una niña pequeña, emocionada con volver al país que tanto adora.

Como esperaba, mi padre ha mandado una limusina a recogernos, y llegamos a mi piso en menos de una hora. Al entrar, Nadia da una vuelta por el salón, acariciando los pocos objetos que adornan los muebles.

—Tu apartamento es tan austero como tu despacho de Dhahran, Dylan —protesta.

—La verdad es que no pasaba demasiado tiempo aquí. Vamos, te enseñaré nuestro dormitorio y el baño. Puedes darte una ducha y después iremos a cenar.

—¿No podemos quedarnos aquí? Podríamos pedir comida china y cenar en casa.

—Sin problema, la verdad es que yo también estoy cansado.

Mientras Nadia se da una ducha, me siento en el sofá a revisar el correo, y pido la comida al restaurante de la esquina. Lo primero que veo son sus pies descalzos sobre la madera del suelo, y levanto poco a poco la vista para encontrarme con sus piernas casi desnudas, y su cuerpo cubierto con un minúsculo pantalón de seda negro y una camiseta a juego con la parte del pecho de encaje.

—Vas a pasar frío con eso —comento con la boca seca sin apartar mis ojos de sus pechos.

—No te preocupes, tengo una bata a juego. A fin de cuentas el clima aquí no es demasiado frío, ¿verdad?

—Tampoco es el clima del desierto.

—¿Es que no te gusta? Me lo compré el último día que estuvimos en

Dhahran para celebrar nuestra vuelta a casa.

Me levanto lentamente sin apartar mis ojos de ella, y la cojo de la mano para hacerla dar una vuelta completa y fijarme en que los cachetes de su culo se escapan del confinamiento del pantalón.

—¿Es que te has propuesto volverme loco?

—Tal vez.

Me acerco a besarla, pero el timbre de la puerta me interrumpe. Nadia se cuela por debajo de mi brazo y se deja caer en el sillón con las piernas cruzadas y coge el mando de la televisión.

—Ve a abrir, Dylan, me muero de hambre.

Pago al repartidor interponiéndome entre su mirada curiosa y mi mujer, y cierro la puerta en sus narices. En cuanto me siento junto a ella, Nadia me arranca una de las bolsas de las manos y comienza a husmear en las cajas de comida con los palillos chinos en la boca.

—Echaba tanto de menos esta comida... —susurra.

—Eres una mala influencia para mí, ¿lo sabías?

—Reconoce que a ti también te gusta. He visto el folleto publicitario pegado en el frigorífico con un imán.

—Hay cosas que me gustan mucho más —ronroneo.

—Ni hablar, Lucifer, hasta que no cenemos no hay sexo.

—Eso quiere decir que lo habrá —afirmo.

—¿Bromeas? Llevo tres semanas sin poder hacerlo, estoy que me subo por las paredes.

—No ha sido culpa mía... órdenes del médico.

—Yo creo que ese tipo era gay y que te echó el ojo. Por eso me prohibió el sexo.

—¿Celosa? —pregunto riendo.

—¿Yo? En absoluto. Estás casado conmigo, no con él.

Nadia se levanta a llevar los envases vacíos a la basura, y la sigo para arrinconarla contra la encimera y subir mis manos por sus caderas.

—Cierto... me he casado contigo. Y ahora voy a follar contigo.

Subo mis manos por su estómago y las cuelo bajo la tela de la camiseta hasta encontrar sus pechos suaves. Los amaso mientras beso su cuello, y Nadia deja caer la cabeza en mi hombro y acaricia mis manos con las suyas.

—Vamos a tomárnoslo con calma, preciosa —susurro—. Tenemos toda la noche y mañana no hay que madrugar.

Su mano juguetona sube por mis vaqueros hasta mi polla, y vuelve a

bajar para agarrarme del culo y pegarme a ella. La vuelvo hacia mí y abarco uno de sus pechos con mi boca caliente, lamiendo su pezón, que comienza a florecer. Sus manos se pasean por mi espalda, por mi cabeza, y sus suspiros consiguen que mi verga empiece a crecer dentro del pantalón. Mi lengua continúa jugueteando con su pezón un rato más, y su mano agarra su otro pecho para pellizcárselo con fuerza, consiguiendo que un gemido escape de su garganta.

—Te deseo, Dylan —susurra—. Quiero sentirte dentro de mí.

—Tranquila, gatita, me sentirás.

Tiro de ella hasta la isla de la cocina, y la hago apoyar las manos en ella para bajarle lentamente el pantaloncito por las piernas. Me arrodillo detrás de ella y beso su culo prieto mientras mis manos recorren sus gemelos. El tanga de florecitas se le ha bajado un poco, y su sexo asoma por el borde, tentándome. Acercó entonces una de las banquetas altas y subo una de sus piernas en ella, dejándola abierta a mí, y retiro un poco la tela de sus braguitas para darme un festín con su sexo.

—Mmm... Este postre es mi preferido —susurro antes de lamerla.

Al primer contacto de mi lengua, Nadia se estremece y se sostiene con fuerza a la superficie de mármol. Lamo su entrada, su clítoris. Absorbo sus labios, que cuelgan levemente, y hundo un dedo en su canal para oírla gemir. Nadia se coge un pecho y lo estruja, lo amasa, pellizca el pezón entre el índice y el pulgar, y cierra los ojos disfrutando de las pasadas de mi lengua húmeda y caliente.

—Joder, Dylan... Qué bien lo haces —susurra.

Me deshago de sus braguitas y me coloco frente a ella para poder masturbarla mejor. Hundo mi lengua entre sus pliegues, y juego con su clítoris mientras mi dedo incursor se adentra entre los pliegues de su abertura, y hurgo hasta encontrar su delicioso punto G. Nadia se arquea, gime, se agarra con fuerza al respaldo de la banqueta, y aprieta mi cabeza con fuerza contra su sexo, casi sin dejarme respirar.

Nadia se revuelve para deshacerse de mi boca, y se lanza a mis brazos para desnudarme por completo. Acto seguido se apoya en el asiento de la banqueta con los codos, poniendo en pompa su precioso culo, y lo contonea mirándome por encima del hombro con una sonrisa.

—Fóllame, Dylan... Déjate de lentitudes hoy.

Joder, no tiene que pedírmelo dos veces, me acercó por detrás y me empalo en ella, pero está demasiado baja, así que apoya los pies en las barras

del taburete y se yergue sobre él, agarrándose al respaldo. Esta vez, mi polla se desliza fácilmente dentro de ella, y comienzo a moverme deprisa, impactando contra ella a cada estocada, sosteniéndome en sus pechos.

—¡Dios, Dylan, sí! ¡Dame más! ¡Dame más!

Echaba tanto de menos estar dentro de ella, oírla gritar mi nombre entre jadeos, sentir su carne dentro de mis manos... Me muevo una y otra vez, observo cómo mi polla entra y sale de ella, sintiendo sus fluidos caer por mis muslos. Tres semanas sin tocarla es demasiado, y ahora que la tengo entre mis brazos creo que voy a enloquecer.

—Me echabas de menos, ¿verdad, preciosa?

—¡Dios, no sabes cuánto! ¡Más fuerte, Dylan! ¡Dame más fuerte!

Entierro la mano entre sus pliegues para encontrar su clítoris hinchado, y lo acaricio rápidamente hasta que siento sus músculos contraerse en un orgasmo. Tiro de ella hacia el suelo de madera, y me tumbo de espaldas para dejarla montarme como solo ella sabe.

—Así que quieres que te monte, ¿eh, vaquero? —ronronea acariciando mi glande con los labios de su coñito.

—No voy a hacer yo todo el trabajo...

—Debería castigarte sin sexo por lo que acabas de decir.

Intenta levantarse, pero elevo las caderas y me clavo en ella hasta la empuñadura, y ella grita dejando caer la cabeza hacia atrás.

—Va a ser que no, preciosa. Aunque me montes, sigo mandando yo.

Nadia se pone en cuclillas, y apoyándose en mis muslos, comienza a moverse arriba y abajo. Veo perfectamente mi polla salir chorreando de ella, y su clítoris asoma por sus labios abiertos, así que poso mi dedo sobre él para rozarlo cada vez que ella sube.

—¡Joder, nena, qué bien te mueves!

El sonido de nuestras caderas al chocar inunda la habitación, y Nadia aprieta sus pechos para aumentar el placer. Quiero correrme, pero mi mujer se mueve demasiado despacio para mí, así que me levanto del suelo y la siento en la banqueta con las piernas abiertas. Sé que está incómoda, pero merecerá la pena el esfuerzo, así que coloco su tobillo sobre mi hombro y vuelvo a entrar en ella. Mis movimientos frenéticos contra su cuerpo me acercan al orgasmo, pero quiero que ella me acompañe, así que acaricio su clítoris con la mano que me queda libre. Ella entierra su mano en mi pelo, y con la otra se sostiene a la barra para no caer de la silla. El placer es cada vez más intenso, el orgasmo se acerca, puedo sentirlo. Mi piel se perla de sudor,

siento escalofríos, mi culo se tensa... siento el orgasmo de Nadia, sus músculos ordeñándose, y me corro con un grito sordo dentro de ella.

La cojo en brazos y entramos en la ducha, donde nos dedicamos a mimarnos entre risas y caricias. Nadia vuelve al salón dando saltitos para buscar su pijama mientras me pongo el mío, y nos metemos en la cama a ver una película.

—Mañana tengo que ir a ver a mi padre —le comento por fin—. Quiero que vengas conmigo.

—¿No sería mejor que tuvieseis esta conversación a solas?

—Mi padre ya sabe que estoy casado contigo, Nadia. Alexia se lo dijo.

Mi mujer se incorpora de repente para mirarme a los ojos.

—¿Y por qué no me dijiste nada, Dylan?

—No debías preocuparte. Tenías que estar tranquila, y sabía que terminarías dándole vueltas al asunto.

—¿Qué dijo?

—Mejor no saberlo, créeme.

—¡Ay, Dios! No le caigo bien, ¿verdad?

—Cariño, me caes bien a mí, que es lo único que importa, ¿de acuerdo? Además, aún no te conoce, así que no le puedes caer mal.

—Pero no le ha hecho gracia que nos casemos.

—No, no se la ha hecho. ¿Importa eso?

—Quiero llevarme bien con él, Dylan. Es tu familia.

—Escúchame una cosa, Nadia. Ahora mi familia eres tú, y si él no te acepta, solo le queda una cosa que hacer: desaparecer de nuestras vidas.

—No digas eso.

—Es lo que siento, cariño. Para mí eres lo más importante, y no pienso consentir que lo pases mal porque mi padre esté tan ciego con Alexia que no quiera entender que yo quiero estar contigo.

A la mañana siguiente, Nadia me despierta mientras guarda algunas cosas en el armario del dormitorio. Me estiro antes de colocar los brazos bajo la cabeza y observarla divertido lanzar ropa al suelo una y otra vez.

—¡Maldita sea! —susurra.

—¿Qué te ha hecho esa pobre ropa?

—¡Joder, Dylan, qué susto me has dado! No encuentro mi vestido negro.

—¿Qué vestido?

—El que suelo ponerme con esta chaqueta —contesta mostrando una chaqueta blanca—. Estoy segura de que lo metí en las maletas, pero no está.

—¿No lo habrás metido en alguna de las cajas?

—Tal vez... ¡Maldita sea! Las cajas no llegan hasta mañana.

—No pasa nada, cariño. Ponte otro vestido. Será que no tienes...

—Sí, pero con ese parezco una mujer elegante y profesional.

—Pero si la entrevista en el hospital no la tienes hasta la semana que viene...

—Quería ponérmelo para ir a ver a tu padre.

Suspiro y me pongo de pie de un salto para envolverla entre mis brazos.

—Nena, ¿quieres tranquilizarte? Vamos a comer a casa de mis padres, con que te pongas unos vaqueros o un vestido de los que tienes ahí es suficiente.

—Quiero causarle buena impresión.

—Lo sé, pero no tienes que hacerlo. En cuanto se mire en esos preciosos ojos plateados terminará enamorado de ti.

—No seas bobo —protesta golpeándome en el brazo—. Estoy hablando en serio.

—Yo también, Nadia. Si yo me enamoré de ellos, él también lo hará.

Me alejo de ella y me dirijo a la ducha.

—Vístete de una vez, Nadia, me muero de hambre.

—De acuerdo, de acuerdo.

Cuando salgo de la ducha, veo que mi mujer se ha decantado por un vestido de flores con unas sandalias atadas en las pantorrillas. De pronto siento la ferviente necesidad de mandar a mi padre a la mierda y quedarme encerrado en la habitación con ella todo el día, desatando con mis dientes los lazos de las sandalias y subiéndome por su pierna hasta encontrar sus braguitas, pero sacudo la cabeza y me acerco al mueble a coger mi ropa.

—Eres un salido, Dylan —dice Nadia riendo.

—¡Si no he abierto la boca!

—Tú no, pero tu amiga me está señalando de lo más animada.

Miro hacia mi polla, que apunta ya a mi ombligo, y me encojo de hombros antes de saltar sobre ella.

—Yo no tengo la culpa de que seas tan deseable —protesto.

Nadia sube su mano por mi muslo hasta abarcar mi verga entre sus dedos, y aprieta un poco, dejándome sin respiración.

—Aún podemos quedarnos en casa —ronronea.

—No me tientes, que eso es justo lo que estaba pensando.

—¿Y qué nos lo impide?

—Mi estómago... Y mi padre.

Nadia suspira y se aleja para terminar de maquillarme, y yo me visto para terminar de una vez por todas con el tormento que nos espera a ambos esta tarde.

Capítulo 20

Aparco el coche frente a la mansión de mis padres. Siento el escalofrío que me resulta tan familiar, ese que me recuerda que esto es un mausoleo y no un hogar. Observo a Nadia admirar la casa, y sonrío al darme cuenta de que no le impresiona la ostentación de mi familia.

—Como en casa, ¿eh? —bromeo.

—Tu padre y el mío deben ser almas gemelas. Tienen el mismo gusto estrafalario por mostrar al mundo el dinero que tienen.

—Estamos de acuerdo, son tal para cual.

Cuando nos acercamos a la entrada, se abre la puerta y mi madre sale a recibirnos con los brazos abiertos.

—¡Dylan! ¡Qué ganas tenía de verte! —exclama abrazándome.

Su olor me inunda de buenos recuerdos de mi niñez, y la abrazo con fuerza, realmente contento de volver a verla.

—Yo también te he echado de menos, mamá.

—¿Esta preciosidad es tu esposa? —pregunta mirando a Nadia con una sonrisa.

—Así es, ella es Nadia. Nena, déjame presentarte a mi madre, Amanda Fisher.

Mi madre envuelve a mi chica en un afectuoso abrazo y enlaza su brazo con el de ella.

—Me alegro mucho de conocerte, desde que me enteré de tu existencia me moría de ganas por saber de ti —dice mi madre.

—Es un placer, señora. Dylan me ha hablado mucho de usted.

Miro a mi mentirosa mujer con una sonrisa. No es verdad, por supuesto. No me he molestado en hablarle de mi familia, y ahora que lo pienso, me siento mal por no haberle hablado de ella. Entramos en la casa y nos dirigimos a la sala de estar.

—Tu padre no ha vuelto de la oficina —dice mi madre—. Últimamente llega muy tarde a casa.

—Le esperaremos —digo yo—. Tengo asuntos que arreglar con él.

—Y decidme... ¿Dónde vais a vivir? No pensarás meter a esta preciosidad en tu apartamento...

—No, mamá, tranquila. Buscaremos una casa lo antes posible.

—¿Y por qué no os quedáis en casa mientras tanto? Sabes que hay habitaciones de sobra, y me niego a que viváis en ese cuchitril que tienes en *Windsor Road*.

—Mamá... Ya nos hemos instalado en el apartamento. Nos las apañaremos, créeme.

—Quedaros al menos esta noche. Quiero conocer mejor a mi nuera.

—Será un placer pasar aquí la noche —contesta Nadia.

—¿Estás segura? —pregunto alzando una ceja.

—Claro que sí.

—¿Lo ves, hijo? No todo el mundo rehúye de la familia como tú.

—Mamá, sabes que no rehúyo de ti. Pero papá...

—Déjame a mí a tu padre. Yo sé manejarlo muy bien.

—¿Qué es lo que sabes manejar?

La voz de mi padre desde la puerta me pone en tensión. Me vuelvo a la espera de un mal gesto, una mala palabra, pero el infranqueable hombre de negocios no deja traslucir lo que verdaderamente siente al ver a Nadia sentada con mi madre en el sofá.

—Vaya, vaya... el hijo pródigo por fin vuelve a casa —protesta.

—Te dije que no iba a dejar a toda esa gente en la estacada. Además, he hecho una buena venta del local.

—Los negocios para mañana —interrumpe mi madre—. Debéis estar hambrientos y cansados, así que cenaremos y os iréis a descansar.

—La verdad es que no me encuentro demasiado bien —contesta Nadia—. He estado enferma y aún no me he recuperado del todo.

—¿Enferma? ¿Algún virus?

—No, mamá. Simplemente le estamparon la culata de una pistola en la cabeza.

—¡Por Dios santo! ¿Quién podría cometer semejante barbaridad? —pregunta mi madre llevándose las manos a la cabeza.

—Un virus llamado Alexia —contesto sin apartar la mirada de mi padre.

Le observo sin inmutarme, y mi madre ha fijado su mirada de alucine también sobre él, pero se limita a alzar los ojos al cielo y darse la vuelta para dirigirse al comedor.

—¿Cenamos? Me muero de hambre —dice sin más.

—¿Pero avisasteis a las autoridades? —continúa mi madre en voz baja, evitando molestar al todopoderoso Fisher.

—Sí, lo hicimos, estará a la espera de juicio.

—Espero que se pudra en la cárcel —me sorprende diciendo—. Nunca me gustó esa mujer.

—Creo que al único que le gusta es a papá.

Me siento en la mesa junto a Nadia, y cojo su mano por debajo del mantel para serenarme, porque como mi padre empiece a dar el espectáculo puedo cometer una locura.

—Así que eres la hija de Al-Naibi —empieza mi padre—. No sabía que tuviese una hija tan joven.

—Cuando terminé el colegio me trasladé a estudiar a Nueva York, y acabo de volver a Dhahran. Por eso no ha sabido de mi existencia.

—¿Y qué has estudiado?

—Medicina. Soy cirujana cardiorácica, aunque aún no he tenido la oportunidad de ejercer mi profesión.

—Bueno, casándote con mi hijo no te hará falta trabajar.

—Antes de casarme tampoco me hacía falta, señor Fisher, pero me gusta mi profesión y espero ejercer muy pronto.

Mi madre le sonrío apoyada en las manos, y no puedo evitar sentirme orgulloso como un pavo real ante las respuestas que le está dando Nadia a mi padre.

—Cualquier mujer estaría contenta de no tener que trabajar —continúa atacándola mi padre.

—Tal vez... pero yo no soy cualquier mujer.

—Y decidme, ¿cómo os conocisteis? —interrumpe mi madre para que no llegue la sangre al río.

—Amín me invitó al bautizo de uno de sus sobrinos, y allí estaba ella.

—Realmente nos conocimos en la piscina de la casa de mi hermano al día siguiente. —Casi me atraganto al escucharla—. Yo estaba tomando el sol y él salió al jardín a desayunar con mi hermano, que nos presentó.

Su mirada traviesa me arranca una sonrisa, y subo la mano por su muslo hasta encontrar el elástico de sus braguitas. Si tú eres mala, preciosa, yo también lo seré.

—¿No creéis que os habéis precipitado al casaros tan pronto? —protesta mi padre— Apenas os conocéis.

—Por favor, John —interviene mi madre—. Creo que ambos son

mayorcitos para saber lo que hacen.

—Bueno, mamá, nos vamos a la cama —digo levantándome y tirando de Nadia—. El *yet lag* es mortal.

—Claro, hijo, os acompañaré a vuestra habitación.

Seguimos a mi madre por el pasillo de la planta de arriba hasta la habitación de invitados. En cuanto entramos, ella se deja caer en la cama con un suspiro.

—Lo siento, chicos. Le advertí que no diera el espectáculo, pero...

—No tiene que disculparse, señora Fisher, no es culpa suya —dice Nadia sentándose junto a ella y cogiendo sus manos.

—Sé cómo es papá, y reconozco que me ha sorprendido que se contenga tanto —protesto—. Estoy seguro de que mañana me hará saber lo contrariado que está por este matrimonio.

—Pues yo estoy muy contenta de verte tan feliz, Dylan. Y tú eres una mujer preciosa, y sé que eres buena para mi hijo. Yo no necesito nada más, y si tu padre es incapaz de verlo, tiene un serio problema.

—Muchas gracias, señora Fisher —dice Nadia—. Me hará mucha falta tener una amiga en Austin. No conozco la ciudad, y me gustaría que me acompañase a buscar piso mientras Dylan esté en la oficina.

—Será un honor, cariño. Y ahora intentad descansar. Ha sido una noche muy larga.

En cuanto mi madre sale por la puerta, sujeto a Nadia por la cintura y uno mis labios a los suyos.

—¿Estás bien? —susurro.

—Ha sido duro, pero lidiar con mi padre todos estos años tiene sus ventajas.

—Lo siento, nena... De verdad que lo siento.

—No es culpa tuya, Dylan. Sabíamos que tu padre no está de acuerdo con la boda, así que estaba preparada.

—¿Puedo compensarte de alguna forma? —ronroneo pegando mis caderas a las suyas.

—Tal vez... ¿Qué tienes en mente, forastero?

—Mmm... Me pone cachondo que me llames forastero. Me recuerda aquella primera noche en la piscina... ¿Aún conservas ese juguetito?

—Me temo que no. ¿Por qué?

—Porque podría servirme para alguna de mis travesuras.

—Yo creo que tú te bastas para hacer travesuras, Dylan.

—Tienes razón. Quizás se me ocurra una sobre la marcha...

—O tal vez hoy la traviesa sea yo.

Nadia me hace sentarme sobre la cama y observo cómo se desnuda lentamente, quedándose únicamente con su conjunto de ropa interior. Un collar de plumas serpentea por su pecho hasta caer sobre su ombligo, y sus pezones casi escapan del confinamiento del sujetador. Me relamo al pensar en lo que puedo hacer con ella, y Nadia se coloca de rodilla entre mis piernas relamiéndose sin apartar su mirada de la mía.

—Quizás pueda empezar por aquí —susurra acariciando mi polla por encima del pantalón.

—Prueba a ver.

Tiro del collar para atraerla a mi cuerpo y poder besarla, y hundo mi lengua en su boca un segundo antes de que se aparte para acariciar mis muslos y desabrochar la correa de mi pantalón. Me los baja hasta los tobillos junto con mis bóxers, y juguetea con su lengua caliente sobre mi verga antes de atraparla entre sus dedos para metérsela en la boca. Sus succiones consiguen despertarla en tiempo récord, y a la tercera mamada ya estoy duro como una roca y disfrutando plenamente del placer que me proporciona. Sus labios suben y bajan por el tronco y sus ojos plateados están fijos en los míos. El carmín se pierde por momentos, y su saliva impregna mi glande cada vez que lo recorre con la lengua, sin apartar su boca ni un solo centímetro de mi polla.

Sus dedos marcan el camino que después sigue su boca, y juegan con mis bolas aprisionándolas contra su palma, haciéndome gemir de placer.

—¡Joder, nena, qué bien la chupas!

Me deshago de la camisa mientras disfruto del espectáculo de ver a mi mujer entre mis piernas, dándome placer, chupándome cada vez con más ímpetu. Nadia me mira con picardía y pasa las plumas de su collar por mi polla, estrangulándola con la cadena antes de volvérsela a meter en la boca. Está volviéndome loco, no puedo dejar de gemir, sus caricias son muy peligrosas, y si sigue demasiado tiempo chupándomela voy a terminar corriéndome en su boca.

Me incorporo para besarla, para lamer sus preciosas tetas, su cuello, y su mano no deja de masturbarme, se mueve arriba y abajo por mi verga aprisionándola con fuerza, pero sin llegar al dolor. De un solo movimiento, la tumbo en la cama y me coloco entre sus piernas abiertas para besar su estómago, sus muslos, sus ingles, pero sin llegar a rozar siquiera su sexo, que

ya ha humedecido la seda de sus braguitas.

Nadia cuele la mano por la parte de arriba e intenta acariciar su clítoris, pero la detengo con mi mano y empiezo a lamerla por encima de la tela, apenas un roce de mi lengua, sin llegar a profundizar. Nadia echa la cabeza hacia atrás y gime entregada, y me deshago de la tela para dejar mi festín al descubierto, para poder disfrutar de su aroma almizclado, de su sabor levemente salado. Levanto sus piernas cerradas, y entierro la cara entre ellas para lamer la entrada de su sexo, para hundir en ella la lengua, para recorrer sus labios con ella. Nadia me sujeta de la cabeza, instándome a seguir, y sus muslos tiemblan por el esfuerzo de apretarlos para estimular su clítoris con ellos.

—¿Qué ocurre, gatita? ¿Quieres correrte?

—¡Joder sí!

Me río antes de abrir sus piernas y lamerla a conciencia, pasando primero la lengua para chuparla después con mis labios. Nadia respira con fuerza, y pasa un dedo por mi mejilla hasta metérmelo en la boca. Utiliza ese dedo para estimular sus pezones, que han escapado del sujetador, y me aparto de mi cena para mordisquear sus muslos antes de volver a hundir mi boca en su sexo húmedo y caliente.

—¡Dios, Dylan, qué bien lo comes!

Alterno movimientos frenéticos de mi lengua, con chupadas suaves de mis labios, y su crema comienza a correr por su piel. Sus manos se enredan en mi pelo, pellizcan sus pechos, intentan apartar el sujetador. Sus gemidos reverberan en la habitación, y mi polla corcovea a la espera de su turno para jugar. Introduzco ahora un dedo en su canal, y lo curvo para poder acariciar su punto G y hacerla gritar recorrida por su orgasmo.

Ahora es mi turno. Me arrodillo entre sus piernas y acaricio un par de veces sus labios antes de entrar poco a poco en ella. Tengo que inspirar fuerte ante la sensación, que es cada vez más intensa. Comienzo a moverme despacio sosteniéndome a sus muslos, y Nadia acaricia mi pecho antes de erguirse para ver mi polla entrar y salir de ella. Se muerde el labio presa de la lujuria, y su mano viaja hasta su clítoris para acariciarlo al compás de mis embestidas. Me vuelve loco cada vez que hace eso, es mi punto débil y lo sabe, y sigo embistiéndola hasta que casi caigo de rodillas en la alfombra.

Nadia se vuelve de espaldas y se coloca a cuatro patas sobre la cama, poniendo su culo en pompa, moviéndolo en mis narices y mirándome por encima del hombro. Agarro mi polla con la mano y la guío entre sus cachetes,

hasta encontrar su coñito húmedo y dispuesto, y empiezo a follármela como más me gusta: duro y hasta el fondo. Mis embestidas se vuelven frenéticas, sus caderas me salen al encuentro y nuestros cuerpos chocan sin control. No puedo más, estoy a punto de correrme, y entierro la mano entre sus pliegues para ayudarla a acompañarme cuando el orgasmo corre por mi espalda.

Nos dejamos caer en la cama respirando con dificultad, con el pulso acelerado, y mi mujer se acurruca entre mis brazos antes de caer ambos en un sueño profundo.

Capítulo 21

La vida ha vuelto a la normalidad... más o menos. Nadia encontró un piso que se ajusta bastante bien a nuestras necesidades, y después de amueblarlo, hace una semana que vivimos en él. Mi padre por fin se ha jubilado, y aunque aún interviene en la empresa más de lo que me gustaría, por fin soy el director general de *Chevron Corp*, y puedo tomar decisiones por mi cuenta.

Aunque se guarda mucho de decir nada al respecto, no está para nada contento con mi matrimonio. Me lo dejó muy claro a la mañana siguiente de nuestra llegada, cuando me reuní con él en su despacho.

—¿En serio has dejado plantada a una mujer como Alexia por una niña? —dijo nada más cerrar la puerta a mis espaldas.

—O nos centramos en los negocios, papá, o salgo por esa puerta y no vuelvo a hablarte en tu vida.

—¿Y qué esperas que haga si estás tirando tu futuro por la borda? ¿Quedarme callado?

—¿Pero qué futuro, papá? ¿Es que no te enteras de que Nadia es la hija del hombre más poderoso de Arabia Saudí? ¡Es la hija de Al-Naibi, no una cualquiera de un burdel!

—Pero Alexia...

—¡Deja ya de nombrar a esa zorra! ¡Te juro por Dios que como no dejes tu comportamiento me largo y no vuelves a verme el pelo! Y a ver quién va a ser el guapo que dirija la empresa si me voy, porque mi hermano no está nada dispuesto a hacerlo.

—David es perfectamente capaz de llevar esta empresa.

—Cierto, pero no quiere hacerlo, y a él no puedes obligarlo a hacer lo que se te antoje, y lo sabes.

Esa fue la última alusión al tema durante todo este tiempo. Nadia se ha hecho muy amiga de mi madre, y ambas han disfrutado enormemente gastando dinero en decorar la casa, en ir de compras y sorprenderme con cualquier fruslería a la que no suelo prestar la menor atención.

Hace una hora que estoy en el despacho sin poder prestar atención al trabajo. He dejado a Nadia vistiéndose para reunirse con mi madre e ir a comprar sábanas de seda, el último antojo de mi mujer, y creo saber cuál es el uso que piensa darles. Ahora mismo estarán quemando la tarjeta de crédito en el centro comercial, pero no me importa lo más mínimo. Ahora que Amín ha solucionado con su compra los problemas de la empresa no tengo que preocuparme por el dinero, y reconozco que disfruto enormemente viendo a Nadia tan feliz. Solo nos falta una cosa para que nuestra felicidad sea completa: que mi mujer se quede pronto embarazada.

El sonido del teléfono me saca de mi ensimismamiento, y ya no vuelvo a pensar en ella hasta las ocho de la noche. Tres reuniones importantes terminan por dejarme destrozado, y lo único que me apetece ahora mismo es darme una ducha y acostarme con mi mujer.

Cuando llego a casa, encuentro a Nadia sentada viendo la televisión, y apenas levanta la vista cuando me ve soltar el maletín sobre la mesa.

—Estoy molido —suspiro quitándome la corbata.

—Te traeré la cena —contesta intentando levantarse, pero la siento en mis rodillas y la abrazo con fuerza.

—Primero dame un beso.

Ella forcejea y se suelta de mi agarre sin hacerlo, y sale en dirección a la cocina sin mediar palabra. ¿Qué demonios le pasa? ¿Acaso está en esos días del mes? Me acerco a ella por detrás y la abrazo enterrando la cara en su cuello.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma? ¿Tienes la regla?

—¿Qué pasa, que siempre que estoy de mal humor tiene que ser por el periodo? —me sorprende gritando.

—¡Eh, que solo te he preguntado qué te ocurre!

—¡Pues no me pasa nada!

Nadia me pone la cena en la mesa de muy malos modos y se da la vuelta para irse al dormitorio.

—Me voy a la cama. Estoy muy cansada.

Decido dejarle un poco de intimidad. No sé qué demonios está pasando, sobre todo cuando esta mañana nos hemos despedido haciendo el amor. Después de cenar, me doy una ducha y me meto entre las sábanas, y pego mi cuerpo al suyo para besarla en la mejilla.

—¿Qué he hecho que sea tan terrible? —susurro.

—Déjame, Dylan. Estoy cansada.

—Vamos, cariño. Cuéntame qué te pasa.

Nadia se sienta en la cama con un suspiro y enciende la luz de la mesita de noche.

—Dijiste que cuando llegásemos a Austin me darías el divorcio si quería. Bien, pues quiero el divorcio.

Su confesión cae como un jarro de agua fría sobre mi cuerpo. ¿El divorcio? ¿Acaso se ha vuelto loca? ¿Cómo demonios iba yo a vivir sin ella? me siento en la cama y me paso las manos por la cara antes de volver a mirarla.

—Creo que no te he oído bien —digo.

—Me has escuchado perfectamente, Dylan. Yo nunca quise casarme contigo, y no he cambiado de opinión al respecto. Estoy cansada de jugar a ser la esposa feliz y contenta, y necesito mi libertad.

—¿Y qué demonios ha sido nuestro matrimonio estos últimos meses? ¿Una puta farsa?

—Mi salud mental exigía que me llevase bien contigo, nada más.

—¿Y qué me dices del sexo? ¿Eso también ha sido fingido?

—El sexo era bueno, y ya que teníamos que estar casados...

—A ver si lo estoy entendiendo bien... Me engañaste, me utilizaste, y ahora pretendes deshacerte de mí. ¿Es eso?

—¡No fui yo quien te obligó a casarse conmigo!

—¡Maldita sea, Nadia! ¡Creí que eso ya había quedado atrás!

—Quiero divorciarme de ti. Es tan simple como eso. ¿Por qué no quieres entenderlo?

—¡¡Porque no me cuadra, joder!! ¡¡Porque hace apenas doce horas eras la mujer más feliz del mundo entre mis brazos!! ¡¡Porque has comprado esta casa conmigo tan ilusionada como yo!! ¿Te parecen suficientes motivos?

—Me da igual que no te cuadre, Dylan. He estado pensándolo todo el día, y es lo que quiero.

—No me jodas, Nadia... ¿Qué cojones ha pasado para que pases de quererme a odiarme?

—¡Yo nunca te he querido!

—¿Ah, no?

La aprisiono contra el colchón y pego mi cuerpo al suyo.

—¿Y por qué jadeas ahora mismo, Nadia? ¿Por qué tus pezones se han endurecido? ¿Por qué tu coño se eleva buscando mi polla?

—Eso se llama lujuria.

—¡Y una mierda lujuria! No pienso rendirme, ¿me oyes? No pienso darte el divorcio —digo con los dientes apretados—, y no pararé hasta averiguar qué coño te ha pasado para que me lo pidas justo cuando todo nos va a las mil maravillas.

—¡Que te jodan, Dylan! ¡Si eres ciego no es mi puñetero problema!
Nadia se levanta de la cama y se dirige a la puerta.

—¿A dónde coño vas? —pregunto.

—¡A dormir en la otra habitación! No pienso volver a dormir contigo nunca más.

—Te arrepentirás de esto, Nadia. Te juro que te haré tragarte tus palabras una a una.

Ella se para en la puerta, y me mira con los ojos anegados en lágrimas.

—Cuanto antes aceptes que lo nuestro ha terminado, mucho mejor será para todos —susurra antes de salir cerrando la puerta suavemente.

Salgo tras ella, pero cuando llego al cuarto de invitados ella ya ha echado el cerrojo.

—¡Abre la puerta, Nadia! ¡Esta conversación no ha terminado! —grito aporreando la puerta.

—¡Yo ya he dicho todo lo que tenía que decir!

—¡Y una mierda! ¡Me debes una explicación!

—¡No te debo nada, Dylan! ¡Eres tú quien me debe la libertad!

—¡Te la di cuando me casé contigo, joder!

—Márchate, Dylan. Déjame sola.

Doy un puñetazo en la madera antes de volver a mi dormitorio. Estoy cabreado, muy cabreado, y sé que no voy a poder pegar ojo en toda la noche, así que me visto y salgo a correr por la ciudad. A esta hora todo está en calma a orillas del río Colorado, y puedo pensar con claridad. ¿Qué ha cambiado desde anoche para que quiera terminar con lo nuestro? Ni siquiera hemos discutido desde que volvimos. Nadia se ha mostrado ilusionada con todo lo que hemos hecho juntos, y parece haber congeniado muy bien con mi madre. Quizás ella sepa algo al respecto, quizás ha confiado en ella lo suficiente para desahogarse y contarle sus preocupaciones.

Me encuentro casi sin pretenderlo ante la casa de mis padres, y por suerte la luz de la entrada está encendida, señal de que mi madre aún está despierta. En cuanto toco al timbre, escucho sus pies descalzos deslizarse por la alfombra.

—¿Dylan? —pregunta asustada— ¿Qué ocurre? ¿Nadia está bien?

—Tengo que preguntarte algo.

—Pasa, iba a tomarme un té. ¿Quieres tomar algo?

—Estoy demasiado alterado para tomar nada.

—¿Qué pasa, hijo? Me estás preocupando.

—Nadia me ha pedido el divorcio.

La sorpresa en su rostro me demuestra que a ella la noticia la ha cogido tan desprevenida como a mí. Se deja caer en la silla de la cocina y me mira con los ojos como platos.

—No puedes estar hablando en serio.

—Es una locura, lo sé. Todo iba perfectamente, mamá. No entiendo qué ha pasado para que quiera terminar con lo nuestro.

—¿Habéis discutido?

—Claro que hemos discutido... después de que me pida el divorcio.

—No lo entiendo... esta mañana estaba muy feliz. Incluso bromeé con las sábanas nuevas. Nadie cambia de opinión tan deprisa.

—¿Qué puedo hacer? No quiere hablar conmigo. No me ha dado ninguna explicación.

—Sé paciente, hijo. Dale un poco de espacio y habla con ella cuando esté más calmada.

—¿Cómo puedo serlo si no sé qué demonios pasa?

Mi madre se queda mirándome fijamente y aprieta mi mano entre las suyas.

—Te has enamorado de ella, ¿no es así?

—¿Cómo no hacerlo?

—Intentaré ayudarte en todo lo que pueda, hijo. Me gusta mucho Nadia, y me gustaría que me dieseis un nieto un día de estos.

—Pues me temo que como no consiga solucionar lo que sea que ocurre, vas a tener que conformarte con los hijos de mi hermano.

Vuelvo a casa derrotado, y me meto en la cama para intentar pasar la noche, aunque no consigo pegar ojo. Cuando suena mi despertador, me doy una ducha y voy a la cocina a tomarme el café. Nadia no está por ninguna parte, ha desaparecido del mapa. Vuelvo a la oficina con aire cansado, y me paso todo el día sin prestar atención a nada. Llego a casa temprano, esperando hablar con Nadia sobre lo de anoche. La encuentro en la cocina, preparando algo de cenar. No puedo evitarlo, no puedo resistir la tentación de demostrarle que lo nuestro tiene sentido, así que me acerco a ella por detrás y sujeto sus manos con una de las mías para recorrer su cuello con besos

húmedos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —grita ella— ¡Suéltame!

—Ni lo sueñes.

Busco con la mirada hasta ver el paño de cocina, y ato con él sus muñecas al primer cajón del armario. Ahora está atrapada, y con un poco de persuasión lograré que se rinda a mis caricias.

—¡Dylan, para de una vez!

—Voy a demostrarte que lo nuestro no es solo sexo, Nadia. Voy a conseguir que te rindas.

No la dejo responderme. Sostengo su cara con mis manos y hundo la lengua en su boca. Al principio ella se resiste, pero pronto consigo que su lengua empiece a buscar la mía. Mis manos suben la tela de su vestido hasta encontrar su sexo, y lo acaricio sobre el encaje de sus bragas hasta que un gemido escapa de su boca.

—¿Lo ves, cariño? Con solo tocarte te pones cachonda. Estás deseando que te toque por debajo de las bragas, ¿no es así?

—Si te importo algo, suéltame.

—Porque me importas no lo hago, nena. ¿No lo ves?

Masajeo con mi mano libre uno de sus pechos, amasándolo despacio, hundiendo un poco más el dedo entre sus pliegues, humedeciendo la tela de las braguitas. Nadia se muerde el labio intentando no gemir, y cierra los ojos aunque intenta apartar mi mano de su cuerpo sacudiéndose de un lado a otro. Pego mi polla a su trasero y la acerco al armario para impedirle moverse, y muerdo el lóbulo de su oreja antes de soplar en él suavemente.

—No te resistas, cariño... déjate llevar y disfruta de lo que tenemos.

Introduzco la mano por la cinturilla de las bragas y hundo el dedo entre sus pliegues, que están mojados, hinchados, deseando sentir mi polla entre ellos.

—¿Lo ves? Ya estás lista para mí.

—Es... lujuria.

—Miéntete todo lo que quieras, nena.

Hundo de nuevo la lengua en su boca y acaricio su clítoris en círculos pequeños, consiguiendo que jadee. Hundo dos dedos en su interior, y sus músculos se contraen al momento en busca del orgasmo. Bajo sus bragas hasta los tobillos, y hago lo mismo con mis pantalones y mis bóxers.

—Voy a follarte, nena. Voy a metértela hasta el fondo y no pienso parar de moverme hasta que grites mi nombre.

—Eres un desgraciado —susurra ella con los dientes apretados.

—Tal vez, pero tu cuerpo me busca, así que voy a darte lo tuyo ahora mismo.

Sin más, me hundo en ella hasta el fondo, muy despacio, sintiendo cada centímetro reverberar en el tronco de mi polla. Cuando siento la piel de su culo sobre mis muslos, entierro las manos por los laterales de su vestido y dejo escapar sus pechos por encima del sujetador.

—Dios, nena... Qué caliente estás...

Nadia gime, se agarra fuertemente al armario, y abre las piernas dejándome mejor espacio para moverme. Comienzo a entrar y salir de ella, moviendo las caderas en círculos, disfrutando del que quizás sea el último polvo que eche con ella. Mi mujer empieza a salirme al encuentro, y nuestras caderas chocan desesperadas a cada embestida. Sus pechos se bambolean sobre el mármol de la encimera, y el frío hace que sus pezones se endurezcan como pequeños diamantes. De su garganta salen pequeños gemidos, y su boca se entreabre buscando más oxígeno. Me agarro a sus tetas, las amaso, las aprieto entre mis dedos cada vez que un golpe de placer me recorre, y muerdo suavemente su cuello, volviéndola loca, volviéndome loco yo también.

El orgasmo se acerca, puedo sentirlo, y salgo de ella para colocarme de rodillas bajo sus piernas.

—Ahora voy a lamerte, nena... voy a beberme esa miel que corre por tus piernas.

En cuanto hundo la lengua en su sexo, Nadia grita de placer. Chupo, lamo su clítoris hinchado, y entierro hasta tres dedos dentro de su canal para acariciar su punto G. sus piernas empiezan a convulsionarse, sus nudillos se han puesto blancos sobre el mármol, y me entierro en ella de una estocada. Me muevo frenéticamente mientras acaricio su clítoris, y sus músculos se exprimen cuando llegamos juntos al orgasmo.

Suelto sus muñecas del cajón, y compruebo que no le he hecho daño, solo tiene una leve rojez por la fuerza con la que ha intentado soltarse. Intento besarla, pero ella vuelve la cabeza y se aleja de mí rápidamente.

—¿Estás satisfecho? —me reprocha.

—Ni por asomo.

—Si antes tenía claro que quería el divorcio, ahora no tengo ninguna duda. Te has cubierto de gloria con tu arranque de machismo, Dylan. Me esperaba de ti cualquier cosa, pero no esto.

Cierra la puerta de su nuevo dormitorio de un portazo, y me dejo caer en el sofá sintiéndome como una auténtica mierda.

Capítulo 22

Hace dos semanas que Nadia y yo no nos hablamos. Lo he intentado todo, pero lo único que consigo es una mirada de desdén por su parte. Solo me ha faltado suplicarle, pero sé que no va a servirme de nada hacerlo, porque no va a creerme. La cagué con el polvo en la cocina. Metí la pata hasta el fondo al intentar hacerle ver que lo nuestro es más que sexo de esa manera tan despreciable, y entiendo que no pueda perdonarme.

Voy a tirar la toalla. Voy a darle lo que quiere aunque eso me cueste la vida. Porque sin ella mi vida no valdrá una mierda, de eso estoy completamente seguro. Me levanto de la cama como cada mañana últimamente, sin ganas de nada, y me pongo un traje para ir de nuevo a la maldita oficina. Ni siquiera me molesto en afeitarme, nadie va a fijarse en eso con la cara de amargado que llevo últimamente.

Como siempre, Nadia se ha marchado antes de que yo me levante. Mi madre me ha contado que ha empezado a trabajar en el hospital estatal, y que está muy emocionada con el tema. Ni siquiera sabía que había hecho esa entrevista de trabajo. Quería hacer esto con ella, apoyarla y disfrutar de su felicidad, pero por lo visto ya no formo parte de su vida.

Llego al despacho y suelto el maletín encima de la mesa antes de tumbarme en el sofá de cuero negro que tengo frente a la ventana. Hanna me trae mi café, como cada mañana, y se sienta en mi silla para mirarme con reproche.

—No puedes seguir así, Dylan —protesta—. Estás hecho unos zorros.

—¿Y qué más da?

—Eres el presidente de esta empresa. Debes dar ejemplo.

—La verdad es que no soy el más indicado para ser el ejemplo de otro, ¿no crees?

—Deduzco que seguís sin dirigiros la palabra.

—Hoy ha empezado a trabajar en el hospital. Está cumpliendo su sueño y ni siquiera lo sabía.

—¿Has intentado hablar con ella?

—¿Para qué? Cada vez que lo intento me da con la puerta de su habitación en las narices.

—Si te soy sincera... No lo entiendo. Estabais tan bien juntos que...

—Dímelo a mí. Un día hacíamos el amor en cada esquina de la casa, y al siguiente no quiere seguir casada conmigo.

—Algo debe haber pasado para ese cambio de actitud. ¿No habrá sido cosa de esa mujer? ¿La que la golpeó en Dhahran?

—¿Alexia? Está en la cárcel. Es imposible que haya sido ella.

—¿Le has sido infiel?

—¿Qué? ¡No! Estoy enamorado de ella, Hanna. ¿Cómo iba a engañarla?

—¿Y se lo has dicho?

—No —confieso—. No le he dicho nada.

—¿Y por qué no lo intentas?

—¿Para qué? ¿Para que se ría de mí? No, gracias.

—Vas a quedarte solo por culpa de tu orgullo, jefe.

Hanna se va, dejándome solo. Tiene razón, soy demasiado orgulloso para reconocer que estoy loco por Nadia. Siempre he creído que el amor te convierte en un pelele débil y vulnerable, y aunque ahora sé que es todo lo contrario, no he sido capaz de confesarle a Nadia lo que siento. Es evidente que ella no siente lo mismo, así que, ¿para qué gastar saliva?

Vuelvo al trabajo intentando no pensar en ella, y concierdo una cita con mi abogado para que me entregue los papeles del divorcio. Le llamé hace unos días para que los redactase, y quiero terminar con esto lo antes posible. Si eso es lo que quiere, es lo que va a tener.

A las seis de la tarde ya estoy listo para irme a casa, y cojo la carpeta del divorcio del escritorio sin demasiada convicción. Hanna tiene razón, aún me queda un último cartucho y tengo que quemarlo. Cuando paso frente al despacho de mi padre, los gritos de mi madre captan toda mi atención.

—¿Cómo has podido hacer una cosa así?! ¿Cómo se te ocurre meterte en algo tan serio?!

—Es lo que tenía que hacer.

—¿Tenías que dejarles en paz! ¡Tu hijo tiene derecho a ser feliz!

—¡No puede serlo con ella!

Abro la puerta de par en par y me paro junto a mi madre.

—¿Qué está pasando aquí?

—¡Díselo, John! ¡Compórtate como un hombre y confiésale a tu hijo lo que has hecho!

Mi vena yugular empieza a latir ante el presentimiento de lo que mi padre va a decirme.

—¿Qué has hecho, papá? —pregunto sin querer oír la respuesta.

—Solo he mirado por tu futuro —protesta sin mirarme a la cara.

—¿Su futuro? —ríe mi madre— ¡Has convertido su vida en un infierno!

—¿Qué has hecho? —repito con los dientes apretados.

—No tengo que darte explicaciones.

Miro a mi madre sin moverme, y ella comienza a hablar... y mi sangre a hervir.

—Tu padre ha chantajeado a Nadia para que te pida el divorcio.

—¿Qué has hecho qué?

No quiero creer lo que me está diciendo, no puedo creer que mi padre sea tan hijo de puta.

—Le dijo que si te quería, debía dejarte marchar —continúa mi madre—. Le dijo que tu carrera dependía de la mujer que tuvieses a tu lado, y que no daría buena impresión que un hombre tan rico como tú estuviese casado con una trabajadora. Sabía su ilusión por trabajar en el hospital y lo utilizó en su contra, haciéndole creer que ella no era buena para ti.

Agarro a mi padre de las solapas de la chaqueta y le acerco a mi cara. No puedo pensar, lo veo todo rojo y solo quiero matarle con mis propias manos.

—¡¿Cómo te atreves a meterte en mi vida?! ¡¿Quién coño eres tú para decidir quién es buena para mí?!

—¡Soy tu padre!

—Dylan, por favor, suéltale —susurra mi madre agarrándome del hombro.

Hago caso de lo que me dice, no quiero cometer una locura.

—Un padre no conspira contra su propio hijo —digo sin mirarle—. Un padre no intenta destruir el matrimonio de su hijo. Tú ya no eres mi padre.

Me vuelvo en dirección a la puerta, pero las próximas palabras de mi padre me detienen en seco.

—¿Vas a tirar a la borda tu carrera por una furcia?

—Como vuelvas a llamarla así juro que te mataré.

—Si te hubieras casado con Alexia...

—¡Alexia es la furcia, que me puso los cuernos con todo el que se le puso por delante! ¡Tú querías casarme con una furcia, papá!

Inspiro profundamente antes de tomar la decisión más acertada que he tomado en mi vida.

—Si no eres capaz de aceptar que Nadia es mi mujer, y que seguirá siéndolo hasta el día en que me muera, no tengo nada que hacer en esta empresa. Dimíto, señor Fisher —sentencio con sorna—. Espero que encuentre a un sustituto a la altura de sus expectativas.

Me dirijo hacia la puerta de nuevo, y esta vez nada ni nadie me impide salir de esa habitación.

—¡No te atrevas a irte, Dylan! —grita mi padre a mi espalda.

—¿No? Mírame.

—Te lo tienes merecido por estúpido —contesta mi madre.

Llego a casa en media hora, y encuentro a mi mujer leyendo tumbada en el sofá. En cuanto me ve llegar, se incorpora dispuesta a marcharse.

—Espera, por favor, Nadia.

Mi tono de voz debe resultarle extraño, porque se sienta y espera a que siga hablando. Tiro los papeles del divorcio sobre la mesa, y ella me mira asombrada en cuanto se percata de lo que significa.

—Antes de que lo firmes, déjame decirte algo.

Ella asiente y los suelta sobre la mesa.

—Sé que mi padre te chantajeó para que me dejaras.

—¿Cómo lo has sabido?

—Mi madre me lo contó. Les oí discutir por ello esta tarde.

—Tiene razón de todas formas, Dylan. Yo no soy buena para ti.

—¿De dónde te has sacado esa gilipollez? Eres perfecta para mí, Nadia. ¿Es que no te has dado cuenta?

—Necesitas una mujer florero, no una cirujana que apenas esté en casa.

—¿Y para qué demonios quiero yo una mujer florero ahora que he dejado el trabajo?

—¿Que has hecho qué? ¿Es que te has vuelto loco?

—Quizás me he vuelto loco por ti. Dime una cosa, Nadia. ¿Me quieres?

Ella mira al suelo con los ojos anegados en lágrimas, y asiente.

—Te quiero, nena. Me he enamorado de ti, y nada ni nadie se va a interponer entre nosotros si tú también me quieres.

—Pero tu carrera...

—Mi carrera no importa si no te tengo, Nadia. Decide si me quieres lo suficiente como para quedarte, y si no es así, firma esos malditos papeles.

Me doy la vuelta para marcharme a mi cuarto, pero Nadia me detiene agarrándome del brazo.

—Ya he tomado una decisión —susurra.

Dejo de respirar a la espera de sus palabras, pero ella me sorprende rompiendo los papeles en mis narices y lanzándose a mis brazos llorando.

—Shh, tranquila, cariño. Ya pasó.

—Yo no quería dejarte, pero tu padre me dijo que no era lo suficientemente buena para ti y...

—No quiero oír hablar más del tema. Se acabó. Lo único que importa es que todo ha terminado.

—Te quiero, Dylan.

—Yo también te quiero.

Uno mi boca a la suya en un beso hambriento, y la estampo contra la pared en mi desesperación por sentirla. Nadia enreda sus manos en mi cuello, y desabrocho su camisa arrancando los botones en mi prisa por rozar su piel.

—Te he echado tanto de menos, cariño —susurro antes de volver a besarla.

Mis manos amasan sus pechos, Nadia enreda su pierna en mi muslo y amaso su cachete pegándola a mi erección.

—Te deseo tanto, Dylan...

Muerdo sus tetas, su cuello, su boca mientras sus manos tiran de mi pelo. Saco su camisa por la cabeza, y ella deja caer su falda al suelo antes de ponerse de espaldas y restregar su culo por mi erección. Me deshago de su sujetador y pellizco sus pezones mientras chupo su cuello y el lóbulo de su oreja. La acaricio frenéticamente por sus pechos, su estómago, por encima de las bragas, y ella gime y se retuerce buscando acariciarme la polla.

Le doy la vuelta por fin, la cojo en peso y la llevo hasta nuestro dormitorio, empotrándola contra la puerta sin dejar de besarla. Muerdo sus pechos, su estómago, su sexo por encima de la tela, y vuelvo a subir para comerle la boca.

—Me vuelves loco, nena...

—Fóllame, Dylan... por favor...

La tiro sobre la cama y ella me aprisiona con sus muslos y mueve la pelvis arriba y abajo, rozándose contra mi polla. Me coloco entre sus piernas para lamerla despacio, desde la boca hasta el ombligo, y le doy la vuelta para apartar las braguitas y hundir mi lengua en su coño, húmedo, caliente, hinchado y deseoso de que me lo folle.

—¡Dios, sí! ¡Justo así! —gime Nadia rozando su clítoris contra el colchón.

Nadia se retuerce y se coloca a horcajadas sobre mí, y lame mi

mandíbula, mi boca, mi cuello, sin dejar de rozarse contra mi polla. Agarro su culo con ambas manos y abro sus cachetes, dejando su sexo expuesto, e introduzco la yema del dedo dentro de ella. Sus pechos se restriegan contra mi pecho desnudo, y sus pezones chocan con los míos cada vez que ella baja por mi cuerpo. Nadia baja por mi estómago y se deshace de mis pantalones para meterse mi polla en la boca.

—¡Joder, nena!

Echaba tanto de menos su boca... sus manos juegan con mis huevos, y su lengua rodea mi glande cada vez que sus labios bajan por mi verga. El placer es cada vez más fuerte, siento el calor subir por mis pelotas y asentarse en la base de mi polla. Voy a correrme, lo siento, pero quiero hacerlo con ella, así que la aparto con cuidado y saboreo mi sabor entre sus labios.

Traigo a mi mujer hasta colocarla de rodillas sobre mi cabeza, y hundo la lengua en sus pliegues para acariciar su clítoris hinchado. Ella grita, se contonea, tira de mi pelo cada vez que siente un ramalazo de placer, baja por mi cuerpo y sujeta mi polla para adentrarla en su coño de una sola estocada. Se mueve frenética sobre mí, apretando sus pechos entre sus manos y lamiendo su dedo índice a la vez. Me tensó, hundo mis manos en sus caderas para frenar el ritmo, pero ella continúa moviéndose deprisa, haciendo círculos con las caderas y volviéndome completamente loco. Estoy a punto de correrme, así que la aparto para colocarme a sus espaldas y, pasando su pierna por mi cintura, vuelvo a empalarme en ella.

Con una mano masajeo sus pechos, con la otra acaricio su clítoris mientras me empalo fuerte en ella. Nuestras caderas chocan con fuerza, nuestros cuerpos se perlan de sudor y el orgasmo cada vez está más cerca. El placer serpentea por mi espalda, sus músculos internos me engullen entre espasmos, y cuando Nadia grita mi nombre, me corro entre jadeos.

—Te quiero, nena —susurro minutos más tarde—. Eso es lo único que importa.

—Yo también te quiero, Dylan. Siento todo lo que ha pasado. Yo...

—Cásate conmigo de nuevo, Nadia. Casémonos esta vez por las razones adecuadas. ¿Qué me dices?

—Que estaré encantada de volver a pasar contigo por el altar.

Horas más tarde, permanezco tumbado mirando al techo, con mi mujer dormida entre mis brazos. Me casé con ella por instinto, y nada podía haber salido mejor. Nadia es la mujer de mi vida, y pase lo que pase de ahora en adelante, ahora sé que la tendré a ella a mi lado por el resto de mis días.

Epílogo

Descuelgo el teléfono cuando suena por enésima vez en la media hora que lleva de retraso la reunión de esta noche.

—¿Cómo ha ido todo, Dylan?

Sonrío al oír la voz de mi cuñado al otro lado de la línea.

—Bien, he cerrado el trato.

—Sabía que lo conseguirías.

—¿Por eso me has llamado cada veinte minutos?

—Es un trato importante. Reconozco que estaba nervioso. ¿Cómo está mi hermana?

Sonrío al pensar en mi mujer... y en su enorme barriga. Vamos a tener un bebé, y desde que empecé a trabajar para *Saudí Aramco*, mi vida es completamente perfecta. Ahora dirijo la central americana de la empresa en Nueva York, y aunque ambos echamos de menos a mi madre, mudarnos a esta ciudad fue lo mejor que pudimos hacer después de nuestra segunda boda.

Tuvimos una ceremonia sencilla, al más puro estilo de Las Vegas. Tuve que vestirme de Elvis para casarme con una Marilyn Monroe de lo más sexy, y pasamos nuestra segunda noche de bodas divirtiéndonos en el casino. Tras desayunar al día siguiente, monté a mi mujer en un avión dispuesto a sorprenderla una vez más. Le coloqué un pañuelo en los ojos para que no pudiera ver nada, y puse rumbo a nuestro destino.

—¿Dónde diablos me llevas, Dylan?

—Es una sorpresa.

—Cada vez que esas palabras salen de tu boca me temo lo peor.

—No seas dramática, solo es un avión.

—¿Y a dónde vamos?

—Ya lo verás.

Cinco horas más tarde, aterrizamos en el aeropuerto Kennedy, donde nos esperaba un coche privado que nos llevaría a Central Park. Eran las dos de la madrugada, la hora perfecta para ver las estrellas tumbados en el césped, una costumbre que sabía que Nadia echaba de menos.

Cuando bajé a mi mujer del coche, había improvisado un pequeño picnic en un claro apartado, perfecto para pasar la noche. Una manta enorme en el suelo, champán, algunos canapés... y fresas con chocolate.

—Muy bien —susurré quitándole la venda de los ojos—. Aquí está mi regalo de bodas.

Nadia miró alrededor emocionada y sorprendida, y se lanzó a mis brazos para llenarme de besos antes de saltar en la manta.

—Vamos, ven aquí —ronroneó.

Obedecí sin rechistar, y mi preciosa mujer se dedicó a malcriarme dándome de comer, y brindamos tumbados en el suelo, observando esas estrellas que ella tanto adora.

—Es el mejor regalo que podrías hacerme, Dylan. Gracias.

—Espero que nuestra auténtica noche de bodas no termine con un rodillazo en los huevos —bromeo.

—Créeme, después de esto, te mereces más... mucho más que eso.

Pasamos toda la noche haciendo el amor al amparo de los árboles, y esta noche de bodas sí fue de las buenas. Ahora, seis meses más tarde, estamos esperando un hijo.

Vuelvo a la realidad tras el carraspeo de Amín al otro lado de la línea.

—Nadia está bien —contesto—, pero el médico le ha ordenado guardar reposo estos últimos meses. Espero que esté en casa guardando reposo, aunque ya la conoces.

—Sabrás manejarla, Dylan. Cuando se vaya acercando el momento Sora y yo iremos a visitaros. Mi mujer se empeña en cuidar de ella.

—Estaremos encantados de teneros por aquí.

—Bueno, te dejo, que tengo que trabajar.

Llego a casa una hora más tarde, y encuentro a mi chica metida en la cocina.

—Deberías estar en la cama —protesto besándola en los labios.

—Hola, mi amor. Me apetecía hacer un postre.

—Pero tienes que descansar. Ya sabes que tienes que cuidarte por el bebé.

—No he estado de pie mucho tiempo, te lo prometo.

—Muy bien, pues ahora túmbate en el sofá, que yo me ocupo de lo que tienes en el horno.

Saco el pudding de chocolate del horno y lo dejo encima del mueble antes de ponerme el delantal y sacar un par de huevos de la nevera para hacer

la cena. Nadia me observa con una sonrisa por encima del respaldo del sofá.

—¿Qué? —pregunto batiendo los huevos en un bol.

—Estás muy sexy de esa guisa.

—Yo soy muy sexy de todas formas, cariño —fanfarroneo.

Mi mujer se levanta y se acerca para abrazarme por detrás.

—Tienes razón. Eres muy sexy. —Agarra mi polla entre sus dedos—. Y yo estoy muy salida desde que estoy embarazada.

—Nena... compórtate. Tengo que cocinar.

—Podemos pedir comida china.

—Es una opción...

Me deshago del delantal y la cojo en brazos para demostrarle lo sexy que puedo llegar a ser... cuando estoy con la mujer adecuada.

FIN